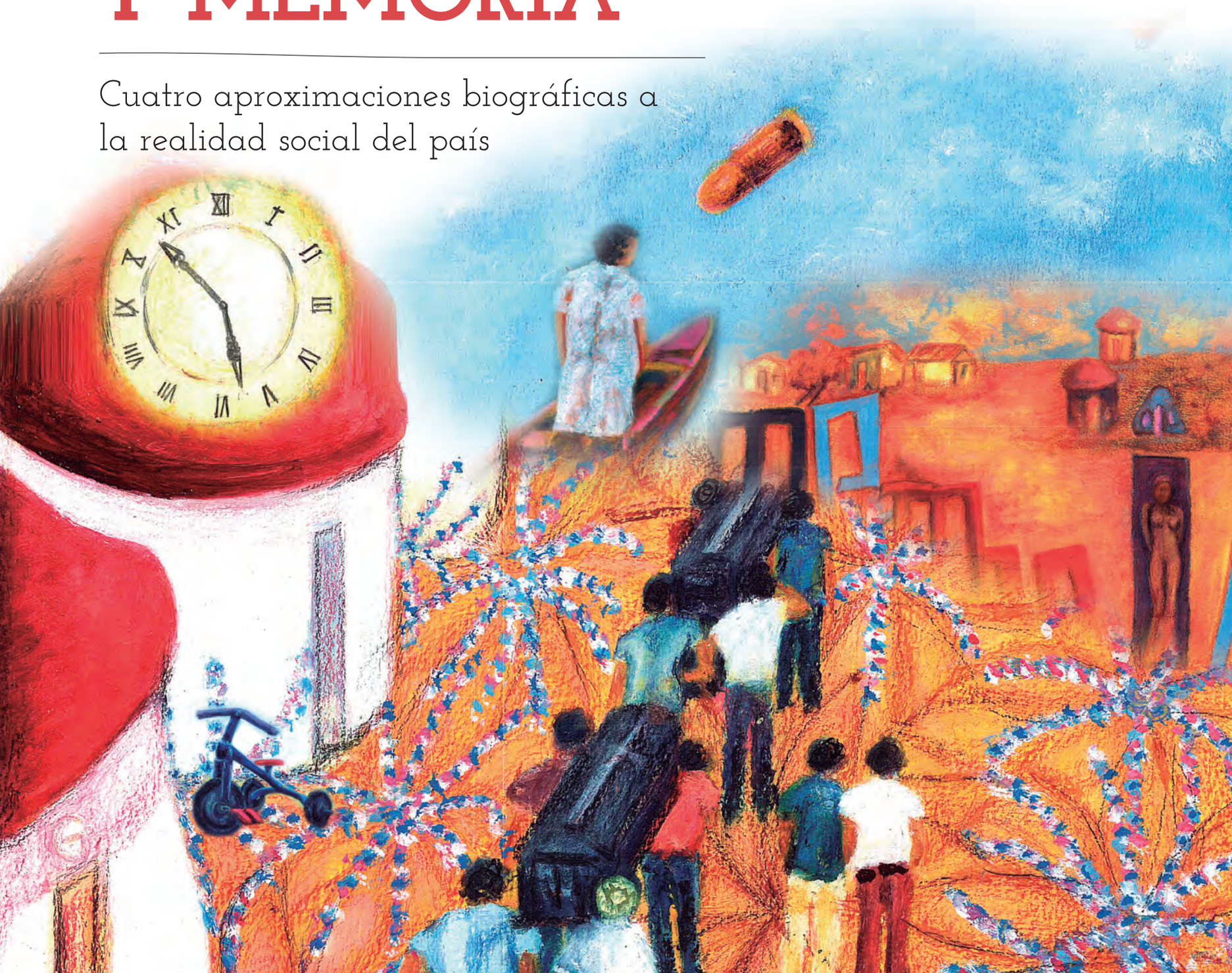
NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA

Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país



NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA

Cuatro aproximaciones biográficas
a la realidad social del país

NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país

Director General Centro Nacional de Memoria Histórica
Gonzalo Sánchez Gómez

CONSEJO DIRECTIVO CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Presidenta
Tatyana Orozco de la Cruz
Directora Departamento para la Prosperidad Social

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación Nacional

Yesid Reyes Alvarado
Ministro de Justicia y del Derecho

Paula Gaviria Betancur
Directora Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas

Félix Tomás Bata Jiménez
Blanca Berta Rodríguez Peña
Representantes de víctimas

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Asesores de Dirección
Andrés Fernando Suárez, Patricia Linares Prieto, María Emma Wills Obregón, Paula Andrea Ila, Doris Yolanda Ramos Vega, César Augusto Rincón Vicentes, Janeth Cecilia Camacho Márquez.

Directores técnicos

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Álvaro Villarraga Sarmiento
Dirección Acuerdos de la Verdad

Ana Margoth Guerrero de Otero
Dirección de Archivo de Derechos Humanos

Martha Nubia Bello Albarracín
Dirección Museo de la Memoria

Sonia Stella Romero Torres
Dirección Administrativa y Financiera

Adriana Correa Mazuera
Coordinación Equipo de Comunicaciones

NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país

ISBN: xxx

Primera edición: diciembre de 2014

Número de páginas: 74

Formato: 23 x 23 cm

Coordinación editorial:
Andrea Maldonado Rivera

Asesor Literario:
Fabián Mendoza Quesada

Diseño y diagramación:
Christian Benito Rebollo

Ilustradores:
Jovanny Galeano Muñoz
Omar David Taborda Perneth

Impresión:
Imprenta Nacional de Colombia
© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 6 No 35 – 29
PBX: (571) 796 5060 comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia.
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
Narrativas de vida y de memoria,
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país. Bogotá: Dirección de Museo - CNMH, 2014.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

El texto **Narrativas de Vida y Memoria**. *Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país*, reúne los escritos ganadores en la categoría Reconocimiento a la Creación de Narrativas de Vida de la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales de Memoria 2014 del Centro Nacional de Memoria Histórica.

CONTENIDO

PRÓLOGO 8
ANA FABRICIA CÓRDOBA CABRERA 12
NOMBRES PROPIOS 28
MARÍA, LA MEMORIA, EL GRITO Y LA TIERRA 46
MEMORIA DE VIDA Y MUERTE 62
AUTORES 71
ILUSTRADORES 73

PRÓLOGO

POR: JUAN CARLOS MOYANO ORTÍZ

Narrativa de los acontecimientos: entretela de la memoria compartida.

El ejercicio más generalizado de la sociedad colombiana ha sido la inclinación constante al olvido, una especie de ceguera que no admite la posibilidad de evaluar críticamente la gravedad de los acontecimientos que han marcado la historia, de la que todos somos, de una u otra manera, participes. En cierto modo, la impunidad que ha prevalecido, tiene soporte en la amnesia de la que parecemos revestirnos, desde la indiferencia y el desconocimiento de lo que sucede diariamente. Eso acrecienta el drama de una realidad acosada por largos periodos de violencia, que han tendido cerco a la posibilidad de avanzar como nación y como sociedad. Negarse lo que es evidente no resuelve nada, sólo genera condiciones para que los ciclos del conflicto se reiteren y sigan proyectando las secuelas de confrontaciones que hace mucho se han convertido en el drama de cientos de miles de colombianos y colombianas que no conocemos la paz y que poco sabemos de las causas que han ocasionado la hecatombe nacional. Causas y efectos que no sólo pertenecen a los análisis socio-

políticos: están en la cotidiana aventura de vivir, en vastas regiones donde existir es algo peligroso y recordar se torna en riesgo, en incierto atrevimiento.

En ese contexto, proclive al desconocimiento de los hechos reales, cobran importancia las diferentes *Narrativas de vida y memoria*, pues la recuperación de historias de los líderes comunitarios se convierte en una especie de antídoto contra el olvido. En este volumen se reúnen textos distinguidos por la calidad en la escritura, la veracidad de sus variantes testimoniales y los hallazgos creativos. En este caso entendemos la creación como elaboración sensible de materiales reveladores, donde la crudeza logra transmitirse a través de lenguajes que enriquecen los relatos sin extirparles lo verosímil y sin mermarle fuerza a los contenidos, más bien revitalizando las palabras, logrando re-significar las situaciones, permitiendo encontrar la reflexión y cierto alivio para dolores colectivos que no han tenido el duelo necesario. La escritura testimonial tiene efectos que contribuyen a comprender, adquiriendo consciencia de lo que es difícil aceptar, sin perder la intención esclarecedora, ayudando a sobreponerse al peso agobiante del silencio. Son textos que contribuyen a sanar algo de difícil superación, es el verdadero poder del verbo convertido en testificación, en desahogo y, sobre todo, en herramienta de recuperación de dignidad, pues hacer memoria es impedir que algunas situaciones queden sepultadas en la negación de la verdad.

Los relatos que fueron premiados en la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales del Centro Nacional de Memoria Histórica, son ejemplos de escrituras de la memoria, paradigmas indispensables para comprender la necesidad apremiante que tiene la sociedad civil de oponerse a los hechos violentos. Las guerras, desde la época de la Independencia -y mucho antes- hasta nuestros días, se han convertido en males endémicos que azotan los campos y vulneran de tajo las urbes y los pueblos. Sin duda, es importante escribir, hablar desde la experiencia de quienes han tenido que lidiar con las contradicciones de cada momento, con adversidades donde la gente común y corriente lleva la peor parte. Los textos que componen este volumen tienen cualidades desde el punto de vista literario y tienen el valor vibrante de la memoria, desde la escritura y la concepción estructural de cada relato.

Por eso resultó importante la manera de plantear cada testimonio, sin alterar los hechos, dándole aliento a personajes que han tenido historias personales que son parte del tejido de la historia colectiva.

El primero de los textos está dedicado a la gesta y sacrificio de Ana Fabricia Córdoba, una líder afrodescendiente que padeció el exterminio de sus seres queridos y que nunca se permitió el silencio y tampoco dejó de exigir justicia. Terminó huyendo, acorralada por persecutores que le arrancaron las raíces, le atacaron los afectos, la intentaron intimidar una y otra vez y, finalmente, segaron su derecho a vivir. Su historia nos conmociona, nos confronta, nos hace pensar en la tragedia de una nación donde la vida está expuesta a la guadaña de una muerte desquiciada. También, **Nombres propios** es una creación de mérito literario donde la escritora logra poetizar recuerdos y percepciones desde la íntima perspectiva de su propia mirada. Entre el amor a la vida y a la palabra, se decanta la memoria y queda el vacío insondable de las ausencias. Es la revelación de lo que ha pasado con los muchachos que fueron depredados por la insaciable voracidad de la violencia. Relatos bien logrados, conmovedores, mínimos, capaces de transmitir estados del espíritu, dibujando a contraluz los destinos truncos de una generación que fue llevada a las peores encrucijadas. Así mismo, **Memoria de vida y muerte**, hace un homenaje al profesor universitario Alberto Alzate Patiño, que fue asesinado porque sus estudios chocaban con intereses económicos de proyectos hidroeléctricos que vulneraron la estabilidad ambiental de territorios Embera y Zenú, en Córdoba, un departamento que ha padecido la expansión de la violencia en todas sus expresiones. Se trata de un texto que recurre al monólogo interior, estructurado casi como un documental narrativo.

Finalmente, **María, la memoria, el grito y la tierra**, es un testimonio ejemplarizante, donde la protagonista no perece y, por el contrario, logra resucitar del infierno al que fue empujada por acontecimientos que expresan los erráticos procedimientos de quienes, apoyados en la fuerza bárbara de las armas, abusan de la población civil y la someten a escarnios inimaginables. La protagonista de esta narración tiene la capacidad de rehacer su existencia y asumir lo creativo como algo posible, saludable, benéfico para ella y para personas que han tenido que bregar desbrozando

caminos para lograr un acercamiento a la paz desde sus experiencias directas, esa paz incierta, huidiza, perentoria, que está en la vida misma, más allá de protocolos y discursos. Seríamos un país fructífero si nos atreviéramos a sembrar la concordia con la sinceridad necesaria para que florezca una Colombia ecuánime, libre de los flagelos que nos han colocado en el filo del abismo. Si tenemos claridad y consciencia, quizá podamos posibilitar prácticas de resarcimiento y reconciliación que ocurran de manera auténtica y comprometida. La memoria es el diálogo entre lo que ha sucedido y lo que tal vez no deba ocurrir nunca más. Ahora, los relatos tienen la palabra.

ANA FABRICIA CÓRDOBA CABRERA

POR: GUSTAVO ADOLFO HINCAPIÉ VERA

Iba camino a San Francisco, un pequeño poblado ubicado en el oriente antioqueño, para acompañar una jornada de grabación de un documental colectivo realizado por jóvenes rurales sobre la infancia y la educación en el campo. Era martes 7 de junio del año 2011 y el trayecto transcurría sin novedades hasta que, pasado el mediodía, recibí una llamada de Piedad Morales[1], muy consternada por la noticia que me anunciaba: habían asesinado a "La Negra" al interior de un bus en el nororiente de Medellín. Se llamaba Ana Fabricia Córdoba Cabrera, la había visto por última vez dos semanas antes, encaramándose por las empinadas lomas de la Comuna 13 para acompañar a las madres de los desaparecidos en la búsqueda de sus seres queridos. Ella, como muchas otras mujeres en este país, se atrevió a desafiar el macabro destino que nos imponen. La sacaron de su tierra, fue señalada y encarcelada en la ciudad, le mataron a sus hijos, la persiguieron y finalmente le dispararon en la cabeza con

1 Piedad Morales, (1956-2012), poetisa y activista antioqueña del Movimiento Social de Mujeres. Coeditora de la revista Nuestro Espacio, entre 1988 y 1989; fundadora del grupo Las Cigarras, y directora de la revista del mismo nombre; ganadora del IV Premio de Poesía, con su poemario "Sortilegio de azares", otorgado por Ediciones Embalaje – Museo Rayo, en Roldanillo, Valle. Otras de sus obras son: Indicio Inquietante (1993), Lluvia en la Memoria (2003) y Des Hojada Palabra (2006). (Nota del Autor)

un arma con silenciador. Ella siempre lo advirtió, el dolor la volvió fuerte y pudo vencer el temor para expresar lo que sentía, para contar lo que había vivido, para denunciar lo que había visto. En vida no la pudieron acallar y quienes la conocimos no vamos a olvidar sus palabras ni su historia. Este texto es un homenaje a la memoria de esta mujer afrodescendiente, una indagación en sus



Título: Cazada
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

propios relatos y testimonios, en el fuerte ritmo de sus palabras, en los recuerdos de quienes compartieron su lucha, de quienes la escucharon y aprendieron a quererla. Para que otros la conozcan, para traerla de vuelta y sentir su fuerza, para no dejarnos arrebatar su aliento, para que no nos condenen al olvido, para que no nos siga gobernando la amnesia.

Tres días antes de la histórica promulgación de la ley de víctimas en Colombia, en la cual estuvo presente el Secretario General de Naciones Unidas, fue asesinada una mujer de voz alegre y furiosa, una de las tantas víctimas directas del conflicto armado en el país, una sobreviviente de todas las guerras, desde las de las bananeras en Urabá hasta las de las comunas en Medellín. Su nombre y su historia resonaron con fuerza por el contexto en el que ocurrió su asesinato: a la implementación de leyes de restitución de bienes y derechos se le unía el reconocimiento de las víctimas en un país que, en su historia reciente, había negado la existencia de un conflicto armado. Su muerte se convirtió en una alerta tardía y repetida del riesgo al que se exponen todos aquellos que se atreven a desafiar a la impunidad en un país en guerra. En los noticieros apareció su foto y los periodistas repetían su nombre, citaban una y otra vez sus frases premonitorias, lamentaban el hecho y exigían culpables. La respuesta de la Policía fue el ofrecimiento de una recompensa de "hasta 150 millones de pesos, por información sobre el paradero de los responsables".

Pero muchas preguntas quedaron flotando en el aire después de su asesinato. Quién era esta mujer por muchos conocida simplemente como "La Negra", que frecuentaba las movilizaciones y los encuentros sociales, que acompañaba los reclamos de otras víctimas, que hablaba siempre de su tierra y del exterminio de su familia. Cuáles guerras y dolores había padecido, por qué la habían matado. Ella misma se encargaba de contar su historia siempre que podía, de relatar su drama con la misma fuerza con la que compartía sus cantos y sus bailes, de alentar a otros para que se organizaran y denunciaran, para que exigieran sus derechos, para que no se quedaran callados.

En el año 2010, en un taller sobre memoria histórica realizado en la Universidad de Antioquia, así se presentó al momento

de su intervención: "Yo soy Ana Fabricia Córdoba Cabrera, vi matar mi padre, mi madre y todos mis hermanos. Quedó Arsenio y quedó Fabricia, acabaron con Arsenio porque iba con la verdad. Quedó Fabricia y me mataron a mi hijo porque me lo desaparecieron en La Cruz, yo conocí a mis enemigos. Y eso no me amedrentó porque yo con enloquecerme o ponerme a llorar en una esquina no hago nada, eso me calienta más el corazón y me da más fortaleza para seguir luchando y hablar en estos escenarios[2]".

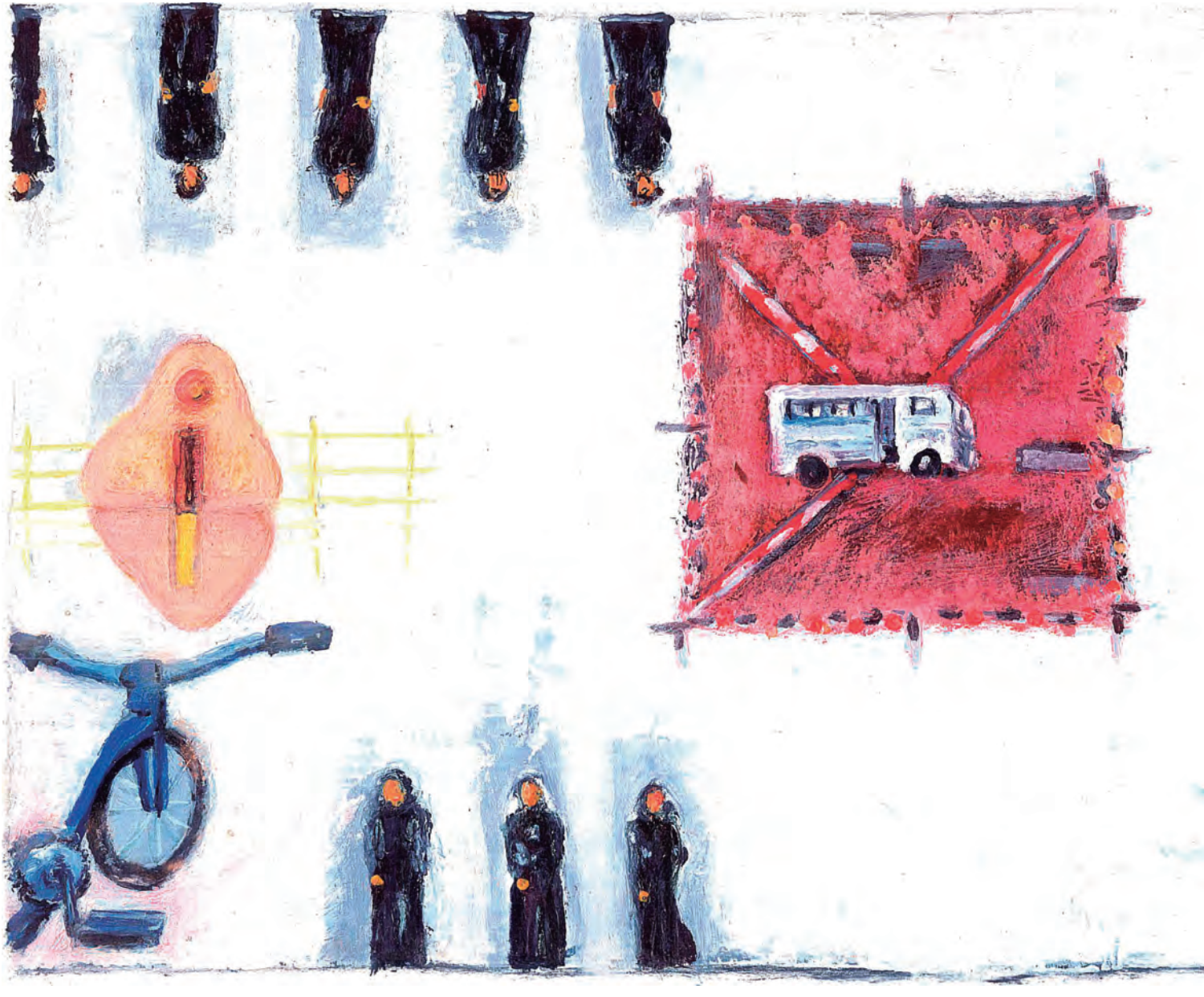
La guerra en Urabá

Ana Fabricia Córdoba era oriunda de la zona bananera en el Urabá antioqueño, lugar donde su familia había llegado huyéndole a la violencia bipartidista en Norte de Santander. Allí se instalaron en predios baldíos y colonizaron tierras para la siembra que con el paso del tiempo fueron bastante productivas y atrajeron la presencia de empresarios, terratenientes y grupos armados a la región. En particular, la siembra del banano se extendió por una amplia zona de Urabá en la cual se construyeron improvisados poblados a los que fueron llegando obreros para trabajar en las plantaciones.

El ambiente social se enrareció y las disputas políticas, así como los intereses económicos, propiciaron el surgimiento de movimientos sindicales y expresiones sociales fuertes en la región. Las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC, y el Ejército Popular de Liberación -EPL, también se fortalecieron y se arraigaron en los sectores rurales y en los sindicatos de los obreros del banano. En 1985 surgió la Unión Patriótica -UP, una propuesta emanada de los diálogos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y la guerrilla de las FARC, a la cual se fueron articulando muchas organizaciones a finales de la década de los ochenta. En Urabá este partido político logró elegir un número significativo de ediles y ganar siete de las once alcaldías de la región. Arsenio Córdoba, hermano de Ana Fabricia, fue uno de los concejales electos en varias ocasiones por la Unión Patriótica en el municipio de Apartadó, mientras ella se destacaba como líder comunitaria en las zonas rurales.

Asesinos a sueldo comenzaron a generar temores en la zona, que luego se afianzaron

2 Verdad abierta, 9 de junio de 2011. A Ana Fabricia Córdoba la persiguió la violencia: http://youtu.be/aNQ16rpOhAk





Título: Pasajeros
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

con las disputas internas entre los dos grupos guerrilleros por el control de sus bases sociales, cometiendo abusos de autoridad con la población, asesinatos selectivos y masacres entre los simpatizantes de uno y otro bando. El EPL entregó sus armas en 1991 y se convirtió en un movimiento político denominado Esperanza, Paz y Libertad, conocidos luego como "Los Esperanzados". Perseguidos y declarados traidores por los que continuaban alzados en armas, muchos de los desmovilizados terminaron conformando Comandos Populares en alianza con las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá -ACCU, y con las fuerzas de seguridad del Estado, todos compartían un enemigo en común: la guerrilla de las FARC.

La llegada del paramilitarismo al eje bananero se hizo evidente en 1995, en ese sólo año fueron asesinadas más de mil personas en la región. Los padres, los amigos, los primos y demás familiares de Ana Fabricia fueron víctimas de masacres como la del Aracatazo, que tuvo lugar el 12 de agosto de 1995 en un bar con ese mismo nombre, ubicado en un barrio de invasión del municipio de Chigorodó. Los toques de queda, los censos y empadronamientos, las masacres y el

terror se impusieron en Urabá. El interés por la tierra se incrementó y muchos de los campesinos despojados violentamente tuvieron que salir huyendo hacia ciudades como Medellín o Cartagena. De esta forma, las haciendas bananeras crecieron y se materializó el exterminio de la Unión Patriótica.

El 22 de junio de 1996, mientras caminaba por una calle principal del municipio de Apartadó, fue asesinado Arsenio Córdoba por sujetos que se movilizaban en motocicleta y que huyeron al instante. La violencia acorraló por todos los costados a Ana Fabricia, que después del asesinato de sus familiares decidió quedarse mientras construía su propio hogar con su esposo Delmiro Ospina, quien también fue asesinado posteriormente en otra incursión paramilitar.

En un artículo publicado en la revista Semana[3] , Ana Fabricia contaba del apego que le tenía a su tierra, lo que explica su resistencia a desplazarse y su decisión de continuar viviendo en medio de un panorama tan macabro: "Me quedé en Urabá y visitaba de vez en cuando la finca que teníamos en Chiguadó. Uno no se va ahí mismo porque uno está apegado a su tierra, a sus vacas, a sus cultivos".

"Me asusté mucho cuando llegué"

Ana Fabricia llegó a Medellín en el año 2001, no tuvo más remedio que huir y refugiarse a la espera de encontrar un mejor futuro para sus hijos. Nunca olvidaba el susto que le había producido la ciudad cuando la vio por primera vez, se deslumbraba por la manera de vestir de la gente y se reía contando lo que le costó entender la dinámica de los semáforos para cruzar las calles. Se instaló en un barrio de la Comuna 13, donde estuvo pocos meses en una vivienda prestada por amigos cercanos o familiares que ya antes se habían desplazado. Viuda y con cinco hijos se enfrentó a una ciudad repleta de campesinos de todos los rincones del país, a las mismas guerras a las que le venía huyendo, a la pobreza y a la discriminación, a la falta de empleo y de las oportunidades esperadas.

3 Revista Semana. Ana Fabricia Córdoba: su vida fue una guerra. Revista Semana digital [en línea]. 11 de junio de 2011. [fecha de consulta: 11 de junio de 2011]. Disponible en: http://www.semana.com/nacion/articulo/ana-fabricia-cordoba-su-vida-guerra/241225-3

Los milicianos de la Comuna 13 no la aceptaron en el barrio y se desplazó hasta el otro extremo de la ciudad, en las laderas de la comuna nororiental. En el barrio La Cruz se destacó desde el inicio por su fuerte carácter y sus reclamos para promover la organización y la exigencia de sus derechos como desplazados, esto le generó la desconfianza y el señalamiento por parte de los actores armados que operaban en el sector.

En el año 2002 se intensificó la guerra en las comunas de la ciudad con el incremento de la presencia paramilitar en los barrios. Ana Fabricia se enfurecía ante los abusos y denunciaba sin vacilación los atropellos a los que eran sometidos los jóvenes, entre ellos sus propios hijos. Valientemente denunció, ante organismos internacionales de derechos humanos, excesos por parte de la autoridad y la connivencia de miembros de la fuerza pública con los grupos de civiles armados que ejercían un control social de facto y combatían a los reductos de las milicias.

En retaliación y con testigos falsos, el 11 de junio de 2004 Ana Fabricia fue acusada de ser colaboradora de la guerrilla y detenida por el Comando Élite Antiterrorista de la Policía Nacional. Un informante la señaló, junto a otros líderes del barrio, de ser auxiliadora de las milicias del sector, siendo trasladada a la cárcel de mujeres del Buen Pastor donde estuvo recluida durante dos meses. El 14 de septiembre precluyó la investigación y Ana Fabricia salió absuelta, luego de que Alias Cristian reconociera ante la Fiscalía que sus señalamientos fueron producto de las torturas a las que lo había sometido la Policía Nacional, con el fin de obtener información que comprometiera a los líderes barriales con los grupos armados.

Sin embargo, persistieron los hostigamientos, los allanamientos sin orden judicial y las acusaciones de ser colaboradora de las milicias. Al poco tiempo, en confusos hechos, fue asesinado su hijo Carlos Mario, de tan solo 13 años. Ella culpó a la Policía, dados los malos tratos a los que siempre había sometido a sus hijos.

"Pero que tenga el dolor de nosotros"

La situación económica nunca fue fácil en la ciudad, sus otros dos hijos hombres trabajaban lavando carros y en muchas ocasiones tuvo que realizar el "recorrido"

con otras personas desplazadas para recolectar alimentos y ropa en los barrios vecinos. Sentía nostalgia por su tierra y siempre hablaba de ella, de cómo era su vida en el campo donde nada le faltaba, añoraba recuperar algún día lo que le habían quitado. El compendio de injusticias que cargaba consigo la motivó a liderar organizaciones de víctimas, espacios de encuentro con los demás desplazados del barrio y de la ciudad en los que promovía proyectos productivos comunitarios y participaba en las movilizaciones y denuncias que exigían el respeto a sus derechos.

Su liderazgo la llevó a enfrentarse con la burocracia propia de las oficinas encargadas de atender a la población desplazada. Así se quejaba de los funcionarios que se encontraban en dichas dependencias: "Ellos no saben el dolor de nosotros, que duro es tener este teatro y tener que salir huyendo para dejárselo a otros y adonde lleguemos vivir huyendo de lado a lado sin tener paradero. Entonces nosotros lo que tenemos que hacer es que en la Gerencia de Desplazados hayan desplazados porque también tenemos hombres y mujeres preparados, que donde tenga que ver con la problemática del desplazamiento, en el



Título: Bala-da muerte
Autor: Jovanny Galeano Muñoz



Senado, en el Congreso, allá estemos. Sea blanco, sea negro o sea indio, pero que tenga el dolor de nosotros. Eso es lo que nos ha faltado aquí en Medellín y por eso nos tienen chupando la sangre, estamos explotados y seguiremos en la esclavitud sino ponemos de nosotros mismos para salir de esa esclavitud[4]".

Fue fundadora en el año 2009 de Latepaz (Líderes Adelante por un Tejido Humano de Paz) y de la Organización de Mujeres Aventureras, conformada por mujeres desplazadas cabezas de familia y gestoras en derechos. También hizo parte activa de la Ruta Pacifica de las Mujeres y de

4 Verdad abierta, 9 de junio de 2011. A Ana Fabricia Córdoba la persiguió la violencia: http://youtu.be/aNQ16rpOhAk



la Mesa Interbarrial de Desconectados, en la cual participó de la lucha por el acceso a los servicios públicos domiciliarios y a una vivienda digna para los sectores populares de la ciudad. Justamente por ser madre cabeza de familia se postuló para un subsidio de vivienda y después de todos los trámites logró adquirir una casa en el barrio Popular I, la cual estaba ubicada en otro sector muy conflictivo de la ciudad y su situación de seguridad no mejoró, así como no cesaron las amenazas en su contra.

El asesinato de Jonathan Arley Ospina Córdoba

El 7 de julio de 2010, once meses antes de su propio asesinato, Ana Fabricia recibió una llamada que la dejó muy angustiada, era su hijo Jonathan Arley anunciándole que lo iban a matar. Y así fue, al día siguiente salió a buscarlo y a las 11 de la mañana encontró su cuerpo sin vida en una cañada del sector de La Honda, contiguo al barrio La Cruz.

Esas heridas que no terminan de sanar, que se abren cada cierto tiempo, que no cicatrizan y que duelen profundamente. Un horror repetido, una persecución incesante que Ana Fabricia denunció hasta la saciedad. El asesinato de Jonathan la había llenado de mayor coraje y valentía para denunciar, en todos los escenarios posibles, la responsabilidad de la Policía en los hechos. En una entrevista emitida el 21 de agosto de 2010, en el programa En Caliente del canal local Cosmovisión, Ana Fabricia relató así lo sucedido:

"Yo sé que hablar la verdad en este país es un peligro porque aquí hay mucha corrupción, pero queremos una Policía transparente, queremos un Estado transparente, queremos hombres honestos, porque toda la Policía no es mala. Pero con este caso de pago de recompensas, o con este caso de los falsos positivos que fue lo que vivió mi hijo, un hombre sano, un gran hombre, que era un rapero, un pelado que lavaba carros, tenía su esposa y una niña, y me lo mataron de 19 años, a la edad de 20 años podría ser todo un señor, creo que no es justo.

Estaba el pelado en su casa dormido porque estaba enfermo de salud, con fiebre y gripa, y llegó Julián Andrés, de 16 añitos y que también murió el 7 de julio con Jonathan, a llamarlo a las 8 y 15 de la noche para que fuera a recibir una supuesta encomienda que yo le había mandado, estando en el

Popular I, entonces mi hijo le quitó la ropita a su bebé y salieron los dos muchachos. Al llegar al Terminal este joven Julián hace una llamada telefónica, llama a los agentes Carmelo y Osorio, agentes de la Policía que operan en La Cruz... No sé si el pelado era informante de ellos, no sé por qué pero él los llamó. Entonces, me dicen a mí las personas que tengo de testigos y que vieron el caso, que lo cogieron y lo montaron a la patrulla de la Policía, a la 301384. Y a las 9 en punto de la noche me hacen a mí una llamada, era mi hijo Jonathan asfixiado y él me dice: <<Mamá me va a matar la Policía>>, yo le digo que por qué si la Policía está para cuidarnos no para matarnos, qué pasa mijo, llorándole a Dios que no fuera a ocurrir eso. Lo cogieron, lo llevaron 15 minutos al Comando de La Cruz, de ahí le dieron la vuelta por encima, y si a mi hijo me lo mató una banda fue porque ellos lo entregaron, porque mi hijo con su boquita santa, que ya está hecho un santo, me dijo a mí: <<Mamá me tiene la Policía, me tiene el agente Carmelo y Osorio>>, yo no sé si se llaman así Yo sé que son unos gigantes grandes y al salir de aquí puedo morir, pero si me matan el mundo entero sabe quiénes son porque yo los conozco, los acuso porque sé que fueron ellos y la comunidad sabe que fueron ellos".

Ella sabía que las denuncias la ponían en riesgo pero no podía quedarse callada, no era capaz, tenía la sangre hirviendo y su dolor de madre sólo podía remediarlo en parte con sus reclamos de justicia. Sin temblarle la voz, con rabia pero con la misma fuerza de siempre, Ana Fabricia llevó el caso de Jonathan a todas las instancias nacionales e internacionales de derechos humanos, las amenazas en su contra se incrementaron y se vio obligada a salir del barrio donde vivía. Las noches las pasaba en los hoteles del centro de la ciudad y los días de oficina en oficina, visitando organizaciones y personas cercanas, tocando puertas para exigir respuestas a su situación, anunciando que la iban a matar, como lo hicieron con sus hijos, con sus padres, con su esposo, con su hermano, con su gente.

"Señores, no me dejen matar"

El 29 de abril de 2011, en una sesión del Comité Metropolitano de Derechos Humanos que tuvo lugar en el auditorio Guillermo Cano de la Alcaldía de Medellín, Ana Fabricia denunció las

amenazas contra su vida y señaló como directos responsables a miembros de la Policía. Ese día, ante el secretario de Gobierno de Medellín, representantes de la Procuraduría, la Fiscalía, la Policía, la Vicepresidencia y más de cien líderes barriales, suplicó: "Señores, no me dejen matar".

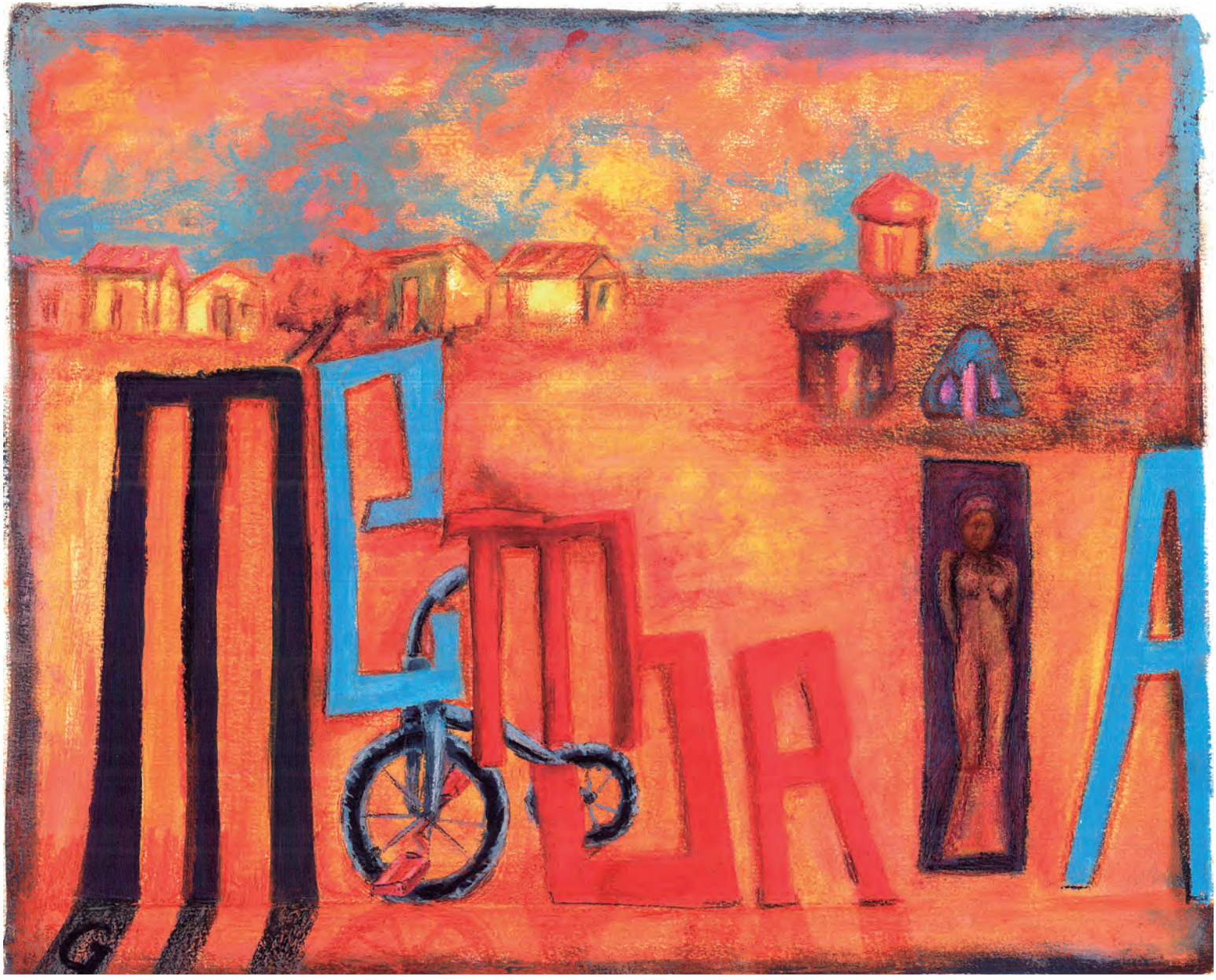
La propuesta de la Policía Metropolitana del Valle de Aburrá fue realizarle un análisis de riesgo, que únicamente implicaba una evaluación para eventuales medidas de seguridad. Ana Fabricia se negó desde el primer momento a dicho análisis por parte de la Policía y así lo manifestó por escrito, desconfiaba que quien la cuidara fuera precisamente la misma institución a la que ella denunciaba.

Pasó poco más de un mes de aquella reunión y la mañana del 7 de junio, mientras se desplazaba en un microbús de la ruta Santa Cruz, le dispararon en la cabeza con un arma con silenciador y salieron huyendo. El hecho produjo total indignación por el contexto de su muerte y las denuncias que había realizado. De inmediato, se pronunciaron el gobierno francés, el Vicepresidente de la República y diversos organismos de derechos humanos, señalando que su muerte se hubiera podido evitar, que poco o nada se había hecho para proteger su vida.

Su asesinato significó un duro golpe para el movimiento social y comunitario en Medellín, algunas de sus compañeras tuvieron que salir exiliadas y otras por temor se dispersaron. En su funeral, realizado al día siguiente en el cementerio de San Pedro, muchas personas expresaron el dolor y la angustia de vivir en un país en el que la impunidad alienta los crímenes más atroces contra personas indefensas, sobrevivientes de otras guerras, perseguidas en todos los rincones.

Sus hijos denunciaron la continuidad de las amenazas y de la persecución que no cesaron tras el asesinato de Ana Fabricia. El 1 de febrero de 2014 también fue asesinado su hijo Carlos Arturo de cuatro disparos en el sector de Naranjal. Él había regresado a la ciudad y estaba trabajando en un lavadero de carros. Se convirtió en el tercer hijo asesinado de esta líder, cuya familia sigue siendo perseguida, incluso después de su muerte.

Ana Fabricia Córdoba Cabrera quiso esclarecer el asesinato de sus hijos, gritaba los nombres de



Título: Solicitud a la memoria
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

los asesinos y no la quisieron escuchar, alguien dio la orden de silenciar sus reclamos. Tres años después de pagar con su propia vida, a pesar del escándalo y de los lamentos, su crimen permanece en la total impunidad y no se conocen los nombres de los autores materiales e intelectuales, la justicia incluso ha puesto trabas a los abogados de los familiares para acceder al expediente y poder hacerle un seguimiento al proceso. Pero es su nombre el que todavía resuena con fuerza en las calles, es su rostro el que aparece dibujado en los muros, son sus palabras las que están estampadas en los corazones de muchos, y son sus reclamos los que siguen cobrando vigencia todos los días, en ese eterno viacrucis que padecen quienes siguen huyendo de una guerra que no termina.

NOMBRES PROPIOS

POR: MARTA QUIÑONEZ

Nombres Propios

Eva
va y viene perdida en el gris negro color
de las ciudades
tiene apariciones místicas en mis sueños
Eva
anda errante entre los hombres
ahora ninguno se parece a Adán
su compañero de presidio
de siglo en siglo

Eva
es una simple alegoría
de nuestro encantamiento
Eva sale triste de su cueva de invierno
nadie la persigue
nadie la reconoce
uno que otro la ha visto
pararse en lo alto de la montaña
o dibujarse en las desgastadas paredes
de una casa vieja

Eva
anda solitaria
con todos sus fantasmas a cuestas
Eva es la viuda mayor de mi pueblo
ha visto morir todos sus parientes
digo
su árbol genealógico
ha desaparecido

de la incertidumbre de los tiempos

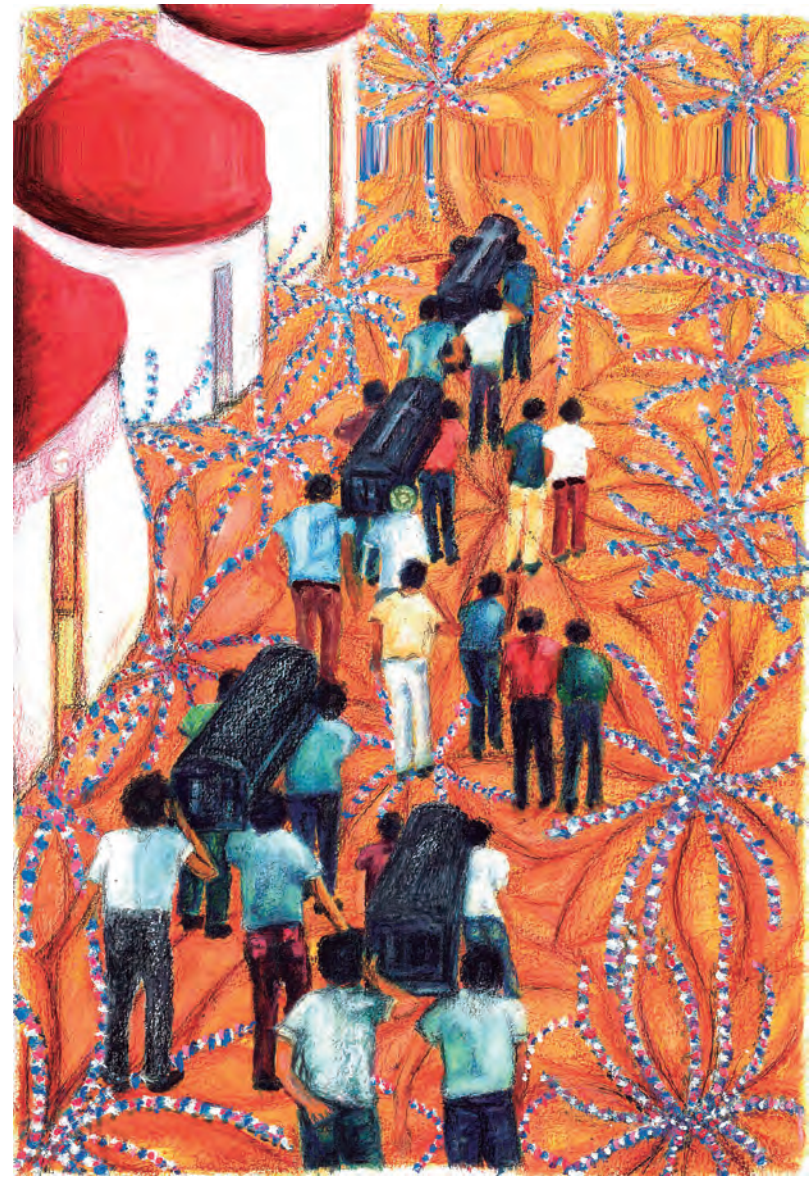
Eva silencia mi corazón
como plegaria
y se hace mujer
muriendo en el parto de los siglos

A Patricia, q. + d y a su hija viva

Josepo

A Josepo

Sentí un agudo dolor
cuando me anunciaron
tu oscura muerte
Cómo olvidaron
que eras aún un niño
y que jugabas al amor
con una prosti
para sentirte hombre
Cómo no imaginaron
tu risa de adolescente travieso
jugando fútbol al bolis
Cómo olvidarte
si contigo jugué
a la libertad
y sentada en la llanta
te conté mis sueños
para cuando fuera grande



Título: Flores para los no olvidados
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Saberte amigo, saberte caminando las calles y luego nada. Naciste para irte desvaneciendo, lentamente, en la invisibilidad del aire...

La primera vez que fui a preguntar por Josepo después de unas largas vacaciones me llevé una gran sorpresa: se había ido a prestar el servicio militar. Y el servicio militar obligatorio para un joven, pobre, en zona de conflicto, sí que era obligatorio. A penas había iniciado la secundaria cuando decidió que lo mejor sería trabajar en lugar de continuar estudiando, pero para lograrlo debía antes obtener la libreta militar, documento que por entonces todo empleador requería para contratar a alguien. De este modo, sin ni siquiera haber cumplido la mayoría de edad, había decidido enrolarse en el ejército.

Josepo tenía una familia numerosa, con unos papás que de hecho eran tan viejos en esa época que parecían nuestros abuelos, y hermanos y hermanas de todas las edades. Tuti, uno de los menorcitos, era nuestro gozo, callado, tímido, pequeño, siempre atado a nuestras andanzas ya que por ser el más chico le tocaba hacernos los mandados. Él y Josepo se querían mucho aunque en realidad todos nos queríamos y nos cuidábamos, pues nuestras madres trabajaban todo el día y nuestros hermanos mayores estudiaban en jornadas contrarias o trabajaban para ayudar en casa.

Las calles de nuestra infancia eran polvorientas en verano y enormes barrizales en invierno, pero así, con todo, éramos muy felices. Jugábamos al futbol, cantábamos las canciones de moda y amábamos secretamente a quien se nos atravesara por el camino, sin decirle nada, amores de niño simplemente y de nadie más. Época de gozo y libertad en la que íbamos al potrero para montar caballos a pelo, —no sin un poco de miedo—, pues ya habíamos perdido a un amigo por uno de aquellos belfos que lo arrastró desbocado a lo largo y ancho del barrio, golpeándolo con todo lo que encontraba en su camino. Daba miedo, pero igual lo hacíamos. Ir a los potreros a cabalgar, subirnos a los árboles para provocar la rabia de los perros y comer mangos hasta hartarnos, esos eran nuestros mayores placeres en las tardes de verano.

Jos y yo fuimos amigos desde muy chicos y compartimos gran parte de nuestros sueños. También, durante los veranos, solíamos recorrer incansablemente largos

trayectos conversando de esto y lo otro; creo que él, sin saberlo ni proponérselo, era un filósofo nato al que le gustaba mucho reflexionar sobre la vida.

Al terminar la secundaria me fui a la ciudad y no lo volví a ver, solía preguntar por él a los amigos que teníamos en común y con los cuales seguía teniendo conversaciones sobre nuestra historia y nuestro origen.

La última vez que supe de él fue una mañana de abril de 1996, en la que había llegado al pueblo invitada para un recital. Caminando por las calles que me habían visto crecer me topé con uno de mis antiguos amigos al que le pregunté por Jos; tras quedarse mirándome por largo rato, como teniendo algo para decir sin decidirse a hacerlo, finalmente repuso:

—¿Josepo? ¿No sabes lo que ha pasado?
—No, no sé, ¿qué ha pasado?
—Josepo ha muerto, lo mataron los paracos.
—¡Cómo!
—Sí, lo mataron. Unos hombres le pidieron que les hiciera una carrera en su taxi, no le pagaron y le dispararon.
—¿Pero quién te contó eso?
—pregunté incrédula.
—Todo el mundo lo dice, —concluyó.

Sandrina

Melancólicamente
el rostro de una mujer
se dibuja en mi tarde

Está triste
siente una inmensa herida
en su piel
ella ama lo que nadie ve
es el cielo donde se recrean
los pájaros migrantes

Cuando Sandrina se casó con Rafa fuimos muy felices. Ella era una de esas muchachas bonitas del barrio, buena persona, a quien todos queríamos mucho. Rafa se había enamorado perdidamente de San y fueron novios hasta que ella quedó embarazada, noticia repentina para todos, pues no hacía mucho celebrábamos sus quince y ya su madre arreglaba lo más rápidamente posible el matrimonio.

A veces los acompañaba a las *heladerías*, como se le decía en aquellos años a los lugares adonde iban los novios a encontrarse y tomar refresco, pero también a besarse y mentirse con juramentos de amor eterno que yo nunca le hice a nadie. Mientras ellos se dedicaban canciones de

Galy Galeano en medio de apasionados besos, yo aprovechaba la generosidad de Rafa devorando los helados a los que amablemente me invitaba, haciéndome de paso muy feliz a mí también.

No recuerdo con todo detalle el día de su matrimonio porque la fiesta fue principalmente para los adultos, y aunque nadie se opuso a nuestra presencia, los jóvenes no habíamos sido oficialmente invitados. De todos modos mis amigos y yo la pasamos contentos, había mucha comida y también trago, ––algunos pocos de ellos ya bebían–, en tanto nosotras únicamente recibíamos los dulces, entremeses, pasabocas y otras cosas de comer que pasaban ofreciendo.

Vienen ahora a mi memoria unos mazapanes que estaban en la cocina y nadie repartía; fui hasta allá y agarré del tarro en que permanecían los que más pude para embutírmelos a toda prisa y salir luego con otros en la mano. Vuelve por un instante la alegría producida por el sabor de la leche klim con azúcar blanca derritiéndose en mi boca que me hace recordar cuán dulce era entonces la vida.





Título: Desazón
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Los días que por alguna razón no era necesario ir al colegio me gustaba llevarle el almuerzo a Rafa hasta la finca donde trabajaba, iba en mi monareta azul cobalto armada con retazos de muchas bicis viejas, pero como era mi primera bicicleta la amaba por sobre todas las cosas. Él era moreno, de cara casi redonda y marcados rasgos indígenas, alegre, risueño, nunca de malgenio pues pasaba mucho tiempo en casa junto a San. Ella, a su vez, era una esposa ejemplar, enamorada de su marido y de la bebé que había nacido meses después del casamiento.

Nuestras vidas por entonces discurrían sin ningún inconveniente y todo parecía perfecto, pero nada es para siempre y las cosas empezaron a cambiar de un momento a otro. Cada vez más a menudo aparecían cadáveres esparcidos por el pueblo sin saberse quién los mataba. Esa *mano negra* venía ajusticiando a numerosa gente en las fincas bananeras acusándola de pertenecer a la guerrilla o de ser su auxiliadora, y muchas veces bastaba un rumor o una discordia entre vecinos para acusar a alguien y condenarlo al sepulcro. Por esta razón muchos resolvieron salvar la vida y salir del pueblo para engrosar los cordones de miseria de Medellín o de algunas ciudades de la costa donde esto era preferible a la muerte. Así pasamos de la alegría a un llanto cotidiano.

La primera muerte cercana a nuestro entorno fue la de Julio, el hermano de Tavo, un negro mestizo, divertido y juguetón que nos hacía morir de la risa con sus historias, siempre metido en unos pantalones superanchos que había traído de la ciudad. Una mañana tocaron a la puerta de la casa de doña Lilia, para informarle que en el hospital había un joven cuyas características correspondían a un hijo suyo. Ella comenzó a gritar y a llamar a toda la parentela que a esa hora aun dormía, entre ellos a mí, que había pasado esa noche en la casa, y a Nancy, la hermana de San, que desde hacía años estaba felizmente casada con Tavo.

La noticia fue devastadora. Ese día Tavo se encontraba trabajando como de costumbre en la finca, desde el amanecer, cuando fueron a avisarle que debía ir a la morgue a reconocer a su único hermano. Y sí, allí estaba, era el propio Julio inexplicablemente muerto, que a eso de la cinco de la tarde llegaba a casa nuevamente pero en un ataúd gris brillante. Ante él, doña Lilia se desmayaba

y volvía en sí, incapaz de ver a su hijo, a su alegría asesinada. Tavo también lloraba por quien además era su mejor amigo, su inseparable compinche desde que lo convenciera de dejar la ciudad para vivir allí junto a él y su madre. Lloraba culpándose por haberlo traído al pueblo, en cuanto Nancy se esforzaba por tranquilizarlo haciéndole entender que lo que había pasado no había sido su culpa.

La cuadra entera acompañó a la familia en el sepelio de Julio y se dirigió en cortejo fúnebre hacia la iglesia, pasando de largo por el cementerio cercano a la casa y soportando un calor que a esa hora desintegraba la carne y los huesos. Al llegar nos recibió el tradicional repique de las campanas de las tres y fuimos llenando poco a poco sus recintos, lo mismo que el olor a muerte proveniente del féretro que hacía difícil la respiración.

Al estar tan joven la muerte aún no era para mí aquel espectáculo triste que asumían los adultos, incluso con mis amigos acostumbraba a jugar en el cementerio después de clase, así que ir a un entierro era como un brusco baño de realidad al que asistí sin ser muy consciente de que despedía a alguien que no volvería a ver.

En la noche, después del entierro, se hizo una primera novena en la que rezamos por las benditas almas del purgatorio. Mientras la gente lo hacía le pregunté a la señora Herminia quiénes eran las benditas almas del purgatorio y ella me respondió con un coscorrón para que dejará de preguntar bobadas, entonces ya no insistí más y continué rezando por las benditas almas.

Cuando me iba a graduar de bachiller le pedí a Rafa que fuera mi *padrino*, una clase especial de mentor que lo acompañaba a uno durante la ceremonia de grado, lo que él aceptó muy complacido pues el asunto resultaba todo un acontecimiento hasta para la gente de la cuadra, que no lo creía posible después de que me habían echado del colegio. Por eso tuve que terminar en una escuela rural donde la mayoría de mis compañeros vivían en fincas, conviviendo con la muerte mañanera, traicionera y nocturna que ya había tomado la vida de algún familiar de cada uno de ellos, muertos, la mayoría de las veces, en la flor de la vida.

A la ceremonia efectuada al atardecer fui con Rafa, San, Nan y mi madre, que milagrosamente apareció por allí sin ser

invitada, ya que durante esos años de adolescencia, —los consagrados al odio hacia la madre —, no quería ni verla y ese día la odié un poquito más por haberse presentado junto a mis amigos y mi padrino nuevo. Felizmente todo salió muy bien, nos dieron comida y trago, mucho trago. Por fin, cuando los invitados se fueron, me quedé en el colegio con mis compañeros celebrando a tal punto que perdí el sentido y vomité hasta la existencia misma, llorando y maldiciendo a medio mundo; con esta ceremonia entré a la edad adulta, a la edad de todos los abandonos y de todos los miedos.

A Rafa

Mientras el polvo
disipaba
los últimos augurios
de la tarde
tú marchabas
apocalípticamente
hacia lugares
desconocidos
por la memoria
por un maldito plomo
que ni siquiera
conocía tu risa

El Secre

En Urabá
la sangre sale
para adornar el asfalto

la muerte
ya no produce
el sobresalto en la madrugada

cada uno espera
de manera inconcebible
su turno

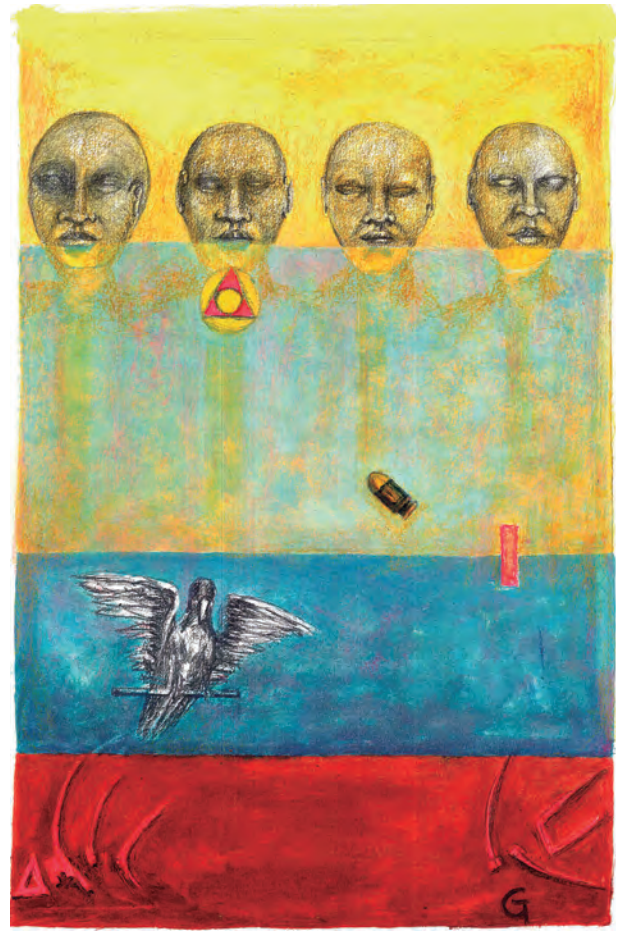
hasta la palabra
está poseída
por esa cadenciosa
danza macabra

Carlos, mejor conocido como el Secre, era uno de los amigos más grandes que teníamos, el mayor de toda la bandada de muchachos del barrio Vélez, con quienes yo me la pasaba. Me gustaba andar con ellos porque las chicas a mi edad ya vivían muy pendientes de quién o no las miraba, en cambio eso les tenía sin cuidado a ellos que sabían llevar una vida tranquila, relajada, sin preocupaciones. Eran de verdad tiempos felices. La guerra apenas comenzaba a tocar las puertas

de las casas de otros barrios y los únicos muertos de los que se hablaba por entonces eran guerrilleros llegados en mal estado al cementerio, escena cotidiana que sin embargo no nos desvelaba pues ninguno de ellos era vecino, amigo o pariente.

Un día el Secre salió de su casa en la mañana hacia su trabajo en un taller de motos. Por andar siempre tan serio se había ganado desde chico el apodo que le precedió incluso al anuncio de su muerte. Ese día estábamos sentados en la acera frente a la casa de don Andrés, cuando Resorte, su hermano menor, vino a contarnos que la abuela había tenido que ir al hospital a reconocer su cuerpo. Lloraba mientras lo hacía pero ninguno se atrevía a decirle nada, porque la muerte, con la que tanto tiempo convivimos, nunca había aparecido de frente ni se había llevado a ninguno de nosotros.

Ya con la tarde de aquel sábado negro cayendo vimos llegar el carro del *gallinazo*, dueño de la funeraria del pueblo y cumplidor inexorable de su labor, hasta que uno de sus hijos tuvo que recoger sus restos. Entonces fuimos corriendo a la esquina, a la casa de doña Esther, la abuela del Secre, una de las señoras más querida por todos nosotros, siempre ofreciéndonos de comer o llevándonos a veces al matadero donde nos regalaban las vísceras de los marranos para hacer morcilla, o preparándonos también huevos con seso de vaca y cebolla los domingos por la mañana; era ciertamente como una abuela para nosotros, los amigos de su nieto loquito, como solía llamarlo.



Título: Rostros que me habitan
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Los de la funeraria pusieron el ataúd café oscuro y sin lujos en la mitad de la pequeña sala mientras la gente de la cuadra y los conocidos del finado comenzaban a llegar al velorio. Mas entrada la noche nos dieron café a todos, algo nuevo para nosotros que nunca habíamos asistido a una triste reunión de estas. En ese momento me fijé en doña Esther, —callada y sin derramar ni una lagrima—, permanecía asomada al vidrio que daba al rostro del difunto. Era una auténtica matrona, delgada pero fuerte, severa pero noble, envejecida por los duros años de trabajo dedicado a los hijos y a los nietos que nunca dejaron de llegar y que eran su vida y su esperanza. Su rostro, casi tan inmóvil como el del Secre, no revelaba ningún sentimiento definible, la profundidad del dolor por su pérdida era insondable.

Mis amigos y yo salimos de la sala y dimos algunas vueltas por la casa. Resorte nos mostró la cama donde dormía su hermano, una camita de hospital, pequeña, que me alegró ver porque era exactamente igual a la mía. Pensábamos en toda aquella familia, —hermanos, primos, sobrinos—, y en lo que estaban sintiendo al ver el féretro en medio de la casa. Un rato más tarde uno de ellos salió para unirse a nuestro grupo y comenzamos a hablar de la muerte y de los muertos, la mayoría estábamos entre los doce y catorce años y muy poco sabíamos de una u otra cosa. Tampoco sospechábamos que comenzaría una época de tristeza y resistencia de la que esta muerte sería apenas el umbral hacia un porvenir sin horizonte.

De la sala sobrevino repentinamente una especie de aullido que nos estremeció de miedo y nos hizo experimentar el dolor que ya flotaba en el aire. Era de la tía Marina que, sin conseguir darle crédito a sus ojos, continuaba negándose a la muerte de quien había criado como a un hijo. << ¿Quién lo mató, —interrogaba al silencioso cielo más allá del techo de la casa—, quién? >> Esa pregunta retumbaba desde el fondo de su alma y nadie era capaz de respondérsela. La policía había dicho que lo habían encontrado muerto y que desconocían los móviles del asesinato aunque en el fondo cavilábamos, —sabíamos—, que había sido la supuesta *mano negra*, aquellos agentes llegados al pueblo para hacer una limpieza general que incluía a nuestros amigos del barrio, de la escuela, del colegio, que no estaban metidos en nada ni andaban en tratos sucios con nadie. Eso lo sabía la tía Marina

también, que al lamentarse en realidad preguntaba por el rostro, la identidad, el nombre de los verdaderos culpables de la muerte de Carlos.

Al día siguiente salimos en triste caravana hacia la iglesia, en medio de un calor sofocante que calcinaba la piel. Mientras caminábamos bajo ese cielo azul marino una nube negra se posó encima de nuestras cabezas, << quizás llueva >>, —dije en voz alta—, <<quizás>>, —me respondió una voz que nunca supe de dónde venía. Gracias a esa nube de presagiosa lluvia logramos llegar a la iglesia protegidos del sol iracundo del trópico. Allí, el sacerdote oficiante se demoraba en aparecer y al recinto lo inundaba un silencio revestido de eternidad y cansancio, posiblemente a causa de la falta de sueño por haber velado toda la noche al Secre y no dejarlo solo.
Enseguida, como salido de una caverna, apareció un hombre joven y bien parecido hablando en su sermón del perdón que debíamos dar los buenos cristianos; a continuación vino una perorata sobre la muerte y la resurrección, y entonces tuve ganas de preguntarle si los muertos podían resucitar a pesar del espantoso hedor que los acompañaba, pues en el calor y la humedad de nuestro pueblo los cuerpos llenaban rápidamente al aire con su muerte, haciéndolo difícil de respirar. Pero no podía preguntar nada, hubiera quedado como una insolente, ya que a esa edad, al menos en nuestra época, nos estaba prohibido preguntar sobre casi cualquier cosa.

Así que reservé la cuestión para la escuela y seguí de cerca el cortejo fúnebre cuando éste salía de la iglesia para dirigirse al cementerio. Íbamos conversando de la vida y de la muerte como envueltos en un letargo, sin comprender totalmente lo que pasaba cuando los amigos y los familiares morían, la noticia llegaba de golpe, sin aviso, uno estaba en casa por la mañana, y de noche, o al otro día, alguien llegaba como un ave de mal agüero hasta la puerta de la casa para dar la noticia éramos un pueblo pequeño y todos nos conocíamos.

Cuando llegamos al cementerio reconocimos de inmediato al sepulturero, un señor viejo y jorobado parecido a la muerte misma, parado frente a la tumba en la que iban a dejar al Secre. Tenía un balde con arena, bloques, cemento y una pala; lo observaba atónita, mientras los amigos del fallecido depositaban la caja en el suelo para que lo viéramos por

última vez. Asustada, me abrí paso entre el gentío para mirarlo y me sorprendió su rostro ceniciento, tan irremediablemente quieto.

La tía Marina continuaba llorando sin consuelo y doña Esther miraba incrédula, como si la vida se hubiese derrumbado con la partida del ser querido. Y así, entre alaridos y maldiciones, el Secre se dirigió hacia su última morada, dejándose llevar lentamente entre varios hombres que empujaron una, dos, tres veces, hasta que por fin todo el féretro estuvo dentro, apagando de a poco el clamor de los dolientes. Mientras la tarde caía lentamente y el cementerio se desocupaba, nos quedamos apenas los vecinos y los amigos más cercanos acompañando a la vieja que le decía todavía unas palabras incomprensibles a su nieto.

De vuelta a la desolada casa un silencio agazapado en el corazón difícilmente contenía la rabia y la desdicha de los presentes, aun nadie imaginaba que era el primero de muchos y terribles adioses. Esa noche, durante la novena, misia Esther oró maternal y dadivosa pidiendo que nadie más pasase por el dolor que ella ahora sentía, rogó para que todos saliéramos adelante y pudiésemos dejar atrás la cerrazón de esa jornada, pues Dios y nosotros éramos buenos.

Finalmente, con los ojos arrasados en lágrimas, repitió unos versículos de la biblia que todavía recuerdo:

Abre, Señor, mis labios,
y publicará mi boca tu alabanza.
Pues no te complaces en sacrificios,
si ofrezco un holocausto, no lo aceptas.
Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito,
un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecies.[1]

Allí estuvimos hasta casi llegada la media noche, tomando café y conversando sobre la corta vida del Secre, unos contando las anécdotas vividas con él, otros las maldades que solía hacerle a los más chicos. Me devolví a casa muy cansada, me quité la ropa que traía puesta y la dejé en el patio, me puse un camisón para dormir y me metí en mi pequeña cama de hospital a vivir las primeras pesadillas de la vida, que aún, tantos años después, no terminan.

1 Salmo 51, versículos17-19. (Nota de la Autora)

Jairito

Llegan anuncios
de mariposas negras
una sospecha
se apodera de nuestras firmezas

Todo se nos va
entre los párpados cerrados
sin pavura
sin ninguna costumbre
vamos entrando en ese lugar común
con nuestros muertos
sin nada de prisa
nada de lloros
para sublimar el instante

Era el pajarero del pueblo, desde pequeño amaba las jaulas con el canto de los pájaros dentro. Como los patios de nuestras casas colindaban, él siempre estaba al tanto de los alaridos que yo solía dar cuando llegaban las palizas de mi madre. Entonces se subía a curiosear en un tanque de reserva que había al fondo de su casa y que sólo era un tanque viejo que nunca guardaba nada, ni siquiera el agua lluvia de nuestros tropicales aguaceros que solían durar hasta dos días.

Jairito era además el típico niño que molía a golpes a todo el mundo, le encantaba pelear. Recuerdo que una vez salí de casa porque escuché una algarabía en la calle, me asomé y había un tumulto que impedía ver lo que pasaba, entonces me acerqué y cuál no sería mi sorpresa al comprobar que Jairito estaba encima de mi hermana, golpeándola a puño limpio. Y mientras ella más lloraba él más le pegaba. Furiosa ante



Título: La partida
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

el espectáculo, conseguí atravesar el cerco de mirones y lo empujé tan fuertemente que cayó al suelo, trenzándonos luego a golpes. En eso algún fulano, cansado de fisgonear, comenzó a separarnos invitándonos a no seguir peleando. Mi hermana adolorida y humillada se devolvió llorando para la casa mientras yo seguía alegando con él. No era que yo quisiera mucho a mi hermana, nada de eso, era que me quemaba el alma que ese pequeño sinvergüenza le pegara a todo el que se le diera la gana.

A medida que fui creciendo dejé de frecuentar a muchos de mis amigos, o quizás ellos dejaron de frecuentarme a mí, pues aunque me les quería parecer mi cuerpo cambiaba, mis senos crecían, lo que claramente nos hacía diferentes. Casi todos los muchachos abandonaban la escuela secundaria apenas cumplían los dieciocho años, luego los agarraba el ejército en la calle y se los llevaba a prestar el servicio militar obligatorio; otros, por la necesidad de trabajar, se presentaban voluntariamente al cuartel, donde al cabo de uno o dos años obtenían la dichosa *libreta*. Enseguida las exigencias de la vida material aumentaban y se hacía inevitable ayudar en casa con lo que hiciera falta allí.

De este modo la mazorca de nuestra niñez y adolescencia se fue desgranando. Sin embargo a esa edad se es rebelde e inestable, se reniega de la familia que nos quiere imponer sus moldes y de la sociedad que nos rechaza, y según la suerte, se encuentran a las personas que podrían ser nuestra guía o nuestra perdición para lo venidero. Acaso Jairito imaginaba que al colocar los pájaros en esas pequeñas jaulas su canto quedaría para siempre escondido en quienes lo rodeábamos, y así fue, convirtiéndose de hecho en una presencia entrañable de nuestra mitología personal. Pero con él sucedió lo mismo que con muchos de los jóvenes que alcanzan la edad en que la inocencia se pierde, cediendo fácilmente a los encantos del dinero, la vanidad y las mujeres.

Por esa época llegaron a Apartadó numerosos agentes a engrosar las filas de la policía, muchos de ellos corruptos, dispuestos a hacer un trabajo sucio cuya primera etapa consistía en ganarse la confianza de los muchachos, para luego desarrollar sus operaciones principalmente en las noches, sin testigos, aprovechando el terror que causaban. Estos *hombres de negro* mataban en cualquier esquina y bajo cualquier excusa a quien la más mínima sombra de sospecha cubriese:

al presunto miliciano, al hipotético ladrón, al aparente vago, al supuesto mariguanero, en fin; cualquiera que anduviera mal parqueado recibía su sentencia anticipada. Así se desató el infierno en las calles del pueblo y se volvieron cotidianos los desfiles de dolientes, viudas y huérfanos a las tres de la tarde. Durante más de quince años no hubo un solo día en que las campanas de la iglesia no doblaran por alguien, en realidad, el milagro era que no lo estuvieran haciendo por uno.

Una mañana de diciembre doña Hilda pasó por cada una de las casas del barrio donde suponía que Jairito, su hijo desaparecido hacía tres días, podría encontrarse. Él fue el último de la larga prole que concibiera. Era una mujer bella, maternal, que siempre nos hacía pasar hasta la inmensa cocina cuando íbamos a su casa, donde unas ollas igualmente grandes, llenas de comida, nos aguardaban. Todos emprendimos entonces la búsqueda de su muchacho sabiendo quizás dónde encontrarlo, pero esa mañana la zozobra y la amargura enfriaron nuestros corazones como una ráfaga de viento que se aleja y vuelve, presagiando las nefastas noticias que luego vendrían.

La preocupación comenzó a impregnar el ambiente de la cuadra pues nadie sabía qué hacer, además de esperar. Ya se había averiguado sin éxito en el hospital y en la morgue, por lo que aún pervivía la esperanza de que en cualquier momento Jairito apareciera. Pero nada. Por la noche la gente se iba retirando hacia sus casas, deseando que a la mañana siguiente todo estuviera bien. No era la primera vez que él se perdía provocándole un susto a la familia, incluso lo habían mandado un tiempo a la costa a ver si por allá su cabeza se asentaba, pero lo cierto es que las personas no cambian de súbito y él era necio y travieso desde la cuna. La vida de estos muchachos se había convertido pues en un constante drama para aquellas familias incautas, que al principio no sospecharon, —ni tenían porqué—, de que con cada amistoso saludo de sus hijos a algunos de esos jóvenes policías que rondaban el pueblo, estrechaban en realidad las manos de sus propios verdugos, de los destructores de su vida.

Por la mañana temprano nos sacudió la noticia. Lo habían encontrado muerto en una zanja, degollado, con signos de tortura, la cabeza casi cercenada, como si lo hubiesen querido matar mil veces. La conmoción de los vecinos, sin embargo, no se comparaba a la de su madre, que a partir de ahí experimentó la rápida

e indetenible vejez que producía la devastación del mundo en que vivíamos. Apareció, sí, porque los muertos de mañana tenemos que enterrar a los de hoy, porque la vida, al fin de cuentas, no puede ser una completa canallada en la que los asesinos del amanecer, disfrazados de maridos, padres, amigos, estiran los pies en la cama y continúan inocentes a lo largo del día. Apareció, en definitiva, para que lo recordáramos y lo lloráramos sintiendo su muerte como ninguna otra.

<< Me lo mataron, me mataron a mi niño, —gritaba doña Hilda en el paroxismo del dolor— pero por qué, Dios, lo permitiste, si sólo era un niño>>¬—, lloraba dirigiéndose a un cielo incapaz de darle respuesta o consuelo, aunque en realidad, nadie habría sido capaz de dárselo. Así, la hora de un entierro se vuelve la hora suprema de la humanidad, el momento en que todos nos vamos al hoyo con el muerto, no al baile, como dicen por ahí, ya que una parte de nuestro cuerpo y de nuestra memoria queda sepultada con él.

Hoy, mientras escribo, es imposible no verme reflejada en el devenir de nuestra historia, en ese llanto de nuestras madres, hermanos y amigos de infancia que produce en mi alma el repique de las campanas que anuncian de nuevo las tres y hace que asista otra vez a todos los funerales. Estoy callada, ahora oigo el murmullo de la calle intentando apagar inútilmente este recuerdo, este breve retorno a la vida de la voz de los ausentes.

"A dónde van los desaparecidos"
Rubén Blades, Desapariciones.

No caminan por la calle
desprevenidamente
No van a sepelios
a campos de paz
o al cementerio universal
No los vemos en el bar de siempre
brindando por la vida
"Pues todo es oropel"
No les dieron ocasión
para despedirse de la madre
ni de los amigos
A dónde realmente van
los desaparecidos
Pregunto
Tal vez
a una fosa común
como seres invisibles
quizá
a una ceremonia con la providencia
o a una fiesta sin previa invitación

A dónde van
oh Dios
atiende nuestra súplica
has que los infames hablen
de una vez y para siempre
o fenezcan de la misma forma
Pero responde
a Marta
la vieja
a dónde van
a dónde van

MQ

MARÍA, LA MEMORIA, EL GRITO Y LA TIERRA

POR: EDIT ROSÍO GONZÁLEZ SANDOVAL

Herminia me pidió que la acompañara, decía que Armenia no iba a pasar por buenos momentos y entonces, más por escasez que por gusto, decidí emprender junto a ella un largo viaje. El camino que terminé recorriendo me llevó a San José del Guaviare, un pueblo de infinita belleza que se confunde con la espesura de la selva, formado por casas de barro construidas a la orilla de un río de aguas torrentosas, tristes como la lluvia, en donde el eco de los gemidos y la angustia probablemente aún se esconden. Recuerdo que todos los años por el mes de febrero llegaban familias de indígenas a ofrecer sus obras tejidas con la mejor palma, la palma de curame Pueblo, en fin, impregnado de olores, silencios, soledades y ausencias indefinibles.

San José era por entonces una tierra buena para vivir y pronto logré ubicarme en una casa modesta de solo dos habitaciones, una cocina y un solar inmenso. Se vivía, aunque silenciosamente, el auge de la coca y por ello también se veían infinidad de aviones sobrevolando el pueblo, regando los campos con ese líquido que obligaba a los campesinos a subir los precios cada domingo en el mercado.



Título: Retén marino
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Allí, los labriegos que bajaban a pie hasta el pueblo, cargados de plátano, yuca y cacao, o halando sus burros repletos de frutas y legumbres para ser vendidas en la plaza principal, contaban mientras compartían un tinto, un guarapo o una cerveza, las historias de muerte que sufría la región, como la de aquel líder nukak que se suicidó de tristeza al ver el sufrimiento de su pueblo.[1]

Esas historias sin embargo no le importaban a la mayoría de la gente, su consigna era ganar dinero y la milagrosa hojita verde empezaba a dar sus frutos. Pero así como los jóvenes, las fachadas, las calles de repente cambiaron de ropaje, así mismo hasta las casas de las familias más afincadas del pueblo comenzaron a cerrar sus puertas antes de las 8 de la noche, temerosas del rumor de que habían llegado hombres armados desplazándose por las calles, visitando los negocios e instalándose en los hoteles.

Yo trabajaba lavando baños en alguno de los extravagantes restaurantes y negocios que comenzaron a diseminarse por el pueblo. Aún recuerdo los días en que aparecían fajos de billetes en las canecas de los baños, era la generosa propina de los nuevos visitantes. Entonces los sacaba con cuidado, sin miramientos, sin asco, y luego acabé sintiéndolos como parte de mi paga, sin cuestionar el dinero fácil o el derroche. Así San José se fue inundando de dinero, fiesta, peleas de gallos, pasquines, desolación y muerte. La tensión y la incertidumbre se convirtieron en el pan de cada día.

Por esta época empecé a sentir unos fuertes dolores de cabeza que se hicieron cada vez más frecuentes, viniendo luego acompañados de fiebre y escalofrío. Los conocidos me decían que no andaba de buen semblante y los médicos al fin concluyeron que estaba embarazada y que éste no iba a ser un embarazo fácil, por lo que me recomendaron viajar a Bogotá. Como apostándole a una lotería salí con las pocas cosas que tenía y llegué a la ciudad.

Ésta me recibió con una llovizna que atravesaba hasta mis huesos y bajo la cual se movía una muchedumbre de traje oscuro y aspecto sombrío que escondía su rostro bajo los paraguas. Era como si

1 Mow be,líder Nukak asumió la vocería de más de 200 indígenas que llegaron desplazados a San José del Guaviare y se suicidó en octubre de 2006. (Nota de la Autora).

toda la ciudad estuviera de luto. Llevaba apenas el pedacito de carne que crecía en mi vientre, una bolsa con dos mudas de ropa, el teléfono de una amiga que nunca me contestó y cien mil pesos. Llegué a una posada, una casona en el centro, cerca a la plaza de Bolívar, vieja, húmeda, barata, a tres mil pesos la noche, aunque el dinero difícilmente me alcanzaba. Sabía que si dejaba de pagar un solo día me sacarían del lugar sin ninguna contemplación, por eso conseguir para la posada y las visitas al médico se me convirtió en un rebusque diario.

Entre tanto mi barriga crecía. Un día no pude reunir los tres mil pesos y le pedí prestado a unos vecinos que me recordaron inmediatamente la deuda que tenía en el restaurante. Entre la angustia y el desespero completé apenas dos mil, y así, casi sin darme cuenta, sin tener tiempo para reaccionar, la noche me sorprendió en medio de la calle. Como último recurso y tratando de ignorar el frio, le obedecí cabizbaja a mis pasos que finalmente me llevaron a una calle estrecha, cerca de un parque del centro, donde habitaba una gran cantidad de personas de distintos lugares del país; allí entre carretas llenas de reciclaje y en una silla rímax sin espaldar, pasé mi primera noche en la calle.

Por algún tiempo mi techo fue un puente y el grupo de *parceros* que lo habitaba mi familia; mientras tanto hacía gala de un talento increíble para disimular las ganas de llorar, talento para contener esas ganas inmensas de gritar. En las noches el frío era tan insoportable que ocasionalmente conseguía dormir y con frecuencia me asaltaba la visión de mí misma sentada en esa silla rímax en medio de la oscuridad. Entonces comenzaba a suplicar, a pedir a gritos desde mis entrañas que algo sucediera, lo necesitaba, lo intuía, me obsesionaba. Una noche estuve con una ansiedad profunda, el día me había encontrado con un sinsabor, con una sensación parecida a la desdicha, el tiempo era implacable, hostil, mi niño me acompañaba y los dolores de cabeza y el escalofrío eran cada vez más recurrentes.

El rumor de que nos iban a sacar de aquel sitio se confirmó el día que el puente fue cercado por el ensordecedor ruido de las botas y las explosiones. El olor a gas me hizo correr desesperadamente con el niño a cuestas, bajo un sol húmedo, sin sospechar jamás que ese camino me llevaba, a punta de sacrificios, a un nuevo destino.

Poco después de eso, un hombre severo, autoritario, gruñón, me tomó por los hombros y me llevó a trabajar a un restaurante. Fue así que pasé buena parte de los años que siguieron, soportando las largas jornadas y el trabajo pesado, celebrando y divirtiéndome cuando podía.

Pasaron seis o siete meses cuando por casualidad di con Roberto, un hombre enamorado de su oficio de constructor que aceptó andar conmigo, hasta que tomamos la determinación, medio repentina, de vivir juntos. Así comenzamos a trabajar para mantener a nuestra familia, nos amábamos, nos odiábamos, nos comprendíamos, nos encontrábamos en los sueños y nos separábamos en las frustraciones, en fin, era mi esposo, mi compañero de vida. Sin embargo una noche no regresó más; tiempo después supe que lo habían asesinado por andar rebuscándose la vida en negocios peligrosos con gente ambiciosa.

Estaba conmocionada y sumida en la mayor desolación, entonces resolví regresar a San José del Guaviare, esperando que la vida me regalara un mejor porvenir. A mí también me habían asesinado por dentro, me habían arrancado nuevamente la fe. Una vez allí volví a tener contacto con el padre de mi hijo, un extranjero con quien nunca había sostenido una verdadera relación y que, inesperadamente, se mostraba empeñado en compensar su ausencia llevándose al niño a su país, garantizándole las oportunidades que jamás tendría aquí conmigo. Acepté con gran dolor, obedeciendo al profundo amor que una madre siente por sus hijos.

A San José había regresado por presión y soledad, pero ya no era una forastera, me conocían y por eso pude hacer parte nuevamente de la vida del pueblo, de otra forma no, pues el conflicto hacía que los grupos armados ejercieran un control permanente sobre la entrada y salida de las personas. Conseguí un trabajo en el almacén *El Proveedor*, el más grande del municipio, pero San José ya no era el mismo. La tensión por el negocio de la coca había llegado al límite, el dinero escaseaba y la tierra olía diferente, a cadáver. Los gritos silenciosos de los muertos reclamando por la vida perdida recorrían el pueblo.

Los días que siguieron los pasé atormentada por una enorme tristeza, pero ese dolor fue lentamente transformándose en un profundo deseo de recomenzar. Tras

unos meses conocí a un hombre alegre y conversador con quien más tarde me casé y me fui a vivir al Retorno[2]. Aquellos días fueron de mucho trabajo, las manos nos hacían olvidar los pensamientos. Trabajábamos en silencio, y así, en silencio, el proyecto de tener una tierra para nosotros se hizo realidad, la Santa Rosa, así llamamos a ese pedazo de tierra que para mí era el mundo. Era una tierra hermosa y próspera que nos abría el camino para vivir la vida que queríamos. Pero la guerra le resta valor a la vida, impone el precio de la muerte, carcome la dignidad; lo cierto era que toda la región vivía una situación verdaderamente dramática.

Por esos días llegó un nuevo comandante a la zona, un hombre contaminado de rabia y rencor, perverso aunque carismático, capaz de concretar sueños terribles, una de aquellas almas que casi ha perdido todo rastro de humanidad. Enemigo de sí mismo y dueño de grandes extensiones de tierra arrebatadas atrozmente, era en verdad un codicioso e indescifrable enemigo que no dudaba en usar los procedimientos más singulares y violentos para mantener oprimida a su gente. Aquel hombre



Título: Mujer, llanto y memoria
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

2 Municipio ubicado en el departamento del Guaviare, a 32 k de San José del Guaviare. (N. de la A.)

pequeño, aparentemente disminuido, de mirada fría y profunda, acumulaba tanta rabia por dentro que no podía encontrarse fácilmente con los ojos de las otras personas. Decía que lo había parido la tierra y que por lo tanto su madre era la tierra misma.

Así inició nuestra agonía inclemente, todo lo que hasta entonces habíamos logrado comenzó a desvanecerse, creímos que podríamos disfrutar de un sueño en el que en realidad estábamos atrapados, no nos dejaban salir a vender nuestras mercancías y teníamos que entregarles las pequeñas ganancias obtenidas de algunas inversiones. En las noches soñaba constantemente que la tierra se hundía a mis pies.

A pesar de la tragedia la esperanza persistía, pues una parte de mí crecía en mi vientre y eso me llenaba de ilusión y me obligaba a continuar. Por ese tiempo habían secuestrado a unos alemanes, entonces todos tuvimos que hacer *picas* para poder abrir camino y permitir su entrada. En las veredas se abren caminos, pero en la selva se abren picas, en lo más profundo de la selva. Son espacios abiertos a punta de machete por donde solo cabe una persona a la vez, siendo de este modo invisibles para los aviones.

Esto lo hacían cuando secuestraban personas importantes, y por eso teníamos que permanecer allí sin poder salir hasta por cinco o seis meses. Éramos prisioneros de la selva, de la guerra y de intereses absurdos; prisioneros de hombres que al fin y al cabo fueron víctimas de sus propias decisiones, pues ellos cargan el continuo pesar de haber atentado contra la vida de formas de las que ya no se puede retroceder.

Teníamos que trabajar jornadas muy largas, todos, mujeres, niños, ancianos, distribuidos por grupos, todos los días. A las dos de la mañana tocaban las puertas de las casas y nos reunían en una laguna llamada La Golondrina. Allí repartían a la gente, unos para una selva, otros para otra; a mí me tocó en el mismo grupo de mi esposo. Solo nos daban guarapo y comíamos lo que cada uno pudiera empacar antes de salir de su casa.

Nos conducían hasta un lugar a cinco horas de distancia y el trabajo era demasiado fuerte, porque teníamos que hacer las picas completamente doblados, sin podernos arrodillar, ni sentar. Era un martirio, me dolía todo el cuerpo, las piernas se me inflamaron y los dolores aumentaban con

los días. Entonces le dije a mi esposo que hablara con el comandante porque ya iba a cumplir ocho meses de embarazo. Había otras tres mujeres embarazadas conmigo, pero mi estado era el más lamentable pues me encontraba en las últimas semanas.

Por primera vez el comandante dio una muestra de compasión, me dijo que trabajara dos días más y que ya luego podría irme a descansar a casa. Nuevamente madrugué al siguiente día, siempre con dolores, los cólicos no cesaban, los pies cada vez más hinchados. Aquella mañana había llevado un tarro de salchichas y un pan para calmar el hambre durante la jornada, pero llegado el corto momento concedido para el descanso ni pan ni tarro aparecieron. Extrañada, le pregunté a unas muchachas muy bonitas que había por ahí y me advirtieron que unos milicianos se los habían comido.

Desesperada por el hambre y los terribles dolores les reclamé que se hubieran llevado mi único alimento, les alegué que estaba embarazada y necesitaba comer bien. Me miraron con desprecio y uno de ellos me respondió, <<sí, yo me lo comí y qué>>. Sentí que me quemaba por dentro, lo miré a los ojos y le dije llena de coraje, <<cagada porque eso no lo hacen ni los mismos guerrilleros, ustedes son solo unos lambones>>.

Ahí supe que algo iba a suceder; observé sus rostros enfurecidos mientras se decían <<oiga lo que dice esta vieja>>. Con temor intenté caminar hacia donde estaba el otro grupo pero sentí que me halaron el cabello con rabia, me derribaron y me destrozaron la ropa que tenía puesta. Intenté gritar y me taparon la boca, recuerdo que uno de ellos dijo: <<esta vieja está embarazada pero está buena>>.

Evidentemente abusaron de mí, yo me defendí, alcancé a correr como un metro con la esperanza de llegar al lugar donde estaba trabajando el otro grupo, pero fue imposible. Había una miliciana muy joven que intentó defenderme, pero la amenazaron y la obligaron a agarrarme bien fuerte las manos para impedir que me fugara. Recuerdo perfectamente la tristeza de su mirada en ese momento, la lágrimas corriéndole por el rostro. Ese sentimiento, sin embargo, no fue consentido y al ver su llanto le dispararon en una pierna. Estaban intentando cortar con un bisturí mis partes íntimas para poder abusar más fácilmente de mí, cuando comencé a sentir

los dolores del parto y un río de sangre que se deslizaba entre mis piernas. En eso otra de las milicianas dijo: <<yo me voy así me maten>>, e intentó correr, pero uno de esos desalmados le enterró una puñalada en la pierna que no evitó que escapara y pudiese llegar al lugar donde estaba el otro grupo. Allá logró contar todo lo sucedido y cuando llegaron me encontraron en el suelo, con el corazón enterrado, sin siquiera poder llorar. Siempre será indescriptible lo que sentí en ese instante, no quería seguir respirando, pero el movimiento de mi hija dentro del vientre me llenaba de fuerza para continuar.

El Comandante, con una rara indignación, le dijo a mi esposo: <<Vaya y atienda a su mujer, pero no salgan del caserío porque los mato>>. Entonces él y otros ocho obreros me llevaron a la casa; en ese momento no sabía cuál dolor era mayor, la herida, recordar lo que me hicieron, o pensar que podría perder a mi hija.

De ahí en adelante todo cambiaría. Manuel temblaba del dolor y la rabia que lo invadieron, e intentaba pensar solamente en la niña. Con sus manos temblorosas y una aguja capotera, pues en el momento no había más, me tomó 18 puntos. Entonces empezaron los dolores que sin duda han sido los peores de toda mi vida. No teníamos nada, ni siquiera un algodón. En medio de esa agonía le pedí a Manuel que alistara el agua y desinfectara el cuchillo de la cocina, mientras le imploraba a mi cuñadito de ocho años que me ayudara, pero él era un niño, y con susto e impresión, me pidió que lo mordiera si era necesario. No tuve más remedio que levantarme, no sé de dónde saqué fuerzas, pero mi hija nació, yo sola la recibí, estaba viva, la sentía llorar aunque su rostro estaba lleno de golpes. Después de ese momento no sentí nada más, mi cuerpo y mi espíritu por fin se derrumbaron.

Me desperté cuando ya íbamos en un *potrillo*[3] remontando el río Inírida, mi esposo a su vez llevaba a la niña en otra canoa. Cuando llegamos al Retorno íbamos muy mal, una trabajadora del centro de salud de allí nos indicó que solo en San José podrían atendernos. Ahí Manuel no aguantó más, el llanto se apoderó de su cuerpo y se derrumbó totalmente. Teníamos que continuar y

3 Canoa enteriza, construida utilizando el tronco de un árbol; es un medio de transporte muy utilizado en las costas y ríos de Colombia. (N. de la A.)



Título: Femina ludens / Autor: Jovanny Galeano Muñoz

en el centro de salud nos embarcaron en una ambulancia, pero llegando a Caño Mico[4] un grupo de guerrilleros se dio cuenta que nos dirigíamos hacia el pueblo e intentaron acabar con la ambulancia a tiros; ésta consiguió pasar pero ya la niña moría a lentamente.

En el hospital de San José no había pediatra y Manuel, con ayuda del ejército, se fue en una avioneta con la ilusión de salvarla, pero fue inútil. Alrededor de la 1 y 10 de la madrugada escuché por los pasillos del lugar que la niña había muerto.

Manuel tuvo que enterrarla solo. Yo ya llevaba muchos tiempo en el hospital y no me recuperaba, entonces uno de esos días decidí escaparme y refugiarme con Manuel en casa de una señora amiga que nos dio posada, comida y ropa. Allí estuvimos escondidos varias semanas, hasta que nos enviaron en una bolsa los dedos de mi cuñadito, un niño de apenas ocho años que no sabía qué estaba sucediendo; así de envenenada estaba el alma de esos hombres.

Todas las noches lloraba a mi hija con el corazón lleno de rabia, y en mis sueños no lograba salir de un río de barro. Tenía miedo, trataba de superar lo sucedido pero en mi mente solo veía su carita desteñida, sentía sus latidos vibrando en mi cabeza y la voz de mi esposo que llegaba por momentos. Después de mucho llorar, la rabia finalmente me abandonó y fue remplazada por la fuerza y la frialdad necesarias para tomar la determinación de levantarme.

Nos contaron que nos habían quemado la casa y la finca por la que tanto trabajamos para levantarla. Manuel entró en un estado de locura y una mañana no amaneció, lo busqué, pregunté por él sin obtener respuesta. A las pocas horas me llegó el rumor de que se había ido otra vez para el monte y sí, alcanzó a llegar hasta La Golondrina y ahí mismo lo cogieron y se lo llevaron para La Paz otra vez. Como era de esperarse, lo amarraron y le quemaron la espalda con una marca de ganado, lo apuñalaron y lo tuvieron dos noches así, tal vez esperando que se muriera de a poco, pero las cosas que no tienen que pasar no pasan. Uno de los trabajadores de la finca se dio cuenta que lo tenían

4 Caserío construido alrededor de un caño afluente del Río Guaviare, en la vereda Nueva Primavera, en el Departamento del Guaviare. (N. de la A.)

amarrado y se arriesgó a soltarlo, le dio un arma y lo dejó ir.

Los disparos iban y venían. Manuel mató a un miliciano y a él le rozó una bala en la nuca. Malherido se tiró al río y logró llegar al Retorno con ayuda de Pedro Ariza, el hijo de Don Carlos Ariza, dueño de buena parte del pueblo. Allí el Padre le brindó refugio y lo mantuvo a salvo todo el día, hasta que en la noche pudo tomar una moto y llegar nuevamente a San José, donde permanecimos escondidos casi dos meses, con la zozobra permanente de que la muerte nos alcanzara. En las noches Manuel se despertaba gritando que lo dejaran, porque en medio de todo quería vivir.

La policía supo que estábamos escondidos y por eso cada vez nos frecuentaban más; les pedimos que no volvieran porque sus sospechas y sus visitas nos ponían en riesgo y ya era justo que nos dejaran en paz, pues no soportábamos un nuevo dolor en nuestras vidas. Decidimos alejarnos de todo, buscar un lugar para vivir aunque realmente ya no éramos los mismos. Esta tragedia había devastado profundamente nuestros sueños, el amor que nos teníamos, la esperanza que nos sostenía firmemente. Con la fe perdida Manuel no pudo recuperarse, no le encontraba ningún sentido a la vida, se refugió en el alcohol y no quiso salir más de ahí.

Yo perdí nuevamente a mi esposo, parecía condenada a estar sola porque él había muerto en vida, y me culpaba. A veces, en las noches en que el alcohol lo enloquecía, que eran casi todas, abusaba de mí, gritaba que estaba sucia, que ya no era la misma, que las cicatrices le recordaban a los hombres que habían pasado por ahí: << ¿Por qué dejó que mataran a la niña y que esos hombres la jodieran?>> Y repetía: << Me mataron a mi hija, a mi hermano, me quitaron la tierrita, me jodieron a mi esposa, qué queda ya>>.

Yo siempre pienso que mi hija está en el cielo y sabe que no fue que no quisiéramos tenerla, sabe que me la arrebataron y que no permitieron que viniera a este mundo. Por eso un día tomé la decisión de no continuar llevando más cargas injustas, el cuerpo me pesaba, el alma me dolía. Mi esposo y yo habíamos padecido esta historia pero para mí el sufrimiento era mayor, porque si bien las heridas del cuerpo sanan, el dolor de haber perdido un hijo de esa manera tan cruel no tiene consuelo. Ahora miro mi cuerpo y sé que



Título: A los no natos de la guerra
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

quedaron muchas marcas, sé que ya no soy la misma, sé que las marcas de las heridas son imborrables y ya no duelen, aunque el dolor que se siente por dentro cuando pienso en todo lo que pasó no cesa. En la guerra todos pierden, pero un día me levanté, miré el cielo de otra manera y me dije a mí misma: "No, ya no más, aquí estoy, estoy viva". Nuevas motivaciones brotaron en mi vida.

Me refugié en Dios, me confortaba y no me juzgaba, tan solo me escuchaba y creo que lo sigue haciendo. Sin embargo esos días no dormía pensando en venganza, quería meterme en algún grupo armado para aprender a defenderme, a usar las armas, a moverme bien por la selva. Inquieta por ese deseo contacté un grupo en San José con quienes estaba todo listo, cuando una tarde yendo para La Concordia[5], por el Trincho[6] , los asesinaron. Esto me sirvió para pensar mejor en lo que estaba haciendo y fue así que me reafirmé en Dios, sin reclamarle nada, pues todo lo que pasó fue en parte a causa de nuestras decisiones.

Manuel anda por ahí, entre copa y copa, más trastornado que nunca. Lleva tristemente entre sus cosas unas cuatro fotos de la niña, golpeada, morada, ya muerta. Ese vacío en su pecho fue tan definitivo que jamás podrá cerrarse. Decidí entonces separarme porque mi amor propio sí me permitió levantarme, las mujeres somos más fuertes que los hombres ante las adversidades y eso nos llena de tenacidad. Ahora tengo dos hijas, la mayor ya tiene 17 años pero hasta hace muy poco se enteró de lo que nos había sucedido, no había querido contarle, no sé si por miedo o vergüenza.

A San José llegó un proyecto de formación teatral, jamás había hecho teatro, no sabía que era eso, pero cuando me acerqué a una de las clases me gustó, me llenó de motivación y continué asistiendo sin faltar a una sola. Comenzamos trabajando la respiración, localizando el centro de cada uno, buscando el movimiento. Pensaba que el teatro se parece a la vida misma, la memoria que hasta entonces me hacía tanto daño, se convirtió en instrumento de creación y sentí que era la primera vez que me redescubría sin los acosos de la guerra.

5 Puerto Concordia, municipio ubicado al sur del departamento del Meta cuya cabecera se localiza en la margen izquierda del río Ariari.

6 Zona Selvática cerca al municipio de Puerto Rico, Meta. (Notas de la Autora.)

Antes solía mantener oculto lo que cuento ahora, lo escondía, lo sufría en silencio, lloraba continuamente en las noches sin que nadie pudiera darme ese consuelo que en vano buscaba en el guarapo, en la parranda. Creo que una fe inquebrantable hizo que el teatro apareciera en mi camino. Cuando me hablaron de él solo imaginaba risas, payasos. Nunca imaginé que llegase a ser tan importante, tan especial para personas como yo que hemos vivido y sufrido dolores tan profundos. El teatro me permitió romper con el miedo y sentir que aquel era mi espacio. Un día le dije al maestro: <<necesito hacer algo con lo que llevo por dentro porque si no me voy a morir, si este dolor no me ha matado lo hará el silencio. Solo quiero que no me tengan lástima y dar a conocer mi historia para que la gente sepa cómo sufren tantas personas. Quisiera enseñar algo, decirle a muchas mujeres que hay que vivir la vida con verraquera>>.

Aunque sabía que iba a ser muy duro le conté al maestro todo lo sucedido y empezamos a trabajar, entendiendo que el teatro era amigo íntimo de la memoria. Mi cuerpo, tantas veces reprochado por mí, impregnado de cicatrices y de historia, era la principal herramienta. Descubrí que vivía prisionera en él, prisionera de los músculos, de los huesos, de los nervios.

Paradójicamente estaba compartiendo el espacio con desmovilizados de la guerrilla y las Autodefensas que no sabían exactamente quién era yo. Iniciamos las prácticas teatrales, –yo sacaba todo el dolor de mi cuerpo, expurgaba dolores ocultos–– y trabajábamos en una historia en la que yo sería la protagonista. En el grupo había incluso personas conocidas, reconocí por ejemplo a la miliciana que aquella vez recibió el disparo, no nos dijimos nada al comienzo pero las dos sabíamos que necesitábamos de ese encuentro.

Continuamos con el montaje, cada día expurgaba y sacaba los dolores ocultos de mi cuerpo en tal vez la mejor de las terapias. Cuando hicimos la función de estreno en la plazoleta de la gobernación del Guaviare sucedieron tres cosas muy importantes. La primera fue que mi hija vio la obra y lloró de la tristeza que le produjo, preguntó a quién le había sucedido todo eso y así se enteró de que esa era mi historia. Cuando salí de escena me abrazó y lloró desconsoladamente. La segunda fue que desde entonces dejé mi sufrimiento, mi cólera y todo aquello que me carcomía;

me di cuenta de que el teatro me había liberado. Y la tercera fue muy especial. Al siguiente día tocaron la puerta de mi casa y era Cecilia, la miliciana que obligaron a sujetarme mientras aquellos infames me destruían. Venía acompañada de un muchacho del grupo teatral que también había sido guerrillero. Me preguntó: << ¿Usted estuvo en La Paz cierto? ¿Usted fue la que perdió una niña recién nacida?>> Yo le contesté que sí y ella rompió en llanto pidiéndome perdón. Me dijo: <<Yo fui la del disparo, la que la agarró de las manos, perdóneme, yo no quería eso, pero ahí no podía hacer nada>>. Era cierto, ella no podía hacer nada, estaba a merced de unas fieras. Cecilia logró escaparse con un novio que asesinaron antes de coronar la fuga, y ahora que el tiempo ha pasado y somos amigas, nos comprendemos y andamos pendientes una de la otra.

Después de esta experiencia puedo decir que soy una mujer libre, sin tristezas, llena de alegría y esperanza; mis hijas me acompañan y sé que me necesitan. Sigo haciendo teatro, asistiendo a talleres, capacitaciones, regalando sonrisas. Me he convertido en una líder en San José consciente de que compartir su historia y todo lo que la vida le ha enseñado ayuda a muchos hombres y mujeres. Ahora sé que lo que realmente produce la guerra es deshumanización, odio y destrucción. Aprendí con el teatro que todos los que estábamos allí guardábamos inmensos dolores, unos por terminar convirtiéndose en victimarios y otros por todo el daño recibido.

He tenido inclusive la oportunidad de seguir encontrándome con personas de grupos armados. Una vez llegó gritando un herido a la vereda donde hasta hace poco vivía: <<sálvenme, sálvenme, quiero volver a ver mi mamá>>. La guerra hace que esas cosas pasen; las mismas cosas que él gritaba las grité yo en su momento, solo que esa vez pude hacer algo por él y me sentí bien. Lo curé, le di comida y logró recuperarse. Esto es lo que me ha enseñado la vida. No guardo odios, tengo mucho amor para dar.

Ahora tenemos un grupo de teatro en donde ha surgido una calurosa complicidad para celebrar la memoria y la creación: desmovilizados de la guerrilla, de las autodefensas y víctimas. Son estas las paradojas y las maravillas de la vida que hemos tenido que enfrentar.

MEMORIA DE VIDA Y MUERTE

POR: LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA Y
OMAR DAVID TABORDA PERNETH
COLECTIVO UNICÓRDOBA

Perfil del profesor Alberto Alzate Patiño

La noche empezó a caer.

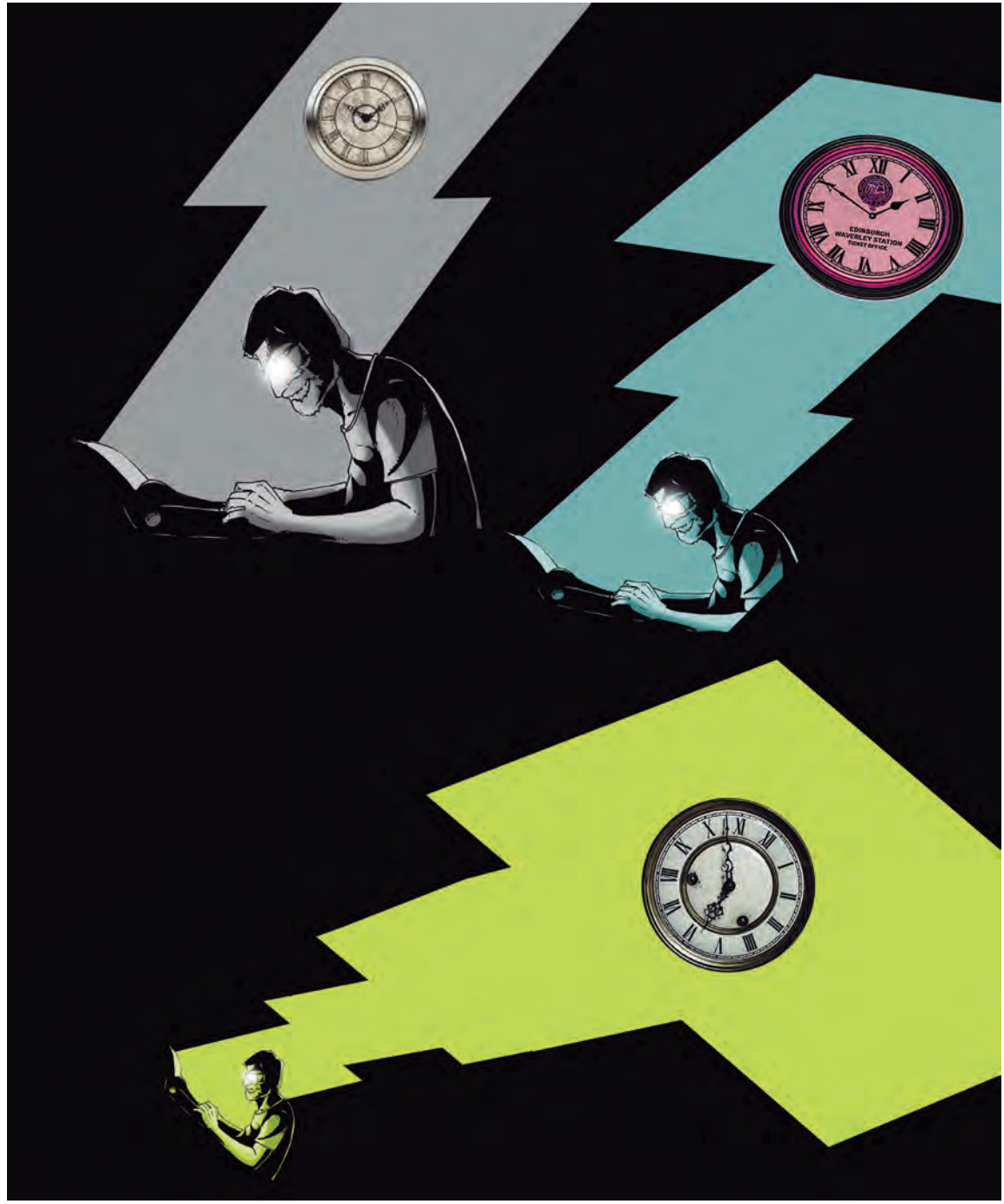
En las horas en que el crepúsculo imprime unas vetas de color naranja sobre el cielo, los autobuses que circulan por la cuarta avenida esta vez no pasaron a toda velocidad.

Los pasajeros estudiantes se volcaron sobre las ventanillas para tratar de observar algo que explicara la aglomeración de personas en mi casa. Algunos se bajaron del autobús y se metieron entre el tumulto.

—Mataron a un profesor de la U, —decían..

Conocía a algunos, porque les dictaba clases de metodología de la investigación. Trataba de hablarles, pero no me escuchaban.

Ese mismo día, temprano por la mañana, antes de que todo ocurriera, recibí la llamada de una periodista española pidiéndome que reservara un tiempo al final de la tarde para hacerme una entrevista acerca de mis trabajos de investigación en torno del tema Urrá.



Autor: Omar David Taborda Perneth

Pensé en exponerle de forma precisa los resultados de los estudios sobre el impacto ecológico y humano que, junto con otros investigadores, anunciamos que traería la construcción de los embalses de la Central Hidroeléctrica de Urrá[1], tanto para la comunidad indígena Embera[2] como para los colonos que habitan la región sur del Alto Sinú. Así que tendría que seleccionar los textos de los informes que había escrito para la Fundación Interamericana del Banco Mundial y Corelca[3], las entidades que nos contrataron para realizar dichos estudios.

Aunque luego me dije que para hacer una entrevista aún más interesante, le enseñaría a la periodista el libro *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*[4], que escribí junto con mi esposa Bertha, el profesor Misael Díaz Urzola, Ángel Massiris, Roberto Yances, y los investigadores asociados Antonio Cardona y Oscar Díaz. Además, le hablaría también sobre el libro que publiqué en Montería en junio del 92, *Problemática Social de los Aborígenes de Córdoba, a Propósito de los 500 Años del Descubrimiento de América*[5].

En efecto, ya me imaginaba hablándole a la periodista sobre mis extensas y extenuantes caminatas por toda la zona selvática donde finalmente se construyó la represa de Urrá, así como también de mis observaciones etnográficas y mis charlas con los Emberas y colonos sobre sus problemas y sus maneras de vivir en las vegas del río Sinú y del alto San Jorge; le describiría las ciénagas y los afluentes de aquellos ríos que proveían de alimento a todas esas comunidades, le contaría de las familias que vivían en tambos construidos justo en la frontera boscosa, de los gigantescos árboles de roble, florisanto, ceiba y camajón; de los pájaros anidando en las alturas para salir después en bandada alborotando la quietud del bosque, de los niños que eran criados y educados alrededor de aquellas fuentes de agua desde mucho tiempo antes de la llegada de los conquistadores y saqueadores de tumbas al final del siglo XV y comienzos del XVI.

Me convencí de que daría una formidable entrevista y que mis textos alcanzarían una relevancia aún más importante entre los demás del área a nivel nacional e internacional.

Miré por una ventana del salón. Un conjunto de nubes bajas, cargadas de humedad avanzaba con lentitud. No había forma

en ellas, solo presagiaban lluvias intempestivas y sobresaltos de truenos como descargas en una guerra silenciosa que estalla sin aviso alguno y a la distancia.

—Se parecen a las que rondan el nudo del Paramillo[6]—, pensé. Entonces recordé el ambiente cargado, tenso, del campamento en Urrá donde llevábamos a cabo las encuestas para el censo de la población que iba a ser reubicada. Siempre llegaba con los nervios crispados por el temor de un asalto de la guerrilla del E.P.L[7] que se asentaba ahí.

—Alberto, no te preocupes, mira que si estás nervioso nos pones nerviosos a nosotros también. Lo mejor es que te vayas para tu casa y desde allá coordines todo—, me decía el antropólogo Antonio Cardona.

Fue en ese instante del recuerdo, cuando empecé a creer que no le había mencionado nada sobre la entrevista que me iban a hacer ni a mi esposa ni a mis hijos.



Autor: Omar David Taborda Perneth

que pasan veloces por la avenida cuarta, haciendo mucho ruido de bocinas, y con esos muchachos colgados de las ventanas vociferando los barrios a donde se dirigen, o acercándose peligrosamente a las aceras para dejar a los pasajeros estudiantes que vienen de la universidad.

Recuerdo que no tuve tiempo de decirle nada sobre la entrevista que me iban a hacer.

—Bueno, todavía puedo. Ya casi termina esta reunión. Voy rápido al edificio administrativo de la universidad, arreglo un par de cosas en la oficina del Comité de Investigaciones y alcanzo a llegar para el almuerzo, y ahí le cuento a Bertha y a los niños—, pensé.

Los laureles que sembré cuando apenas empezábamos a levantar la casa Bertha y yo amainan un poco el sol y el calor abrasador de julio.

Hablo un poco con mis hijos y mi esposa, después me levanto de la mecedora y me dispongo a tomar un baño. Al mirarme en el espejo observo que mi barba blanca está un tanto desaliñada. Empiezo a recortarla, a redondear sus márgenes. No recuerdo en qué momento se encaneció; porque cuando llegué a Córdoba, por el año 76, y me integré como profesor de sociología y metodología de la investigación en la universidad, aun mis cabellos guardaban el brillo azabache de los campesinos de la tierra cafetera donde nací y estudié. —Este sol de la sabana es muy verraco—, pienso a veces, y otras, lo pronuncio a voz en cuello cuando tengo clases a las dos de la tarde. O también cuando camino por todas aquellas veredas de San Pelayo, donde inicié mis trabajos etnográficos que me llevarían a escribir uno de mis textos más preciados: *Situación del campesino Músico*[8], que publiqué en 1980.

En ese momento me llama Bertha para decirme que mi amigo Alcides me está esperando del otro lado de la línea telefónica. Lo invité para que estuviera también en la entrevista.

> —Mira Alberto, no voy a poder acompañarte porque tengo a un sobrino con un brazo partido y debo llevarlo a la clínica—, fue lo primero que me dijo.
> —¡Eh! Usted si es guevón, se perdió de una oportunidad de oro de mostrar lo que estamos haciendo en el colegio—, le contesté.



Autor: Omar David Taborda Perneth



Autor: Omar David Taborda Perneth

Juntos elaboramos, con el acompañamiento del Centro de Estudios Ambientales de Córdoba[9], la propuesta pedagógica llamada *Semiescolarización tutoriada, una alternativa para el desarrollo ambiental local*, y Alcides consiguió unos lotes en las afueras de Planeta Rica para construir una escuela que más tarde se convertiría en el lugar de aplicación de los proyectos de investigación de un postgrado en la universidad que llamamos *Desarrollo Educativo Ambiental*[10]. Todo este trabajo mereció el reconocimiento del Ministerio del Medioambiente, la Organización de los Estados Americanos[11], y se convirtió en modelo para ser replicado en países europeos.

Este reconocimiento nos unió aún más en la amistad, y en especial en las discusiones, a veces acaloradas, que sosteníamos en las diferentes reuniones con el gobierno nacional. Es más, algunos días atrás habíamos estado en Bogotá y cuando salimos de aquella reunión en el Ministerio de Educación, le dije a Alcides que después de esa discusión tan altisonante bien valía la pena tomarnos unos tragos de aguardiente, así ninguno de los dos tuviera experiencia en eso de ingerir alcohol.

Ahora son las cinco de la tarde y el sol inicia su descenso. La brisa que viene del río mueve las ramas de los laureles. Estoy listo.

No me gusta abrir la puerta de la calle. Nunca atiendo los llamados insistentes del timbre. Sin embargo, esta vez lo voy a hacer porque ya es la hora destinada para recibir a la periodista e iniciar la entrevista.

Me sorprendo al observar que no es una mujer quien espera afuera.

> —¿Es usted el profesor Alberto Alzate Patiño?—, me pregunta el hombre con voz profunda.
> —Sí. ¿Qué se le ofrece? —, le respondo.

Y sin mediar más palabras aquel extraño hombre saca una pistola y descarga veloz el primer disparo que entra por mi barbilla y astilla detrás mi cráneo. Luego, al caer mi cuerpo en la sala, hace tres descargas más metiendo el arma por la ventana. Después emprende la fuga.

No entiendo por qué las puertas y ventanas de mi casa fueron selladas después de aquello. Todos los días vengo

y la observo desde la otra esquina. Está descuidada. No puedo hallar a Bertha y a los niños. El barrio ha cambiado. Los autobuses no son los mismos, ahora están pintados de amarillo y los muchachos no gritan desde las ventanillas. Todos los días rodeo los caminos, igual que rodeaba los caminos del bosque en el alto Sinú, sólo para lograr entrar y continuar mis escritos en el cuarto de estudio.

Pero lo único que sigue aquí son los laureles que sembré. El viento de la tarde los acaricia con suavidad y yo buscando a Bertha y a mis hijos...

---

1 Según el texto *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*: "La construcción de la represa de Urrá ha sido una bandera enarbolada por los patricios conservadores y liberales creadores del Departamento de Córdoba, a raíz de los estudios adelantados por la firma norteamericana R. J. Tripton desde el año 1952. Esta primera propuesta consistía en una pequeña represa de solo 5.000 hectáreas (Urrá I) cuya finalidad era regular los caudales del río Sinú y utilizar el embalse para riego en la agricultura. Posteriormente el proyecto fue radicalmente transformado en una gigantesca hidroeléctrica con dos centrales que generarían 1'200.000 KW e inundaría un área total de cerca de 60.000 hectáreas, en las que lógicamente los canales de riego, por los bordes de las serranías quedaban virtualmente descartados porque toda el agua debería utilizarse en la caída para generar energía eléctrica." (pág. 17)

2 Según el texto *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*: "Actualmente los Embera están considerados como el grupo étnico más disperso geográficamente en el territorio nacional. Embera, que en lengua nativa significa "hombre", es el nombre que el grupo se ha dado a sí mismo. Los conquistadores españoles y antropólogos los han llamado Chocoes, Catíos, Emberá-Catíos, etc. Los Embera se hallan dispersos desde Panamá, Darién, toda la costa pacífica hasta Esmeralda (Ecuador). En los departamentos de Antioquia y Córdoba también se localizan. Migraciones recientes los han llevado hasta Caquetá. (pág.149)

3 CORELCA: Corporación Eléctrica del Caribe, entidad encargada de llevar a cabo la financiación, diseño, y posterior construcción de la Central Hidroeléctrica de URRÁ. Así mismo, esta entidad, en convenio con la Universidad de Córdoba, financiaron la investigación sobre el impacto social y medioambiental que implicaría para las comunidades que habitan en el alto Sinú la construcción de esta represa hidroeléctrica.

4 Alzate Patiño Alberto y otros, *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*. Fundación del Caribe, Centro de Investigación Social. Montería, Junio 1987.

5 Alzate Patiño Alberto, *Problemática Social de los Aborígenes de Córdoba, a Propósito de los 500 años del Descubrimiento de América.* Comité de Investigación Universidad de Córdoba, Montería, 1992.

6 El Nudo del Paramillo es geográficamente una de las cuencas hidrográficas más ricas de Colombia, no solo por el hecho de que ahí nacen los ríos Sinú y San Jorge, sino también por la riqueza mineral y la biodiversidad que habita en toda la zona boscosa. Este lugar por más de cinco décadas ha sido objeto de luchas territoriales por parte de los grupos al margen de la ley. Y las comunidades indígenas nativas han sufrido estas disputas.

7 Según el informe publicado por el Centro Nacional de Memoria Histórica*: ¡Basta ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2013: El E.P.L. (Ejército Popular de Liberación) se consolida en la región del alto Sinú después de la década del cincuenta tras establecer alianzas con las viejas guerrillas de la zona. Es "De hecho, la más campesina de las guerrillas. Tuvo como santuario el alto Sinú y el alto San Jorge, en Córdoba, y se ancló socialmente a los movimientos agrarios de nuevo tipo a través de las Juntas Patrióticas Populares, imaginadas por sus artífices como embriones de poder alterno." (pág.125-126). Luego de su desmovilización en la década del 90 se convirtió en el partido político Esperanza, Paz y Libertad.

8 Alzate Patiño Alberto, *Situación Social del Campesino M*úsico. Fundación del Caribe, Centro de Investigación Social. Montería, 1980.

9 El Centro de Estudios Ambientales de Córdoba, CEAC, fue una organización sin ánimo de lucro que nació como iniciativa de algunos estudiantes de la Licenciatura en Biología y Química de la Universidad de Córdoba en la década del 90 con el fin de articular al quehacer pedagógico la problemática social y medioambiental en esta región. Esta organización recibió asesoría en materia de investigación del profesor Alberto Alzate Patiño.

10 La especialización "Desarrollo Educativo Ambiental", fue aprobada por el Consejo Académico de la Universidad de Córdoba como propuesta de postgrado el día 29 de junio de 1995. Fue el primer curso de postgrado que fundó esta universidad, y alcanzó a graduar a tres cohortes hasta el año 1998 en el cual se dejó de ofertar.

11 El Proyecto Semiescolarización Tutoriada, "Una Alternativa para el Desarrollo Ambiental Local", fue el proyecto ambiental ganador del primer concurso de proyectos ambientales significativos del país (1998-1999). Concurso auspiciado por la Organización de los Estados Americanos, Ministerio de Educación Nacional y el Ministerio del Medioambiente.

AUTORES

GUSTAVO ADOLFO HINCAPIÉ
MARTA QUIÑÓNEZ
EDIT ROSÍO GONZÁLEZ SANDOVAL
LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA

Gustavo Adolfo Hincapié Vera

Carolina del Príncipe, Antioquia, 1980.

Documentalista, realizador audiovisual y escritor. En su trabajo, durante más de una década, ha recorrido diversas regiones del país documentando la memoria histórica del conflicto armado en los sectores rurales y haciendo visibles los esfuerzos comunitarios para generar nuevos espacios de debate y reflexión en distintos escenarios sociales. Co-director de varios documentales y del colectivo audiovisual Producciones El Retorno. www.elretorno.net

Marta Quiñónez

Apartadó, Antioquia. 1970.

Escritora, Psicóloga Social Comunitaria, Filóloga Hispanista, Magister en Comunicación y Educación Audiovisual. Actualmente reside en Medellín.

Edit Rosío González Sandoval

Sucre, Santander, 1978.

Historiadora de la Universidad Industrial de Santander y Magíster en Desarrollo Educativo y Social de la Universidad Pedagógica de Bogotá. Es además actriz e investigadora de fenómenos sociales en territorios en conflicto. Esta labor la ejerció por varios años en el Magdalena Medio, adscrita a instituciones como el Cinep y el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio.

Luis Fernando López Noriega

Montería, Córdoba, 1975.

Es profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Realizó estudios de análisis del discurso en la Universidad de Buenos Aires, Argentina en el año 2000. Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá en 2005.

Se inició en la escritura de ficción publicando cuentos en revistas nacionales e internacionales. Publicó en 2004 su primera novela, Dioses y Muertos, con el Fondo Nacional Universitario y en 2013 publicó su siguiente novela, Los Alunados, con la Editorial Zenú. También ha publicado diversos artículos que exponen los resultados sobres sus investigaciones sobre la novela colombiana, en revistas especializadas como Poligramas, de la Universidad del Valle, y Cuadernos de Literatura Hispanoamericana de la Universidad del Atlántico. Publicó un libro de investigación sobre la Novela en el Caribe colombiano después de García Márquez, titulado Calibán y Afrodita, La Novela en el Caribe Colombiano después de la Modernidad, Editorial Zenú, 2013.
Correo: educadorunicordoba@hotmail.com

ILUSTRADORES

LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA Y
OMAR DAVID TABORDA PERNETH
COLECTIVO UNICÓRDOBA

Omar David Taborda Perneth

Montería, Córdoba, 1992.

Actualmente es estudiante de Español y Literatura de la Universidad de Córdoba. Realizó estudios de Producción de Audio y Video en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), miembro del equipo de Memoria Histórica de la misma universidad, ha ganado diferentes concursos de cómics a nivel institucional, regional y departamental. En el ámbito académico, se encuentra trabajando en distintos proyectos relacionados con la didáctica de la literatura y la novela gráfica.

Facebook: Omar Taborda (samael comics)
Email: odsamael@gmail.com

Jovanny Galeano Muñoz

Medellín, Antioquia. 1968.

Bachiller en Artes Plásticas, Artista Plástico formado académicamente en el Conservatorio de Bellas Artes de la Ciudad de Medellín, con estudios complementarios en técnicas pictóricas, grabado, arte egipcio y otras múltiples formaciones académicas

y experienciales. Ha expuesto de manera individual y en colectivos en diferentes salones, museos y galerías de la ciudad de Medellín. Maestro de jóvenes e incansable creador que desde su taller aporta a la transformación de la cotidianidad, ha sido ilustrador de diversos libros y revistas, entre ellos Poligramas 29, Celeste vicio de mis días, Consumaciones, Cuando a mi puerta llegas, La saga de los clavellinos del 2008 de la Universidad del Valle, y Rostros del Pan de la poetisa Martha Quiñones 2014. Su máxima experiencia pictórica está íntimamente relacionada con el óleo y las técnicas mixtas.

Luminosidad, color, conjugación, metáfora y realismo mágico se conjugan en las obras realizadas para ilustrar el texto de Narrativas de Vida y Memoria, las cuales están compuestas de símbolos que invocan una cotidianidad colmada de color, de aromas y formas que hacen parte del paisaje colombiano urbano y rural; Galeano nos permite tener otra lectura del conflicto social por el que atraviesa el país: Paisajes llenos de recuerdos y susurros de aquellos que los ocuparon y les dieron sentido; huella que se recrea y transforma en lienzo, color y armonía estética, transformación plástica de la realidad social del país.


Centro Nacional
de Memoria Histórica


DPS
Departamento
para la Prosperidad
Social


TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

El texto **Narrativas de Vida y Memoria**. *Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país*, reúne los escritos ganadores en la categoría Reconocimiento a la Creación de Narrativas de Vida de la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales de Memoria 2014 del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica

DPS Departamento para la Prosperidad Social

TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país

Director General Centro Nacional de Memoria Histórica
Gonzalo Sánchez Gómez

CONSEJO DIRECTIVO CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Presidenta
Tatyana Orozco de la Cruz
Directora Departamento para la Prosperidad Social

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación Nacional

Yesid Reyes Alvarado
Ministro de Justicia y del Derecho

Paula Gaviria Betancur
Directora Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas

Félix Tomás Bata Jiménez
Blanca Berta Rodríguez Peña
Representantes de víctimas

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Asesores de Dirección
Andrés Fernando Suárez, Patricia Linares Prieto, María Emma Wills Obregón, Paula Andrea Ila, Doris Yolanda Ramos Vega, César Augusto Rincón Vicentes, Janeth Cecilia Camacho Márquez.

Directores técnicos

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Álvaro Villarraga Sarmiento
Dirección Acuerdos de la Verdad

Ana Margoth Guerrero de Otero
Dirección de Archivo de Derechos Humanos

Martha Nubia Bello Albarracín
Dirección Museo de la Memoria

Sonia Stella Romero Torres
Dirección Administrativa y Financiera

Adriana Correa Mazuera
Coordinación Equipo de Comunicaciones

NARRATIVAS DE VIDA Y MEMORIA
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país

ISBN: xxx

Primera edición: diciembre de 2014

Número de páginas: 74

Formato: 23 x 23 cm

Coordinación editorial:
Andrea Maldonado Rivera

Asesor Literario:
Fabián Mendoza Quesada

Diseño y diagramación:
Christian Benito Rebollo

Ilustradores:
Jovanny Galeano Muñoz
Omar David Taborda Perneth

Impresión:
Imprenta Nacional de Colombia
© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 6 No 35 – 29
PBX: (571) 796 5060 comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia.
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
Narrativas de vida y de memoria,
Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país. Bogotá: Dirección de Museo - CNMH, 2014.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

El texto **Narrativas de Vida y Memoria**. *Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país*, reúne los escritos ganadores en la categoría Reconocimiento a la Creación de Narrativas de Vida de la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales de Memoria 2014 del Centro Nacional de Memoria Histórica.

CONTENIDO

PRÓLOGO 8
ANA FABRICIA CÓRDOBA CABRERA 12
NOMBRES PROPIOS 28
MARÍA, LA MEMORIA, EL GRITO Y LA TIERRA 46
MEMORIA DE VIDA Y MUERTE 62
AUTORES 71
ILUSTRADORES 73

PRÓLOGO

POR: JUAN CARLOS MOYANO ORTÍZ

Narrativa de los acontecimientos: entretela de la memoria compartida.

El ejercicio más generalizado de la sociedad colombiana ha sido la inclinación constante al olvido, una especie de ceguera que no admite la posibilidad de evaluar críticamente la gravedad de los acontecimientos que han marcado la historia, de la que todos somos, de una u otra manera, participes. En cierto modo, la impunidad que ha prevalecido, tiene soporte en la amnesia de la que parecemos revestirnos, desde la indiferencia y el desconocimiento de lo que sucede diariamente. Eso acrecienta el drama de una realidad acosada por largos periodos de violencia, que han tendido cerco a la posibilidad de avanzar como nación y como sociedad. Negarse lo que es evidente no resuelve nada, sólo genera condiciones para que los ciclos del conflicto se reiteren y sigan proyectando las secuelas de confrontaciones que hace mucho se han convertido en el drama de cientos de miles de colombianos y colombianas que no conocemos la paz y que poco sabemos de las causas que han ocasionado la hecatombe nacional. Causas y efectos que no sólo pertenecen a los análisis socio-

políticos: están en la cotidiana aventura de vivir, en vastas regiones donde existir es algo peligroso y recordar se torna en riesgo, en incierto atrevimiento.

En ese contexto, proclive al desconocimiento de los hechos reales, cobran importancia las diferentes *Narrativas de vida y memoria*, pues la recuperación de historias de los líderes comunitarios se convierte en una especie de antídoto contra el olvido. En este volumen se reúnen textos distinguidos por la calidad en la escritura, la veracidad de sus variantes testimoniales y los hallazgos creativos. En este caso entendemos la creación como elaboración sensible de materiales reveladores, donde la crudeza logra transmitirse a través de lenguajes que enriquecen los relatos sin extirparles lo verosímil y sin mermarle fuerza a los contenidos, más bien revitalizando las palabras, logrando re-significar las situaciones, permitiendo encontrar la reflexión y cierto alivio para dolores colectivos que no han tenido el duelo necesario. La escritura testimonial tiene efectos que contribuyen a comprender, adquiriendo consciencia de lo que es difícil aceptar, sin perder la intención esclarecedora, ayudando a sobreponerse al peso agobiante del silencio. Son textos que contribuyen a sanar algo de difícil superación, es el verdadero poder del verbo convertido en testificación, en desahogo y, sobre todo, en herramienta de recuperación de dignidad, pues hacer memoria es impedir que algunas situaciones queden sepultadas en la negación de la verdad.

Los relatos que fueron premiados en la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales del Centro Nacional de Memoria Histórica, son ejemplos de escrituras de la memoria, paradigmas indispensables para comprender la necesidad apremiante que tiene la sociedad civil de oponerse a los hechos violentos. Las guerras, desde la época de la Independencia -y mucho antes- hasta nuestros días, se han convertido en males endémicos que azotan los campos y vulneran de tajo las urbes y los pueblos. Sin duda, es importante escribir, hablar desde la experiencia de quienes han tenido que lidiar con las contradicciones de cada momento, con adversidades donde la gente común y corriente lleva la peor parte. Los textos que componen este volumen tienen cualidades desde el punto de vista literario y tienen el valor vibrante de la memoria, desde la escritura y la concepción estructural de cada relato.

Por eso resultó importante la manera de plantear cada testimonio, sin alterar los hechos, dándole aliento a personajes que han tenido historias personales que son parte del tejido de la historia colectiva.

El primero de los textos está dedicado a la gesta y sacrificio de Ana Fabricia Córdoba, una líder afrodescendiente que padeció el exterminio de sus seres queridos y que nunca se permitió el silencio y tampoco dejó de exigir justicia. Terminó huyendo, acorralada por persecutores que le arrancaron las raíces, le atacaron los afectos, la intentaron intimidar una y otra vez y, finalmente, segaron su derecho a vivir. Su historia nos conmociona, nos confronta, nos hace pensar en la tragedia de una nación donde la vida está expuesta a la guadaña de una muerte desquiciada. También, **Nombres propios** es una creación de mérito literario donde la escritora logra poetizar recuerdos y percepciones desde la íntima perspectiva de su propia mirada. Entre el amor a la vida y a la palabra, se decanta la memoria y queda el vacío insondable de las ausencias. Es la revelación de lo que ha pasado con los muchachos que fueron depredados por la insaciable voracidad de la violencia. Relatos bien logrados, conmovedores, mínimos, capaces de transmitir estados del espíritu, dibujando a contraluz los destinos truncos de una generación que fue llevada a las peores encrucijadas. Así mismo, **Memoria de vida y muerte**, hace un homenaje al profesor universitario Alberto Alzate Patiño, que fue asesinado porque sus estudios chocaban con intereses económicos de proyectos hidroeléctricos que vulneraron la estabilidad ambiental de territorios Embera y Zenú, en Córdoba, un departamento que ha padecido la expansión de la violencia en todas sus expresiones. Se trata de un texto que recurre al monólogo interior, estructurado casi como un documental narrativo.

Finalmente, **María, la memoria, el grito y la tierra**, es un testimonio ejemplarizante, donde la protagonista no perece y, por el contrario, logra resucitar del infierno al que fue empujada por acontecimientos que expresan los erráticos procedimientos de quienes, apoyados en la fuerza bárbara de las armas, abusan de la población civil y la someten a escarnios inimaginables. La protagonista de esta narración tiene la capacidad de rehacer su existencia y asumir lo creativo como algo posible, saludable, benéfico para ella y para personas que han tenido que bregar desbrozando

caminos para lograr un acercamiento a la paz desde sus experiencias directas, esa paz incierta, huidiza, perentoria, que está en la vida misma, más allá de protocolos y discursos. Seríamos un país fructífero si nos atreviéramos a sembrar la concordia con la sinceridad necesaria para que florezca una Colombia ecuánime, libre de los flagelos que nos han colocado en el filo del abismo. Si tenemos claridad y consciencia, quizá podamos posibilitar prácticas de resarcimiento y reconciliación que ocurran de manera auténtica y comprometida. La memoria es el diálogo entre lo que ha sucedido y lo que tal vez no deba ocurrir nunca más. Ahora, los relatos tienen la palabra.

ANA FABRICIA CÓRDOBA CABRERA

POR: GUSTAVO ADOLFO HINCAPIÉ VERA

Iba camino a San Francisco, un pequeño poblado ubicado en el oriente antioqueño, para acompañar una jornada de grabación de un documental colectivo realizado por jóvenes rurales sobre la infancia y la educación en el campo. Era martes 7 de junio del año 2011 y el trayecto transcurría sin novedades hasta que, pasado el mediodía, recibí una llamada de Piedad Morales[1], muy consternada por la noticia que me anunciaba: habían asesinado a "La Negra" al interior de un bus en el nororiente de Medellín. Se llamaba Ana Fabricia Córdoba Cabrera, la había visto por última vez dos semanas antes, encaramándose por las empinadas lomas de la Comuna 13 para acompañar a las madres de los desaparecidos en la búsqueda de sus seres queridos. Ella, como muchas otras mujeres en este país, se atrevió a desafiar el macabro destino que nos imponen. La sacaron de su tierra, fue señalada y encarcelada en la ciudad, le mataron a sus hijos, la persiguieron y finalmente le dispararon en la cabeza con

1 Piedad Morales, (1956-2012), poetisa y activista antioqueña del Movimiento Social de Mujeres. Coeditora de la revista Nuestro Espacio, entre 1988 y 1989; fundadora del grupo Las Cigarras, y directora de la revista del mismo nombre; ganadora del IV Premio de Poesía, con su poemario "Sortilegio de azares", otorgado por Ediciones Embalaje – Museo Rayo, en Roldanillo, Valle. Otras de sus obras son: Indicio Inquietante (1993), Lluvia en la Memoria (2003) y Des Hojada Palabra (2006). (Nota del Autor)

un arma con silenciador. Ella siempre lo advirtió, el dolor la volvió fuerte y pudo vencer el temor para expresar lo que sentía, para contar lo que había vivido, para denunciar lo que había visto. En vida no la pudieron acallar y quienes la conocimos no vamos a olvidar sus palabras ni su historia. Este texto es un homenaje a la memoria de esta mujer afrodescendiente, una indagación en sus



Título: Cazada
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

propios relatos y testimonios, en el fuerte ritmo de sus palabras, en los recuerdos de quienes compartieron su lucha, de quienes la escucharon y aprendieron a quererla. Para que otros la conozcan, para traerla de vuelta y sentir su fuerza, para no dejarnos arrebatar su aliento, para que no nos condenen al olvido, para que no nos siga gobernando la amnesia.

Tres días antes de la histórica promulgación de la ley de víctimas en Colombia, en la cual estuvo presente el Secretario General de Naciones Unidas, fue asesinada una mujer de voz alegre y furiosa, una de las tantas víctimas directas del conflicto armado en el país, una sobreviviente de todas las guerras, desde las de las bananeras en Urabá hasta las de las comunas en Medellín. Su nombre y su historia resonaron con fuerza por el contexto en el que ocurrió su asesinato: a la implementación de leyes de restitución de bienes y derechos se le unía el reconocimiento de las víctimas en un país que, en su historia reciente, había negado la existencia de un conflicto armado. Su muerte se convirtió en una alerta tardía y repetida del riesgo al que se exponen todos aquellos que se atreven a desafiar a la impunidad en un país en guerra. En los noticieros apareció su foto y los periodistas repetían su nombre, citaban una y otra vez sus frases premonitorias, lamentaban el hecho y exigían culpables. La respuesta de la Policía fue el ofrecimiento de una recompensa de "hasta 150 millones de pesos, por información sobre el paradero de los responsables".

Pero muchas preguntas quedaron flotando en el aire después de su asesinato. Quién era esta mujer por muchos conocida simplemente como "La Negra", que frecuentaba las movilizaciones y los encuentros sociales, que acompañaba los reclamos de otras víctimas, que hablaba siempre de su tierra y del exterminio de su familia. Cuáles guerras y dolores había padecido, por qué la habían matado. Ella misma se encargaba de contar su historia siempre que podía, de relatar su drama con la misma fuerza con la que compartía sus cantos y sus bailes, de alentar a otros para que se organizaran y denunciaran, para que exigieran sus derechos, para que no se quedaran callados.

En el año 2010, en un taller sobre memoria histórica realizado en la Universidad de Antioquia, así se presentó al momento

de su intervención: "Yo soy Ana Fabricia Córdoba Cabrera, vi matar mi padre, mi madre y todos mis hermanos. Quedó Arsenio y quedó Fabricia, acabaron con Arsenio porque iba con la verdad. Quedó Fabricia y me mataron a mi hijo porque me lo desaparecieron en La Cruz, yo conocí a mis enemigos. Y eso no me amedrentó porque yo con enloquecerme o ponerme a llorar en una esquina no hago nada, eso me calienta más el corazón y me da más fortaleza para seguir luchando y hablar en estos escenarios[2]".

La guerra en Urabá

Ana Fabricia Córdoba era oriunda de la zona bananera en el Urabá antioqueño, lugar donde su familia había llegado huyéndole a la violencia bipartidista en Norte de Santander. Allí se instalaron en predios baldíos y colonizaron tierras para la siembra que con el paso del tiempo fueron bastante productivas y atrajeron la presencia de empresarios, terratenientes y grupos armados a la región. En particular, la siembra del banano se extendió por una amplia zona de Urabá en la cual se construyeron improvisados poblados a los que fueron llegando obreros para trabajar en las plantaciones.

El ambiente social se enrareció y las disputas políticas, así como los intereses económicos, propiciaron el surgimiento de movimientos sindicales y expresiones sociales fuertes en la región. Las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC, y el Ejército Popular de Liberación -EPL, también se fortalecieron y se arraigaron en los sectores rurales y en los sindicatos de los obreros del banano. En 1985 surgió la Unión Patriótica -UP, una propuesta emanada de los diálogos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y la guerrilla de las FARC, a la cual se fueron articulando muchas organizaciones a finales de la década de los ochenta. En Urabá este partido político logró elegir un número significativo de ediles y ganar siete de las once alcaldías de la región. Arsenio Córdoba, hermano de Ana Fabricia, fue uno de los concejales electos en varias ocasiones por la Unión Patriótica en el municipio de Apartadó, mientras ella se destacaba como líder comunitaria en las zonas rurales.

Asesinos a sueldo comenzaron a generar temores en la zona, que luego se afianzaron

2 Verdad abierta, 9 de junio de 2011. A Ana Fabricia Córdoba la persiguió la violencia: http://youtu.be/aNQ16rpOhAk



Título: Pasajeros
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

con las disputas internas entre los dos grupos guerrilleros por el control de sus bases sociales, cometiendo abusos de autoridad con la población, asesinatos selectivos y masacres entre los simpatizantes de uno y otro bando. El EPL entregó sus armas en 1991 y se convirtió en un movimiento político denominado Esperanza, Paz y Libertad, conocidos luego como "Los Esperanzados". Perseguidos y declarados traidores por los que continuaban alzados en armas, muchos de los desmovilizados terminaron conformando Comandos Populares en alianza con las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá -ACCU, y con las fuerzas de seguridad del Estado, todos compartían un enemigo en común: la guerrilla de las FARC.

La llegada del paramilitarismo al eje bananero se hizo evidente en 1995, en ese sólo año fueron asesinadas más de mil personas en la región. Los padres, los amigos, los primos y demás familiares de Ana Fabricia fueron víctimas de masacres como la del Aracatazo, que tuvo lugar el 12 de agosto de 1995 en un bar con ese mismo nombre, ubicado en un barrio de invasión del municipio de Chigorodó. Los toques de queda, los censos y empadronamientos, las masacres y el

terror se impusieron en Urabá. El interés por la tierra se incrementó y muchos de los campesinos despojados violentamente tuvieron que salir huyendo hacia ciudades como Medellín o Cartagena. De esta forma, las haciendas bananeras crecieron y se materializó el exterminio de la Unión Patriótica.

El 22 de junio de 1996, mientras caminaba por una calle principal del municipio de Apartadó, fue asesinado Arsenio Córdoba por sujetos que se movilizaban en motocicleta y que huyeron al instante. La violencia acorraló por todos los costados a Ana Fabricia, que después del asesinato de sus familiares decidió quedarse mientras construía su propio hogar con su esposo Delmiro Ospina, quien también fue asesinado posteriormente en otra incursión paramilitar.

En un artículo publicado en la revista Semana[3] , Ana Fabricia contaba del apego que le tenía a su tierra, lo que explica su resistencia a desplazarse y su decisión de continuar viviendo en medio de un panorama tan macabro: "Me quedé en Urabá y visitaba de vez en cuando la finca que teníamos en Chiguadó. Uno no se va ahí mismo porque uno está apegado a su tierra, a sus vacas, a sus cultivos".

"Me asusté mucho cuando llegué"

Ana Fabricia llegó a Medellín en el año 2001, no tuvo más remedio que huir y refugiarse a la espera de encontrar un mejor futuro para sus hijos. Nunca olvidaba el susto que le había producido la ciudad cuando la vio por primera vez, se deslumbraba por la manera de vestir de la gente y se reía contando lo que le costó entender la dinámica de los semáforos para cruzar las calles. Se instaló en un barrio de la Comuna 13, donde estuvo pocos meses en una vivienda prestada por amigos cercanos o familiares que ya antes se habían desplazado. Viuda y con cinco hijos se enfrentó a una ciudad repleta de campesinos de todos los rincones del país, a las mismas guerras a las que le venía huyendo, a la pobreza y a la discriminación, a la falta de empleo y de las oportunidades esperadas.

3 Revista Semana. Ana Fabricia Córdoba: su vida fue una guerra. Revista Semana digital [en línea]. 11 de junio de 2011. [fecha de consulta: 11 de junio de 2011]. Disponible en: http://www.semana.com/nacion/articulo/ana-fabricia-cordoba-su-vida-guerra/241225-3

Los milicianos de la Comuna 13 no la aceptaron en el barrio y se desplazó hasta el otro extremo de la ciudad, en las laderas de la comuna nororiental. En el barrio La Cruz se destacó desde el inicio por su fuerte carácter y sus reclamos para promover la organización y la exigencia de sus derechos como desplazados, esto le generó la desconfianza y el señalamiento por parte de los actores armados que operaban en el sector.

En el año 2002 se intensificó la guerra en las comunas de la ciudad con el incremento de la presencia paramilitar en los barrios. Ana Fabricia se enfurecía ante los abusos y denunciaba sin vacilación los atropellos a los que eran sometidos los jóvenes, entre ellos sus propios hijos. Valientemente denunció, ante organismos internacionales de derechos humanos, excesos por parte de la autoridad y la connivencia de miembros de la fuerza pública con los grupos de civiles armados que ejercían un control social de facto y combatían a los reductos de las milicias.

En retaliación y con testigos falsos, el 11 de junio de 2004 Ana Fabricia fue acusada de ser colaboradora de la guerrilla y detenida por el Comando Élite Antiterrorista de la Policía Nacional. Un informante la señaló, junto a otros líderes del barrio, de ser auxiliadora de las milicias del sector, siendo trasladada a la cárcel de mujeres del Buen Pastor donde estuvo recluida durante dos meses. El 14 de septiembre precluyó la investigación y Ana Fabricia salió absuelta, luego de que Alias Cristian reconociera ante la Fiscalía que sus señalamientos fueron producto de las torturas a las que lo había sometido la Policía Nacional, con el fin de obtener información que comprometiera a los líderes barriales con los grupos armados.

Sin embargo, persistieron los hostigamientos, los allanamientos sin orden judicial y las acusaciones de ser colaboradora de las milicias. Al poco tiempo, en confusos hechos, fue asesinado su hijo Carlos Mario, de tan solo 13 años. Ella culpó a la Policía, dados los malos tratos a los que siempre había sometido a sus hijos.

"Pero que tenga el dolor de nosotros"

La situación económica nunca fue fácil en la ciudad, sus otros dos hijos hombres trabajaban lavando carros y en muchas ocasiones tuvo que realizar el "recorrido"

con otras personas desplazadas para recolectar alimentos y ropa en los barrios vecinos. Sentía nostalgia por su tierra y siempre hablaba de ella, de cómo era su vida en el campo donde nada le faltaba, añoraba recuperar algún día lo que le habían quitado. El compendio de injusticias que cargaba consigo la motivó a liderar organizaciones de víctimas, espacios de encuentro con los demás desplazados del barrio y de la ciudad en los que promovía proyectos productivos comunitarios y participaba en las movilizaciones y denuncias que exigían el respeto a sus derechos.

Su liderazgo la llevó a enfrentarse con la burocracia propia de las oficinas encargadas de atender a la población desplazada. Así se quejaba de los funcionarios que se encontraban en dichas dependencias: "Ellos no saben el dolor de nosotros, que duro es tener este teatro y tener que salir huyendo para dejárselo a otros y adonde lleguemos vivir huyendo de lado a lado sin tener paradero. Entonces nosotros lo que tenemos que hacer es que en la Gerencia de Desplazados hayan desplazados porque también tenemos hombres y mujeres preparados, que donde tenga que ver con la problemática del desplazamiento, en el



Título: Bala-da muerte
Autor: Jovanny Galeano Muñoz



Senado, en el Congreso, allá estemos. Sea blanco, sea negro o sea indio, pero que tenga el dolor de nosotros. Eso es lo que nos ha faltado aquí en Medellín y por eso nos tienen chupando la sangre, estamos explotados y seguiremos en la esclavitud sino ponemos de nosotros mismos para salir de esa esclavitud[4]".

Fue fundadora en el año 2009 de Latepaz (Líderes Adelante por un Tejido Humano de Paz) y de la Organización de Mujeres Aventureras, conformada por mujeres desplazadas cabezas de familia y gestoras en derechos. También hizo parte activa de la Ruta Pacifica de las Mujeres y de

4 Verdad abierta, 9 de junio de 2011. A Ana Fabricia Córdoba la persiguió la violencia: http://youtu.be/aNQ16rpOhAk



la Mesa Interbarrial de Desconectados, en la cual participó de la lucha por el acceso a los servicios públicos domiciliarios y a una vivienda digna para los sectores populares de la ciudad. Justamente por ser madre cabeza de familia se postuló para un subsidio de vivienda y después de todos los trámites logró adquirir una casa en el barrio Popular I, la cual estaba ubicada en otro sector muy conflictivo de la ciudad y su situación de seguridad no mejoró, así como no cesaron las amenazas en su contra.

El asesinato de Jonathan Arley Ospina Córdoba

El 7 de julio de 2010, once meses antes de su propio asesinato, Ana Fabricia recibió una llamada que la dejó muy angustiada, era su hijo Jonathan Arley anunciándole que lo iban a matar. Y así fue, al día siguiente salió a buscarlo y a las 11 de la mañana encontró su cuerpo sin vida en una cañada del sector de La Honda, contiguo al barrio La Cruz.

Esas heridas que no terminan de sanar, que se abren cada cierto tiempo, que no cicatrizan y que duelen profundamente. Un horror repetido, una persecución incesante que Ana Fabricia denunció hasta la saciedad. El asesinato de Jonathan la había llenado de mayor coraje y valentía para denunciar, en todos los escenarios posibles, la responsabilidad de la Policía en los hechos. En una entrevista emitida el 21 de agosto de 2010, en el programa En Caliente del canal local Cosmovisión, Ana Fabricia relató así lo sucedido:

"Yo sé que hablar la verdad en este país es un peligro porque aquí hay mucha corrupción, pero queremos una Policía transparente, queremos un Estado transparente, queremos hombres honestos, porque toda la Policía no es mala. Pero con este caso de pago de recompensas, o con este caso de los falsos positivos que fue lo que vivió mi hijo, un hombre sano, un gran hombre, que era un rapero, un pelado que lavaba carros, tenía su esposa y una niña, y me lo mataron de 19 años, a la edad de 20 años podría ser todo un señor, creo que no es justo.

Estaba el pelado en su casa dormido porque estaba enfermo de salud, con fiebre y gripa, y llegó Julián Andrés, de 16 añitos y que también murió el 7 de julio con Jonathan, a llamarlo a las 8 y 15 de la noche para que fuera a recibir una supuesta encomienda que yo le había mandado, estando en el

Popular I, entonces mi hijo le quitó la ropita a su bebé y salieron los dos muchachos. Al llegar al Terminal este joven Julián hace una llamada telefónica, llama a los agentes Carmelo y Osorio, agentes de la Policía que operan en La Cruz... No sé si el pelado era informante de ellos, no sé por qué pero él los llamó. Entonces, me dicen a mí las personas que tengo de testigos y que vieron el caso, que lo cogieron y lo montaron a la patrulla de la Policía, a la 301384. Y a las 9 en punto de la noche me hacen a mí una llamada, era mi hijo Jonathan asfixiado y él me dice: <<Mamá me va a matar la Policía>>, yo le digo que por qué si la Policía está para cuidarnos no para matarnos, qué pasa mijo, llorándole a Dios que no fuera a ocurrir eso. Lo cogieron, lo llevaron 15 minutos al Comando de La Cruz, de ahí le dieron la vuelta por encima, y si a mi hijo me lo mató una banda fue porque ellos lo entregaron, porque mi hijo con su boquita santa, que ya está hecho un santo, me dijo a mí: <<Mamá me tiene la Policía, me tiene el agente Carmelo y Osorio>>, yo no sé si se llaman así Yo sé que son unos gigantes grandes y al salir de aquí puedo morir, pero si me matan el mundo entero sabe quiénes son porque yo los conozco, los acuso porque sé que fueron ellos y la comunidad sabe que fueron ellos".

Ella sabía que las denuncias la ponían en riesgo pero no podía quedarse callada, no era capaz, tenía la sangre hirviendo y su dolor de madre sólo podía remediarlo en parte con sus reclamos de justicia. Sin temblarle la voz, con rabia pero con la misma fuerza de siempre, Ana Fabricia llevó el caso de Jonathan a todas las instancias nacionales e internacionales de derechos humanos, las amenazas en su contra se incrementaron y se vio obligada a salir del barrio donde vivía. Las noches las pasaba en los hoteles del centro de la ciudad y los días de oficina en oficina, visitando organizaciones y personas cercanas, tocando puertas para exigir respuestas a su situación, anunciando que la iban a matar, como lo hicieron con sus hijos, con sus padres, con su esposo, con su hermano, con su gente.

"Señores, no me dejen matar"

El 29 de abril de 2011, en una sesión del Comité Metropolitano de Derechos Humanos que tuvo lugar en el auditorio Guillermo Cano de la Alcaldía de Medellín, Ana Fabricia denunció las

amenazas contra su vida y señaló como directos responsables a miembros de la Policía. Ese día, ante el secretario de Gobierno de Medellín, representantes de la Procuraduría, la Fiscalía, la Policía, la Vicepresidencia y más de cien líderes barriales, suplicó: "Señores, no me dejen matar".

La propuesta de la Policía Metropolitana del Valle de Aburrá fue realizarle un análisis de riesgo, que únicamente implicaba una evaluación para eventuales medidas de seguridad. Ana Fabricia se negó desde el primer momento a dicho análisis por parte de la Policía y así lo manifestó por escrito, desconfiaba que quien la cuidara fuera precisamente la misma institución a la que ella denunciaba.

Pasó poco más de un mes de aquella reunión y la mañana del 7 de junio, mientras se desplazaba en un microbús de la ruta Santa Cruz, le dispararon en la cabeza con un arma con silenciador y salieron huyendo. El hecho produjo total indignación por el contexto de su muerte y las denuncias que había realizado. De inmediato, se pronunciaron el gobierno francés, el Vicepresidente de la República y diversos organismos de derechos humanos, señalando que su muerte se hubiera podido evitar, que poco o nada se había hecho para proteger su vida.

Su asesinato significó un duro golpe para el movimiento social y comunitario en Medellín, algunas de sus compañeras tuvieron que salir exiliadas y otras por temor se dispersaron. En su funeral, realizado al día siguiente en el cementerio de San Pedro, muchas personas expresaron el dolor y la angustia de vivir en un país en el que la impunidad alienta los crímenes más atroces contra personas indefensas, sobrevivientes de otras guerras, perseguidas en todos los rincones.

Sus hijos denunciaron la continuidad de las amenazas y de la persecución que no cesaron tras el asesinato de Ana Fabricia. El 1 de febrero de 2014 también fue asesinado su hijo Carlos Arturo de cuatro disparos en el sector de Naranjal. Él había regresado a la ciudad y estaba trabajando en un lavadero de carros. Se convirtió en el tercer hijo asesinado de esta líder, cuya familia sigue siendo perseguida, incluso después de su muerte.

Ana Fabricia Córdoba Cabrera quiso esclarecer el asesinato de sus hijos, gritaba los nombres de

los asesinos y no la quisieron escuchar, alguien dio la orden de silenciar sus reclamos. Tres años después de pagar con su propia vida, a pesar del escándalo y de los lamentos, su crimen permanece en la total impunidad y no se conocen los nombres de los autores materiales e intelectuales, la justicia incluso ha puesto trabas a los abogados de los familiares para acceder al expediente y poder hacerle un seguimiento al proceso. Pero es su nombre el que todavía resuena con fuerza en las calles, es su rostro el que aparece dibujado en los muros, son sus palabras las que están estampadas en los corazones de muchos, y son sus reclamos los que siguen cobrando vigencia todos los días, en ese eterno viacrucis que padecen quienes siguen huyendo de una guerra que no termina.

NOMBRES PROPIOS

POR: MARTA QUIÑONEZ

Nombres Propios

Eva
va y viene perdida en el gris negro color
de las ciudades
tiene apariciones místicas en mis sueños
Eva
anda errante entre los hombres
ahora ninguno se parece a Adán
su compañero de presidio
de siglo en siglo

Eva
es una simple alegoría
de nuestro encantamiento
Eva sale triste de su cueva de invierno
nadie la persigue
nadie la reconoce
uno que otro la ha visto
pararse en lo alto de la montaña
o dibujarse en las desgastadas paredes
de una casa vieja

Eva
anda solitaria
con todos sus fantasmas a cuestas
Eva es la viuda mayor de mi pueblo
ha visto morir todos sus parientes
digo
su árbol genealógico
ha desaparecido

de la incertidumbre de los tiempos

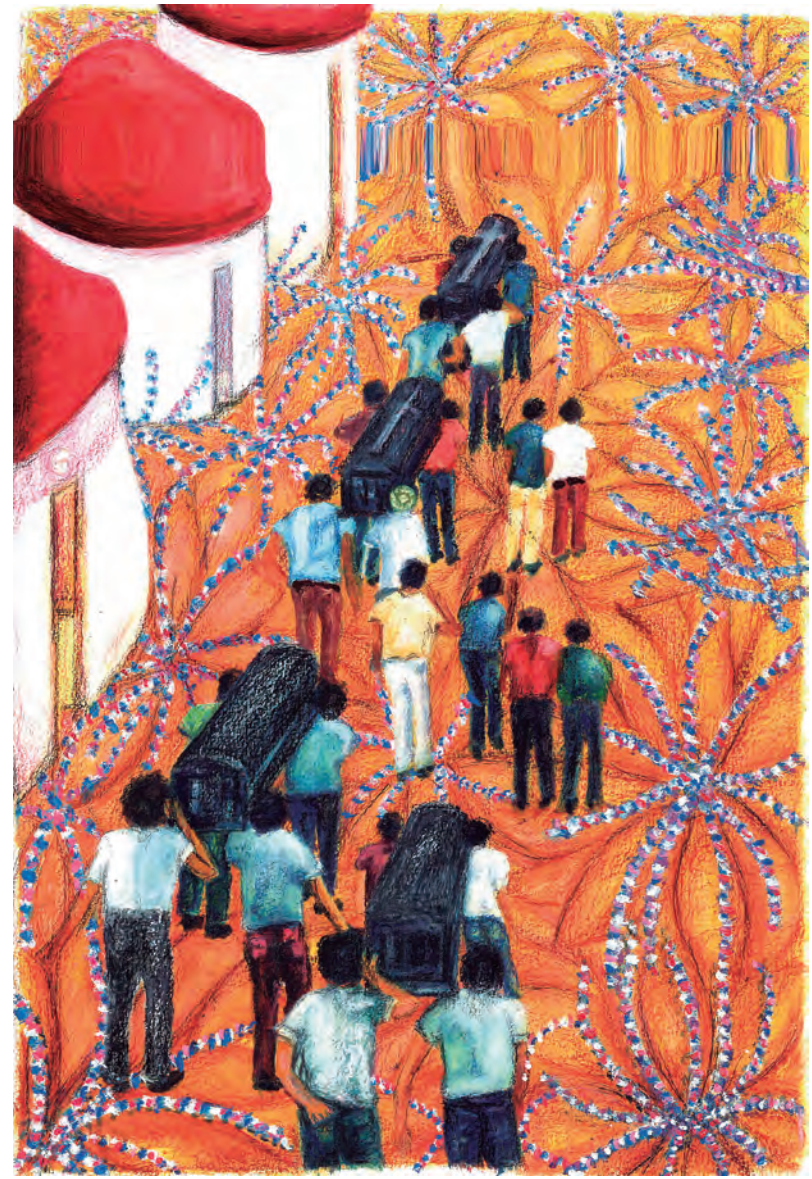
Eva silencia mi corazón
como plegaria
y se hace mujer
muriendo en el parto de los siglos

A Patricia, q. + d y a su hija viva

Josepo

A Josepo

Sentí un agudo dolor
cuando me anunciaron
tu oscura muerte
Cómo olvidaron
que eras aún un niño
y que jugabas al amor
con una prosti
para sentirte hombre
Cómo no imaginaron
tu risa de adolescente travieso
jugando fútbol al bolis
Cómo olvidarte
si contigo jugué
a la libertad
y sentada en la llanta
te conté mis sueños
para cuando fuera grande



Título: Flores para los no olvidados
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Saberte amigo, saberte caminando las calles y luego nada. Naciste para irte desvaneciendo, lentamente, en la invisibilidad del aire...

La primera vez que fui a preguntar por Josepo después de unas largas vacaciones me llevé una gran sorpresa: se había ido a prestar el servicio militar. Y el servicio militar obligatorio para un joven, pobre, en zona de conflicto, sí que era obligatorio. A penas había iniciado la secundaria cuando decidió que lo mejor sería trabajar en lugar de continuar estudiando, pero para lograrlo debía antes obtener la libreta militar, documento que por entonces todo empleador requería para contratar a alguien. De este modo, sin ni siquiera haber cumplido la mayoría de edad, había decidido enrolarse en el ejército.

Josepo tenía una familia numerosa, con unos papás que de hecho eran tan viejos en esa época que parecían nuestros abuelos, y hermanos y hermanas de todas las edades. Tuti, uno de los menorcitos, era nuestro gozo, callado, tímido, pequeño, siempre atado a nuestras andanzas ya que por ser el más chico le tocaba hacernos los mandados. Él y Josepo se querían mucho aunque en realidad todos nos queríamos y nos cuidábamos, pues nuestras madres trabajaban todo el día y nuestros hermanos mayores estudiaban en jornadas contrarias o trabajaban para ayudar en casa.

Las calles de nuestra infancia eran polvorientas en verano y enormes barrizales en invierno, pero así, con todo, éramos muy felices. Jugábamos al futbol, cantábamos las canciones de moda y amábamos secretamente a quien se nos atravesara por el camino, sin decirle nada, amores de niño simplemente y de nadie más. Época de gozo y libertad en la que íbamos al potrero para montar caballos a pelo, —no sin un poco de miedo—, pues ya habíamos perdido a un amigo por uno de aquellos belfos que lo arrastró desbocado a lo largo y ancho del barrio, golpeándolo con todo lo que encontraba en su camino. Daba miedo, pero igual lo hacíamos. Ir a los potreros a cabalgar, subirnos a los árboles para provocar la rabia de los perros y comer mangos hasta hartarnos, esos eran nuestros mayores placeres en las tardes de verano.

Jos y yo fuimos amigos desde muy chicos y compartimos gran parte de nuestros sueños. También, durante los veranos, solíamos recorrer incansablemente largos

trayectos conversando de esto y lo otro; creo que él, sin saberlo ni proponérselo, era un filósofo nato al que le gustaba mucho reflexionar sobre la vida.

Al terminar la secundaria me fui a la ciudad y no lo volví a ver, solía preguntar por él a los amigos que teníamos en común y con los cuales seguía teniendo conversaciones sobre nuestra historia y nuestro origen.

La última vez que supe de él fue una mañana de abril de 1996, en la que había llegado al pueblo invitada para un recital. Caminando por las calles que me habían visto crecer me topé con uno de mis antiguos amigos al que le pregunté por Jos; tras quedarse mirándome por largo rato, como teniendo algo para decir sin decidirse a hacerlo, finalmente repuso:

—¿Josepo? ¿No sabes lo que ha pasado?
—No, no sé, ¿qué ha pasado?
—Josepo ha muerto, lo mataron los paracos.
—¡Cómo!
—Sí, lo mataron. Unos hombres le pidieron que les hiciera una carrera en su taxi, no le pagaron y le dispararon.
—¿Pero quién te contó eso?
—pregunté incrédula.
—Todo el mundo lo dice, —concluyó.

Sandrina

Melancólicamente
el rostro de una mujer
se dibuja en mi tarde

Está triste
siente una inmensa herida
en su piel
ella ama lo que nadie ve
es el cielo donde se recrean
los pájaros migrantes

Cuando Sandrina se casó con Rafa fuimos muy felices. Ella era una de esas muchachas bonitas del barrio, buena persona, a quien todos queríamos mucho. Rafa se había enamorado perdidamente de San y fueron novios hasta que ella quedó embarazada, noticia repentina para todos, pues no hacía mucho celebrábamos sus quince y ya su madre arreglaba lo más rápidamente posible el matrimonio.

A veces los acompañaba a las *heladerías*, como se le decía en aquellos años a los lugares adonde iban los novios a encontrarse y tomar refresco, pero también a besarse y mentirse con juramentos de amor eterno que yo nunca le hice a nadie. Mientras ellos se dedicaban canciones de

Galy Galeano en medio de apasionados besos, yo aprovechaba la generosidad de Rafa devorando los helados a los que amablemente me invitaba, haciéndome de paso muy feliz a mí también.

No recuerdo con todo detalle el día de su matrimonio porque la fiesta fue principalmente para los adultos, y aunque nadie se opuso a nuestra presencia, los jóvenes no habíamos sido oficialmente invitados. De todos modos mis amigos y yo la pasamos contentos, había mucha comida y también trago, ––algunos pocos de ellos ya bebían–, en tanto nosotras únicamente recibíamos los dulces, entremeses, pasabocas y otras cosas de comer que pasaban ofreciendo.

Vienen ahora a mi memoria unos mazapanes que estaban en la cocina y nadie repartía; fui hasta allá y agarré del tarro en que permanecían los que más pude para embutírmelos a toda prisa y salir luego con otros en la mano. Vuelve por un instante la alegría producida por el sabor de la leche klim con azúcar blanca derritiéndose en mi boca que me hace recordar cuán dulce era entonces la vida.



Los días que por alguna razón no era necesario ir al colegio me gustaba llevarle el almuerzo a Rafa hasta la finca donde trabajaba, iba en mi monareta azul cobalto armada con retazos de muchas bicis viejas, pero como era mi primera bicicleta la amaba por sobre todas las cosas. Él era moreno, de cara casi redonda y marcados rasgos indígenas, alegre, risueño, nunca de malgenio pues pasaba mucho tiempo en casa junto a San. Ella, a su vez, era una esposa ejemplar, enamorada de su marido y de la bebé que había nacido meses después del casamiento.

Nuestras vidas por entonces discurrían sin ningún inconveniente y todo parecía perfecto, pero nada es para siempre y las cosas empezaron a cambiar de un momento a otro. Cada vez más a menudo aparecían cadáveres esparcidos por el pueblo sin saberse quién los mataba. Esa *mano negra* venía ajusticiando a numerosa gente en las fincas bananeras acusándola de pertenecer a la guerrilla o de ser su auxiliadora, y muchas veces bastaba un rumor o una discordia entre vecinos para acusar a alguien y condenarlo al sepulcro. Por esta razón muchos resolvieron salvar la vida y salir del pueblo para engrosar los cordones de miseria de Medellín o de algunas ciudades de la costa donde esto era preferible a la muerte. Así pasamos de la alegría a un llanto cotidiano.

La primera muerte cercana a nuestro entorno fue la de Julio, el hermano de Tavo, un negro mestizo, divertido y juguetón que nos hacía morir de la risa con sus historias, siempre metido en unos pantalones superanchos que había traído de la ciudad. Una mañana tocaron a la puerta de la casa de doña Lilia, para informarle que en el hospital había un joven cuyas características correspondían a un hijo suyo. Ella comenzó a gritar y a llamar a toda la parentela que a esa hora aun dormía, entre ellos a mí, que había pasado esa noche en la casa, y a Nancy, la hermana de San, que desde hacía años estaba felizmente casada con Tavo.

La noticia fue devastadora. Ese día Tavo se encontraba trabajando como de costumbre en la finca, desde el amanecer, cuando fueron a avisarle que debía ir a la morgue a reconocer a su único hermano. Y sí, allí estaba, era el propio Julio inexplicablemente muerto, que a eso de la cinco de la tarde llegaba a casa nuevamente pero en un ataúd gris brillante. Ante él, doña Lilia se desmayaba

y volvía en sí, incapaz de ver a su hijo, a su alegría asesinada. Tavo también lloraba por quien además era su mejor amigo, su inseparable compinche desde que lo convenciera de dejar la ciudad para vivir allí junto a él y su madre. Lloraba culpándose por haberlo traído al pueblo, en cuanto Nancy se esforzaba por tranquilizarlo haciéndole entender que lo que había pasado no había sido su culpa.

La cuadra entera acompañó a la familia en el sepelio de Julio y se dirigió en cortejo fúnebre hacia la iglesia, pasando de largo por el cementerio cercano a la casa y soportando un calor que a esa hora desintegraba la carne y los huesos. Al llegar nos recibió el tradicional repique de las campanas de las tres y fuimos llenando poco a poco sus recintos, lo mismo que el olor a muerte proveniente del féretro que hacía difícil la respiración.

Al estar tan joven la muerte aún no era para mí aquel espectáculo triste que asumían los adultos, incluso con mis amigos acostumbraba a jugar en el cementerio después de clase, así que ir a un entierro era como un brusco baño de realidad al que asistí sin ser muy consciente de que despedía a alguien que no volvería a ver.

En la noche, después del entierro, se hizo una primera novena en la que rezamos por las benditas almas del purgatorio. Mientras la gente lo hacía le pregunté a la señora Herminia quiénes eran las benditas almas del purgatorio y ella me respondió con un coscorrón para que dejará de preguntar bobadas, entonces ya no insistí más y continué rezando por las benditas almas.

Cuando me iba a graduar de bachiller le pedí a Rafa que fuera mi *padrino*, una clase especial de mentor que lo acompañaba a uno durante la ceremonia de grado, lo que él aceptó muy complacido pues el asunto resultaba todo un acontecimiento hasta para la gente de la cuadra, que no lo creía posible después de que me habían echado del colegio. Por eso tuve que terminar en una escuela rural donde la mayoría de mis compañeros vivían en fincas, conviviendo con la muerte mañanera, traicionera y nocturna que ya había tomado la vida de algún familiar de cada uno de ellos, muertos, la mayoría de las veces, en la flor de la vida.

A la ceremonia efectuada al atardecer fui con Rafa, San, Nan y mi madre, que milagrosamente apareció por allí sin ser

invitada, ya que durante esos años de adolescencia, —los consagrados al odio hacia la madre —, no quería ni verla y ese día la odié un poquito más por haberse presentado junto a mis amigos y mi padrino nuevo. Felizmente todo salió muy bien, nos dieron comida y trago, mucho trago. Por fin, cuando los invitados se fueron, me quedé en el colegio con mis compañeros celebrando a tal punto que perdí el sentido y vomité hasta la existencia misma, llorando y maldiciendo a medio mundo; con esta ceremonia entré a la edad adulta, a la edad de todos los abandonos y de todos los miedos.

A Rafa

Mientras el polvo
disipaba
los últimos augurios
de la tarde
tú marchabas
apocalípticamente
hacia lugares
desconocidos
por la memoria
por un maldito plomo
que ni siquiera
conocía tu risa

El Secre

En Urabá
la sangre sale
para adornar el asfalto

la muerte
ya no produce
el sobresalto en la madrugada

cada uno espera
de manera inconcebible
su turno

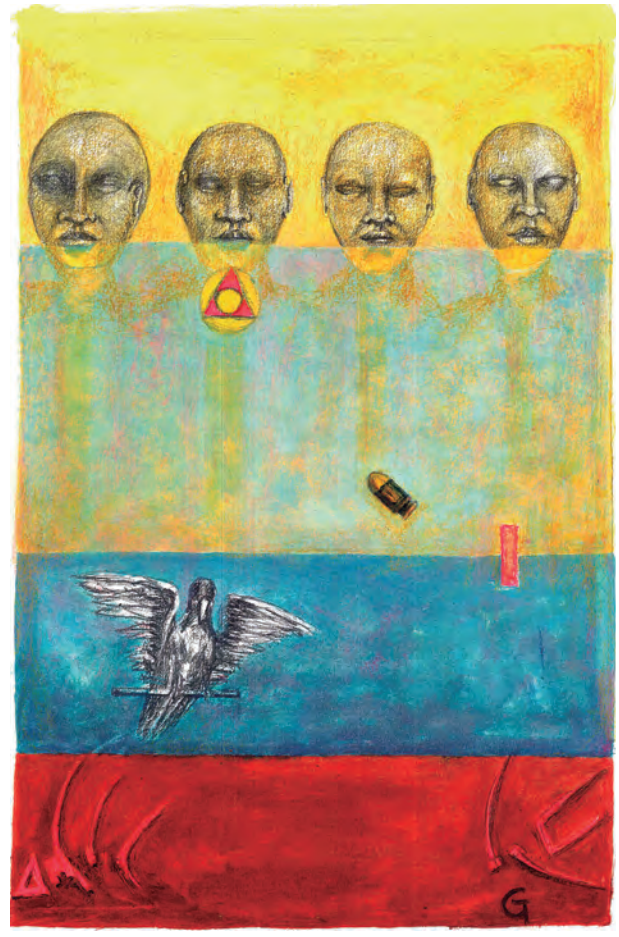
hasta la palabra
está poseída
por esa cadenciosa
danza macabra

Carlos, mejor conocido como el Secre, era uno de los amigos más grandes que teníamos, el mayor de toda la bandada de muchachos del barrio Vélez, con quienes yo me la pasaba. Me gustaba andar con ellos porque las chicas a mi edad ya vivían muy pendientes de quién o no las miraba, en cambio eso les tenía sin cuidado a ellos que sabían llevar una vida tranquila, relajada, sin preocupaciones. Eran de verdad tiempos felices. La guerra apenas comenzaba a tocar las puertas

de las casas de otros barrios y los únicos muertos de los que se hablaba por entonces eran guerrilleros llegados en mal estado al cementerio, escena cotidiana que sin embargo no nos desvelaba pues ninguno de ellos era vecino, amigo o pariente.

Un día el Secre salió de su casa en la mañana hacia su trabajo en un taller de motos. Por andar siempre tan serio se había ganado desde chico el apodo que le precedió incluso al anuncio de su muerte. Ese día estábamos sentados en la acera frente a la casa de don Andrés, cuando Resorte, su hermano menor, vino a contarnos que la abuela había tenido que ir al hospital a reconocer su cuerpo. Lloraba mientras lo hacía pero ninguno se atrevía a decirle nada, porque la muerte, con la que tanto tiempo convivimos, nunca había aparecido de frente ni se había llevado a ninguno de nosotros.

Ya con la tarde de aquel sábado negro cayendo vimos llegar el carro del *gallinazo*, dueño de la funeraria del pueblo y cumplidor inexorable de su labor, hasta que uno de sus hijos tuvo que recoger sus restos. Entonces fuimos corriendo a la esquina, a la casa de doña Esther, la abuela del Secre, una de las señoras más querida por todos nosotros, siempre ofreciéndonos de comer o llevándonos a veces al matadero donde nos regalaban las vísceras de los marranos para hacer morcilla, o preparándonos también huevos con seso de vaca y cebolla los domingos por la mañana; era ciertamente como una abuela para nosotros, los amigos de su nieto loquito, como solía llamarlo.



Título: Rostros que me habitan
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

Los de la funeraria pusieron el ataúd café oscuro y sin lujos en la mitad de la pequeña sala mientras la gente de la cuadra y los conocidos del finado comenzaban a llegar al velorio. Mas entrada la noche nos dieron café a todos, algo nuevo para nosotros que nunca habíamos asistido a una triste reunión de estas. En ese momento me fijé en doña Esther, —callada y sin derramar ni una lagrima—, permanecía asomada al vidrio que daba al rostro del difunto. Era una auténtica matrona, delgada pero fuerte, severa pero noble, envejecida por los duros años de trabajo dedicado a los hijos y a los nietos que nunca dejaron de llegar y que eran su vida y su esperanza. Su rostro, casi tan inmóvil como el del Secre, no revelaba ningún sentimiento definible, la profundidad del dolor por su pérdida era insondable.

Mis amigos y yo salimos de la sala y dimos algunas vueltas por la casa. Resorte nos mostró la cama donde dormía su hermano, una camita de hospital, pequeña, que me alegró ver porque era exactamente igual a la mía. Pensábamos en toda aquella familia, —hermanos, primos, sobrinos—, y en lo que estaban sintiendo al ver el féretro en medio de la casa. Un rato más tarde uno de ellos salió para unirse a nuestro grupo y comenzamos a hablar de la muerte y de los muertos, la mayoría estábamos entre los doce y catorce años y muy poco sabíamos de una u otra cosa. Tampoco sospechábamos que comenzaría una época de tristeza y resistencia de la que esta muerte sería apenas el umbral hacia un porvenir sin horizonte.

De la sala sobrevino repentinamente una especie de aullido que nos estremeció de miedo y nos hizo experimentar el dolor que ya flotaba en el aire. Era de la tía Marina que, sin conseguir darle crédito a sus ojos, continuaba negándose a la muerte de quien había criado como a un hijo. << ¿Quién lo mató, —interrogaba al silencioso cielo más allá del techo de la casa—, quién? >> Esa pregunta retumbaba desde el fondo de su alma y nadie era capaz de respondérsela. La policía había dicho que lo habían encontrado muerto y que desconocían los móviles del asesinato aunque en el fondo cavilábamos, —sabíamos—, que había sido la supuesta *mano negra*, aquellos agentes llegados al pueblo para hacer una limpieza general que incluía a nuestros amigos del barrio, de la escuela, del colegio, que no estaban metidos en nada ni andaban en tratos sucios con nadie. Eso lo sabía la tía Marina

también, que al lamentarse en realidad preguntaba por el rostro, la identidad, el nombre de los verdaderos culpables de la muerte de Carlos.

Al día siguiente salimos en triste caravana hacia la iglesia, en medio de un calor sofocante que calcinaba la piel. Mientras caminábamos bajo ese cielo azul marino una nube negra se posó encima de nuestras cabezas, << quizás llueva >>, —dije en voz alta—, <<quizás>>, —me respondió una voz que nunca supe de dónde venía. Gracias a esa nube de presagiosa lluvia logramos llegar a la iglesia protegidos del sol iracundo del trópico. Allí, el sacerdote oficiante se demoraba en aparecer y al recinto lo inundaba un silencio revestido de eternidad y cansancio, posiblemente a causa de la falta de sueño por haber velado toda la noche al Secre y no dejarlo solo.
Enseguida, como salido de una caverna, apareció un hombre joven y bien parecido hablando en su sermón del perdón que debíamos dar los buenos cristianos; a continuación vino una perorata sobre la muerte y la resurrección, y entonces tuve ganas de preguntarle si los muertos podían resucitar a pesar del espantoso hedor que los acompañaba, pues en el calor y la humedad de nuestro pueblo los cuerpos llenaban rápidamente al aire con su muerte, haciéndolo difícil de respirar. Pero no podía preguntar nada, hubiera quedado como una insolente, ya que a esa edad, al menos en nuestra época, nos estaba prohibido preguntar sobre casi cualquier cosa.

Así que reservé la cuestión para la escuela y seguí de cerca el cortejo fúnebre cuando éste salía de la iglesia para dirigirse al cementerio. Íbamos conversando de la vida y de la muerte como envueltos en un letargo, sin comprender totalmente lo que pasaba cuando los amigos y los familiares morían, la noticia llegaba de golpe, sin aviso, uno estaba en casa por la mañana, y de noche, o al otro día, alguien llegaba como un ave de mal agüero hasta la puerta de la casa para dar la noticia éramos un pueblo pequeño y todos nos conocíamos.

Cuando llegamos al cementerio reconocimos de inmediato al sepulturero, un señor viejo y jorobado parecido a la muerte misma, parado frente a la tumba en la que iban a dejar al Secre. Tenía un balde con arena, bloques, cemento y una pala; lo observaba atónita, mientras los amigos del fallecido depositaban la caja en el suelo para que lo viéramos por

última vez. Asustada, me abrí paso entre el gentío para mirarlo y me sorprendió su rostro ceniciento, tan irremediablemente quieto.

La tía Marina continuaba llorando sin consuelo y doña Esther miraba incrédula, como si la vida se hubiese derrumbado con la partida del ser querido. Y así, entre alaridos y maldiciones, el Secre se dirigió hacia su última morada, dejándose llevar lentamente entre varios hombres que empujaron una, dos, tres veces, hasta que por fin todo el féretro estuvo dentro, apagando de a poco el clamor de los dolientes. Mientras la tarde caía lentamente y el cementerio se desocupaba, nos quedamos apenas los vecinos y los amigos más cercanos acompañando a la vieja que le decía todavía unas palabras incomprensibles a su nieto.

De vuelta a la desolada casa un silencio agazapado en el corazón difícilmente contenía la rabia y la desdicha de los presentes, aun nadie imaginaba que era el primero de muchos y terribles adioses. Esa noche, durante la novena, misia Esther oró maternal y dadivosa pidiendo que nadie más pasase por el dolor que ella ahora sentía, rogó para que todos saliéramos adelante y pudiésemos dejar atrás la cerrazón de esa jornada, pues Dios y nosotros éramos buenos.

Finalmente, con los ojos arrasados en lágrimas, repitió unos versículos de la biblia que todavía recuerdo:

Abre, Señor, mis labios,
y publicará mi boca tu alabanza.
Pues no te complaces en sacrificios,
si ofrezco un holocausto, no lo aceptas.
Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito,
un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecies.[1]

Allí estuvimos hasta casi llegada la media noche, tomando café y conversando sobre la corta vida del Secre, unos contando las anécdotas vividas con él, otros las maldades que solía hacerle a los más chicos. Me devolví a casa muy cansada, me quité la ropa que traía puesta y la dejé en el patio, me puse un camisón para dormir y me metí en mi pequeña cama de hospital a vivir las primeras pesadillas de la vida, que aún, tantos años después, no terminan.

1 Salmo 51, versículos17-19. (Nota de la Autora)

Jairito

Llegan anuncios
de mariposas negras
una sospecha
se apodera de nuestras firmezas

Todo se nos va
entre los párpados cerrados
sin pavura
sin ninguna costumbre
vamos entrando en ese lugar común
con nuestros muertos
sin nada de prisa
nada de lloros
para sublimar el instante

Era el pajarero del pueblo, desde pequeño amaba las jaulas con el canto de los pájaros dentro. Como los patios de nuestras casas colindaban, él siempre estaba al tanto de los alaridos que yo solía dar cuando llegaban las palizas de mi madre. Entonces se subía a curiosear en un tanque de reserva que había al fondo de su casa y que sólo era un tanque viejo que nunca guardaba nada, ni siquiera el agua lluvia de nuestros tropicales aguaceros que solían durar hasta dos días.

Jairito era además el típico niño que molía a golpes a todo el mundo, le encantaba pelear. Recuerdo que una vez salí de casa porque escuché una algarabía en la calle, me asomé y había un tumulto que impedía ver lo que pasaba, entonces me acerqué y cuál no sería mi sorpresa al comprobar que Jairito estaba encima de mi hermana, golpeándola a puño limpio. Y mientras ella más lloraba él más le pegaba. Furiosa ante



Título: La partida
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

el espectáculo, conseguí atravesar el cerco de mirones y lo empujé tan fuertemente que cayó al suelo, trenzándonos luego a golpes. En eso algún fulano, cansado de fisgonear, comenzó a separarnos invitándonos a no seguir peleando. Mi hermana adolorida y humillada se devolvió llorando para la casa mientras yo seguía alegando con él. No era que yo quisiera mucho a mi hermana, nada de eso, era que me quemaba el alma que ese pequeño sinvergüenza le pegara a todo el que se le diera la gana.

A medida que fui creciendo dejé de frecuentar a muchos de mis amigos, o quizás ellos dejaron de frecuentarme a mí, pues aunque me les quería parecer mi cuerpo cambiaba, mis senos crecían, lo que claramente nos hacía diferentes. Casi todos los muchachos abandonaban la escuela secundaria apenas cumplían los dieciocho años, luego los agarraba el ejército en la calle y se los llevaba a prestar el servicio militar obligatorio; otros, por la necesidad de trabajar, se presentaban voluntariamente al cuartel, donde al cabo de uno o dos años obtenían la dichosa *libreta*. Enseguida las exigencias de la vida material aumentaban y se hacía inevitable ayudar en casa con lo que hiciera falta allí.

De este modo la mazorca de nuestra niñez y adolescencia se fue desgranando. Sin embargo a esa edad se es rebelde e inestable, se reniega de la familia que nos quiere imponer sus moldes y de la sociedad que nos rechaza, y según la suerte, se encuentran a las personas que podrían ser nuestra guía o nuestra perdición para lo venidero. Acaso Jairito imaginaba que al colocar los pájaros en esas pequeñas jaulas su canto quedaría para siempre escondido en quienes lo rodeábamos, y así fue, convirtiéndose de hecho en una presencia entrañable de nuestra mitología personal. Pero con él sucedió lo mismo que con muchos de los jóvenes que alcanzan la edad en que la inocencia se pierde, cediendo fácilmente a los encantos del dinero, la vanidad y las mujeres.

Por esa época llegaron a Apartadó numerosos agentes a engrosar las filas de la policía, muchos de ellos corruptos, dispuestos a hacer un trabajo sucio cuya primera etapa consistía en ganarse la confianza de los muchachos, para luego desarrollar sus operaciones principalmente en las noches, sin testigos, aprovechando el terror que causaban. Estos *hombres de negro* mataban en cualquier esquina y bajo cualquier excusa a quien la más mínima sombra de sospecha cubriese:

al presunto miliciano, al hipotético ladrón, al aparente vago, al supuesto mariguanero, en fin; cualquiera que anduviera mal parqueado recibía su sentencia anticipada. Así se desató el infierno en las calles del pueblo y se volvieron cotidianos los desfiles de dolientes, viudas y huérfanos a las tres de la tarde. Durante más de quince años no hubo un solo día en que las campanas de la iglesia no doblaran por alguien, en realidad, el milagro era que no lo estuvieran haciendo por uno.

Una mañana de diciembre doña Hilda pasó por cada una de las casas del barrio donde suponía que Jairito, su hijo desaparecido hacía tres días, podría encontrarse. Él fue el último de la larga prole que concibiera. Era una mujer bella, maternal, que siempre nos hacía pasar hasta la inmensa cocina cuando íbamos a su casa, donde unas ollas igualmente grandes, llenas de comida, nos aguardaban. Todos emprendimos entonces la búsqueda de su muchacho sabiendo quizás dónde encontrarlo, pero esa mañana la zozobra y la amargura enfriaron nuestros corazones como una ráfaga de viento que se aleja y vuelve, presagiando las nefastas noticias que luego vendrían.

La preocupación comenzó a impregnar el ambiente de la cuadra pues nadie sabía qué hacer, además de esperar. Ya se había averiguado sin éxito en el hospital y en la morgue, por lo que aún pervivía la esperanza de que en cualquier momento Jairito apareciera. Pero nada. Por la noche la gente se iba retirando hacia sus casas, deseando que a la mañana siguiente todo estuviera bien. No era la primera vez que él se perdía provocándole un susto a la familia, incluso lo habían mandado un tiempo a la costa a ver si por allá su cabeza se asentaba, pero lo cierto es que las personas no cambian de súbito y él era necio y travieso desde la cuna. La vida de estos muchachos se había convertido pues en un constante drama para aquellas familias incautas, que al principio no sospecharon, —ni tenían porqué—, de que con cada amistoso saludo de sus hijos a algunos de esos jóvenes policías que rondaban el pueblo, estrechaban en realidad las manos de sus propios verdugos, de los destructores de su vida.

Por la mañana temprano nos sacudió la noticia. Lo habían encontrado muerto en una zanja, degollado, con signos de tortura, la cabeza casi cercenada, como si lo hubiesen querido matar mil veces. La conmoción de los vecinos, sin embargo, no se comparaba a la de su madre, que a partir de ahí experimentó la rápida

e indetenible vejez que producía la devastación del mundo en que vivíamos. Apareció, sí, porque los muertos de mañana tenemos que enterrar a los de hoy, porque la vida, al fin de cuentas, no puede ser una completa canallada en la que los asesinos del amanecer, disfrazados de maridos, padres, amigos, estiran los pies en la cama y continúan inocentes a lo largo del día. Apareció, en definitiva, para que lo recordáramos y lo lloráramos sintiendo su muerte como ninguna otra.

<< Me lo mataron, me mataron a mi niño, —gritaba doña Hilda en el paroxismo del dolor— pero por qué, Dios, lo permitiste, si sólo era un niño>>¬—, lloraba dirigiéndose a un cielo incapaz de darle respuesta o consuelo, aunque en realidad, nadie habría sido capaz de dárselo. Así, la hora de un entierro se vuelve la hora suprema de la humanidad, el momento en que todos nos vamos al hoyo con el muerto, no al baile, como dicen por ahí, ya que una parte de nuestro cuerpo y de nuestra memoria queda sepultada con él.

Hoy, mientras escribo, es imposible no verme reflejada en el devenir de nuestra historia, en ese llanto de nuestras madres, hermanos y amigos de infancia que produce en mi alma el repique de las campanas que anuncian de nuevo las tres y hace que asista otra vez a todos los funerales. Estoy callada, ahora oigo el murmullo de la calle intentando apagar inútilmente este recuerdo, este breve retorno a la vida de la voz de los ausentes.

"A dónde van los desaparecidos"
Rubén Blades, Desapariciones.

No caminan por la calle
desprevenidamente
No van a sepelios
a campos de paz
o al cementerio universal
No los vemos en el bar de siempre
brindando por la vida
"Pues todo es oropel"
No les dieron ocasión
para despedirse de la madre
ni de los amigos
A dónde realmente van
los desaparecidos
Pregunto
Tal vez
a una fosa común
como seres invisibles
quizá
a una ceremonia con la providencia
o a una fiesta sin previa invitación

A dónde van
oh Dios
atiende nuestra súplica
has que los infames hablen
de una vez y para siempre
o fenezcan de la misma forma
Pero responde
a Marta
la vieja
a dónde van
a dónde van

MQ

MARÍA, LA MEMORIA, EL GRITO Y LA TIERRA

POR: EDIT ROSÍO GONZÁLEZ SANDOVAL

Herminia me pidió que la acompañara, decía que Armenia no iba a pasar por buenos momentos y entonces, más por escasez que por gusto, decidí emprender junto a ella un largo viaje. El camino que terminé recorriendo me llevó a San José del Guaviare, un pueblo de infinita belleza que se confunde con la espesura de la selva, formado por casas de barro construidas a la orilla de un río de aguas torrentosas, tristes como la lluvia, en donde el eco de los gemidos y la angustia probablemente aún se esconden. Recuerdo que todos los años por el mes de febrero llegaban familias de indígenas a ofrecer sus obras tejidas con la mejor palma, la palma de curame Pueblo, en fin, impregnado de olores, silencios, soledades y ausencias indefinibles.

San José era por entonces una tierra buena para vivir y pronto logré ubicarme en una casa modesta de solo dos habitaciones, una cocina y un solar inmenso. Se vivía, aunque silenciosamente, el auge de la coca y por ello también se veían infinidad de aviones sobrevolando el pueblo, regando los campos con ese líquido que obligaba a los campesinos a subir los precios cada domingo en el mercado.

Allí, los labriegos que bajaban a pie hasta el pueblo, cargados de plátano, yuca y cacao, o halando sus burros repletos de frutas y legumbres para ser vendidas en la plaza principal, contaban mientras compartían un tinto, un guarapo o una cerveza, las historias de muerte que sufría la región, como la de aquel líder nukak que se suicidó de tristeza al ver el sufrimiento de su pueblo.[1]

Esas historias sin embargo no le importaban a la mayoría de la gente, su consigna era ganar dinero y la milagrosa hojita verde empezaba a dar sus frutos. Pero así como los jóvenes, las fachadas, las calles de repente cambiaron de ropaje, así mismo hasta las casas de las familias más afincadas del pueblo comenzaron a cerrar sus puertas antes de las 8 de la noche, temerosas del rumor de que habían llegado hombres armados desplazándose por las calles, visitando los negocios e instalándose en los hoteles.

Yo trabajaba lavando baños en alguno de los extravagantes restaurantes y negocios que comenzaron a diseminarse por el pueblo. Aún recuerdo los días en que aparecían fajos de billetes en las canecas de los baños, era la generosa propina de los nuevos visitantes. Entonces los sacaba con cuidado, sin miramientos, sin asco, y luego acabé sintiéndolos como parte de mi paga, sin cuestionar el dinero fácil o el derroche. Así San José se fue inundando de dinero, fiesta, peleas de gallos, pasquines, desolación y muerte. La tensión y la incertidumbre se convirtieron en el pan de cada día.

Por esta época empecé a sentir unos fuertes dolores de cabeza que se hicieron cada vez más frecuentes, viniendo luego acompañados de fiebre y escalofrío. Los conocidos me decían que no andaba de buen semblante y los médicos al fin concluyeron que estaba embarazada y que éste no iba a ser un embarazo fácil, por lo que me recomendaron viajar a Bogotá. Como apostándole a una lotería salí con las pocas cosas que tenía y llegué a la ciudad.

Ésta me recibió con una llovizna que atravesaba hasta mis huesos y bajo la cual se movía una muchedumbre de traje oscuro y aspecto sombrío que escondía su rostro bajo los paraguas. Era como si

1 Mow be,líder Nukak asumió la vocería de más de 200 indígenas que llegaron desplazados a San José del Guaviare y se suicidó en octubre de 2006. (Nota de la Autora).

toda la ciudad estuviera de luto. Llevaba apenas el pedacito de carne que crecía en mi vientre, una bolsa con dos mudas de ropa, el teléfono de una amiga que nunca me contestó y cien mil pesos. Llegué a una posada, una casona en el centro, cerca a la plaza de Bolívar, vieja, húmeda, barata, a tres mil pesos la noche, aunque el dinero difícilmente me alcanzaba. Sabía que si dejaba de pagar un solo día me sacarían del lugar sin ninguna contemplación, por eso conseguir para la posada y las visitas al médico se me convirtió en un rebusque diario.

Entre tanto mi barriga crecía. Un día no pude reunir los tres mil pesos y le pedí prestado a unos vecinos que me recordaron inmediatamente la deuda que tenía en el restaurante. Entre la angustia y el desespero completé apenas dos mil, y así, casi sin darme cuenta, sin tener tiempo para reaccionar, la noche me sorprendió en medio de la calle. Como último recurso y tratando de ignorar el frio, le obedecí cabizbaja a mis pasos que finalmente me llevaron a una calle estrecha, cerca de un parque del centro, donde habitaba una gran cantidad de personas de distintos lugares del país; allí entre carretas llenas de reciclaje y en una silla rímax sin espaldar, pasé mi primera noche en la calle.

Por algún tiempo mi techo fue un puente y el grupo de *parceros* que lo habitaba mi familia; mientras tanto hacía gala de un talento increíble para disimular las ganas de llorar, talento para contener esas ganas inmensas de gritar. En las noches el frío era tan insoportable que ocasionalmente conseguía dormir y con frecuencia me asaltaba la visión de mí misma sentada en esa silla rímax en medio de la oscuridad. Entonces comenzaba a suplicar, a pedir a gritos desde mis entrañas que algo sucediera, lo necesitaba, lo intuía, me obsesionaba. Una noche estuve con una ansiedad profunda, el día me había encontrado con un sinsabor, con una sensación parecida a la desdicha, el tiempo era implacable, hostil, mi niño me acompañaba y los dolores de cabeza y el escalofrío eran cada vez más recurrentes.

El rumor de que nos iban a sacar de aquel sitio se confirmó el día que el puente fue cercado por el ensordecedor ruido de las botas y las explosiones. El olor a gas me hizo correr desesperadamente con el niño a cuestas, bajo un sol húmedo, sin sospechar jamás que ese camino me llevaba, a punta de sacrificios, a un nuevo destino.

Poco después de eso, un hombre severo, autoritario, gruñón, me tomó por los hombros y me llevó a trabajar a un restaurante. Fue así que pasé buena parte de los años que siguieron, soportando las largas jornadas y el trabajo pesado, celebrando y divirtiéndome cuando podía.

Pasaron seis o siete meses cuando por casualidad di con Roberto, un hombre enamorado de su oficio de constructor que aceptó andar conmigo, hasta que tomamos la determinación, medio repentina, de vivir juntos. Así comenzamos a trabajar para mantener a nuestra familia, nos amábamos, nos odiábamos, nos comprendíamos, nos encontrábamos en los sueños y nos separábamos en las frustraciones, en fin, era mi esposo, mi compañero de vida. Sin embargo una noche no regresó más; tiempo después supe que lo habían asesinado por andar rebuscándose la vida en negocios peligrosos con gente ambiciosa.

Estaba conmocionada y sumida en la mayor desolación, entonces resolví regresar a San José del Guaviare, esperando que la vida me regalara un mejor porvenir. A mí también me habían asesinado por dentro, me habían arrancado nuevamente la fe. Una vez allí volví a tener contacto con el padre de mi hijo, un extranjero con quien nunca había sostenido una verdadera relación y que, inesperadamente, se mostraba empeñado en compensar su ausencia llevándose al niño a su país, garantizándole las oportunidades que jamás tendría aquí conmigo. Acepté con gran dolor, obedeciendo al profundo amor que una madre siente por sus hijos.

A San José había regresado por presión y soledad, pero ya no era una forastera, me conocían y por eso pude hacer parte nuevamente de la vida del pueblo, de otra forma no, pues el conflicto hacía que los grupos armados ejercieran un control permanente sobre la entrada y salida de las personas. Conseguí un trabajo en el almacén *El Proveedor*, el más grande del municipio, pero San José ya no era el mismo. La tensión por el negocio de la coca había llegado al límite, el dinero escaseaba y la tierra olía diferente, a cadáver. Los gritos silenciosos de los muertos reclamando por la vida perdida recorrían el pueblo.

Los días que siguieron los pasé atormentada por una enorme tristeza, pero ese dolor fue lentamente transformándose en un profundo deseo de recomenzar. Tras

unos meses conocí a un hombre alegre y conversador con quien más tarde me casé y me fui a vivir al Retorno[2]. Aquellos días fueron de mucho trabajo, las manos nos hacían olvidar los pensamientos. Trabajábamos en silencio, y así, en silencio, el proyecto de tener una tierra para nosotros se hizo realidad, la Santa Rosa, así llamamos a ese pedazo de tierra que para mí era el mundo. Era una tierra hermosa y próspera que nos abría el camino para vivir la vida que queríamos. Pero la guerra le resta valor a la vida, impone el precio de la muerte, carcome la dignidad; lo cierto era que toda la región vivía una situación verdaderamente dramática.

Por esos días llegó un nuevo comandante a la zona, un hombre contaminado de rabia y rencor, perverso aunque carismático, capaz de concretar sueños terribles, una de aquellas almas que casi ha perdido todo rastro de humanidad. Enemigo de sí mismo y dueño de grandes extensiones de tierra arrebatadas atrozmente, era en verdad un codicioso e indescifrable enemigo que no dudaba en usar los procedimientos más singulares y violentos para mantener oprimida a su gente. Aquel hombre



Título: Mujer, llanto y memoria
Autor: Jovanny Galeano Muñoz

2 Municipio ubicado en el departamento del Guaviare, a 32 k de San José del Guaviare. (N. de la A.)

pequeño, aparentemente disminuido, de mirada fría y profunda, acumulaba tanta rabia por dentro que no podía encontrarse fácilmente con los ojos de las otras personas. Decía que lo había parido la tierra y que por lo tanto su madre era la tierra misma.

Así inició nuestra agonía inclemente, todo lo que hasta entonces habíamos logrado comenzó a desvanecerse, creímos que podríamos disfrutar de un sueño en el que en realidad estábamos atrapados, no nos dejaban salir a vender nuestras mercancías y teníamos que entregarles las pequeñas ganancias obtenidas de algunas inversiones. En las noches soñaba constantemente que la tierra se hundía a mis pies.

A pesar de la tragedia la esperanza persistía, pues una parte de mí crecía en mi vientre y eso me llenaba de ilusión y me obligaba a continuar. Por ese tiempo habían secuestrado a unos alemanes, entonces todos tuvimos que hacer *picas* para poder abrir camino y permitir su entrada. En las veredas se abren caminos, pero en la selva se abren picas, en lo más profundo de la selva. Son espacios abiertos a punta de machete por donde solo cabe una persona a la vez, siendo de este modo invisibles para los aviones.

Esto lo hacían cuando secuestraban personas importantes, y por eso teníamos que permanecer allí sin poder salir hasta por cinco o seis meses. Éramos prisioneros de la selva, de la guerra y de intereses absurdos; prisioneros de hombres que al fin y al cabo fueron víctimas de sus propias decisiones, pues ellos cargan el continuo pesar de haber atentado contra la vida de formas de las que ya no se puede retroceder.

Teníamos que trabajar jornadas muy largas, todos, mujeres, niños, ancianos, distribuidos por grupos, todos los días. A las dos de la mañana tocaban las puertas de las casas y nos reunían en una laguna llamada La Golondrina. Allí repartían a la gente, unos para una selva, otros para otra; a mí me tocó en el mismo grupo de mi esposo. Solo nos daban guarapo y comíamos lo que cada uno pudiera empacar antes de salir de su casa.

Nos conducían hasta un lugar a cinco horas de distancia y el trabajo era demasiado fuerte, porque teníamos que hacer las picas completamente doblados, sin podernos arrodillar, ni sentar. Era un martirio, me dolía todo el cuerpo, las piernas se me inflamaron y los dolores aumentaban con

los días. Entonces le dije a mi esposo que hablara con el comandante porque ya iba a cumplir ocho meses de embarazo. Había otras tres mujeres embarazadas conmigo, pero mi estado era el más lamentable pues me encontraba en las últimas semanas.

Por primera vez el comandante dio una muestra de compasión, me dijo que trabajara dos días más y que ya luego podría irme a descansar a casa. Nuevamente madrugué al siguiente día, siempre con dolores, los cólicos no cesaban, los pies cada vez más hinchados. Aquella mañana había llevado un tarro de salchichas y un pan para calmar el hambre durante la jornada, pero llegado el corto momento concedido para el descanso ni pan ni tarro aparecieron. Extrañada, le pregunté a unas muchachas muy bonitas que había por ahí y me advirtieron que unos milicianos se los habían comido.

Desesperada por el hambre y los terribles dolores les reclamé que se hubieran llevado mi único alimento, les alegué que estaba embarazada y necesitaba comer bien. Me miraron con desprecio y uno de ellos me respondió, <<sí, yo me lo comí y qué>>. Sentí que me quemaba por dentro, lo miré a los ojos y le dije llena de coraje, <<cagada porque eso no lo hacen ni los mismos guerrilleros, ustedes son solo unos lambones>>.

Ahí supe que algo iba a suceder; observé sus rostros enfurecidos mientras se decían <<oiga lo que dice esta vieja>>. Con temor intenté caminar hacia donde estaba el otro grupo pero sentí que me halaron el cabello con rabia, me derribaron y me destrozaron la ropa que tenía puesta. Intenté gritar y me taparon la boca, recuerdo que uno de ellos dijo: <<esta vieja está embarazada pero está buena>>.

Evidentemente abusaron de mí, yo me defendí, alcancé a correr como un metro con la esperanza de llegar al lugar donde estaba trabajando el otro grupo, pero fue imposible. Había una miliciana muy joven que intentó defenderme, pero la amenazaron y la obligaron a agarrarme bien fuerte las manos para impedir que me fugara. Recuerdo perfectamente la tristeza de su mirada en ese momento, la lágrimas corriéndole por el rostro. Ese sentimiento, sin embargo, no fue consentido y al ver su llanto le dispararon en una pierna. Estaban intentando cortar con un bisturí mis partes íntimas para poder abusar más fácilmente de mí, cuando comencé a sentir

los dolores del parto y un río de sangre que se deslizaba entre mis piernas. En eso otra de las milicianas dijo: <<yo me voy así me maten>>, e intentó correr, pero uno de esos desalmados le enterró una puñalada en la pierna que no evitó que escapara y pudiese llegar al lugar donde estaba el otro grupo. Allá logró contar todo lo sucedido y cuando llegaron me encontraron en el suelo, con el corazón enterrado, sin siquiera poder llorar. Siempre será indescriptible lo que sentí en ese instante, no quería seguir respirando, pero el movimiento de mi hija dentro del vientre me llenaba de fuerza para continuar.

El Comandante, con una rara indignación, le dijo a mi esposo: <<Vaya y atienda a su mujer, pero no salgan del caserío porque los mato>>. Entonces él y otros ocho obreros me llevaron a la casa; en ese momento no sabía cuál dolor era mayor, la herida, recordar lo que me hicieron, o pensar que podría perder a mi hija.

De ahí en adelante todo cambiaría. Manuel temblaba del dolor y la rabia que lo invadieron, e intentaba pensar solamente en la niña. Con sus manos temblorosas y una aguja capotera, pues en el momento no había más, me tomó 18 puntos. Entonces empezaron los dolores que sin duda han sido los peores de toda mi vida. No teníamos nada, ni siquiera un algodón. En medio de esa agonía le pedí a Manuel que alistara el agua y desinfectara el cuchillo de la cocina, mientras le imploraba a mi cuñadito de ocho años que me ayudara, pero él era un niño, y con susto e impresión, me pidió que lo mordiera si era necesario. No tuve más remedio que levantarme, no sé de dónde saqué fuerzas, pero mi hija nació, yo sola la recibí, estaba viva, la sentía llorar aunque su rostro estaba lleno de golpes. Después de ese momento no sentí nada más, mi cuerpo y mi espíritu por fin se derrumbaron.

Me desperté cuando ya íbamos en un *potrillo*[3] remontando el río Inírida, mi esposo a su vez llevaba a la niña en otra canoa. Cuando llegamos al Retorno íbamos muy mal, una trabajadora del centro de salud de allí nos indicó que solo en San José podrían atendernos. Ahí Manuel no aguantó más, el llanto se apoderó de su cuerpo y se derrumbó totalmente. Teníamos que continuar y

3 Canoa enteriza, construida utilizando el tronco de un árbol; es un medio de transporte muy utilizado en las costas y ríos de Colombia. (N. de la A.)

en el centro de salud nos embarcaron en una ambulancia, pero llegando a Caño Mico[4] un grupo de guerrilleros se dio cuenta que nos dirigíamos hacia el pueblo e intentaron acabar con la ambulancia a tiros; ésta consiguió pasar pero ya la niña moría a lentamente.

En el hospital de San José no había pediatra y Manuel, con ayuda del ejército, se fue en una avioneta con la ilusión de salvarla, pero fue inútil. Alrededor de la 1 y 10 de la madrugada escuché por los pasillos del lugar que la niña había muerto.

Manuel tuvo que enterrarla solo. Yo ya llevaba muchos tiempo en el hospital y no me recuperaba, entonces uno de esos días decidí escaparme y refugiarme con Manuel en casa de una señora amiga que nos dio posada, comida y ropa. Allí estuvimos escondidos varias semanas, hasta que nos enviaron en una bolsa los dedos de mi cuñadito, un niño de apenas ocho años que no sabía qué estaba sucediendo; así de envenenada estaba el alma de esos hombres.

Todas las noches lloraba a mi hija con el corazón lleno de rabia, y en mis sueños no lograba salir de un río de barro. Tenía miedo, trataba de superar lo sucedido pero en mi mente solo veía su carita desteñida, sentía sus latidos vibrando en mi cabeza y la voz de mi esposo que llegaba por momentos. Después de mucho llorar, la rabia finalmente me abandonó y fue remplazada por la fuerza y la frialdad necesarias para tomar la determinación de levantarme.

Nos contaron que nos habían quemado la casa y la finca por la que tanto trabajamos para levantarla. Manuel entró en un estado de locura y una mañana no amaneció, lo busqué, pregunté por él sin obtener respuesta. A las pocas horas me llegó el rumor de que se había ido otra vez para el monte y sí, alcanzó a llegar hasta La Golondrina y ahí mismo lo cogieron y se lo llevaron para La Paz otra vez. Como era de esperarse, lo amarraron y le quemaron la espalda con una marca de ganado, lo apuñalaron y lo tuvieron dos noches así, tal vez esperando que se muriera de a poco, pero las cosas que no tienen que pasar no pasan. Uno de los trabajadores de la finca se dio cuenta que lo tenían

4 Caserío construido alrededor de un caño afluente del Río Guaviare, en la vereda Nueva Primavera, en el Departamento del Guaviare. (N. de la A.)

amarrado y se arriesgó a soltarlo, le dio un arma y lo dejó ir.

Los disparos iban y venían. Manuel mató a un miliciano y a él le rozó una bala en la nuca. Malherido se tiró al río y logró llegar al Retorno con ayuda de Pedro Ariza, el hijo de Don Carlos Ariza, dueño de buena parte del pueblo. Allí el Padre le brindó refugio y lo mantuvo a salvo todo el día, hasta que en la noche pudo tomar una moto y llegar nuevamente a San José, donde permanecimos escondidos casi dos meses, con la zozobra permanente de que la muerte nos alcanzara. En las noches Manuel se despertaba gritando que lo dejaran, porque en medio de todo quería vivir.

La policía supo que estábamos escondidos y por eso cada vez nos frecuentaban más; les pedimos que no volvieran porque sus sospechas y sus visitas nos ponían en riesgo y ya era justo que nos dejaran en paz, pues no soportábamos un nuevo dolor en nuestras vidas. Decidimos alejarnos de todo, buscar un lugar para vivir aunque realmente ya no éramos los mismos. Esta tragedia había devastado profundamente nuestros sueños, el amor que nos teníamos, la esperanza que nos sostenía firmemente. Con la fe perdida Manuel no pudo recuperarse, no le encontraba ningún sentido a la vida, se refugió en el alcohol y no quiso salir más de ahí.

Yo perdí nuevamente a mi esposo, parecía condenada a estar sola porque él había muerto en vida, y me culpaba. A veces, en las noches en que el alcohol lo enloquecía, que eran casi todas, abusaba de mí, gritaba que estaba sucia, que ya no era la misma, que las cicatrices le recordaban a los hombres que habían pasado por ahí: << ¿Por qué dejó que mataran a la niña y que esos hombres la jodieran?>> Y repetía: << Me mataron a mi hija, a mi hermano, me quitaron la tierrita, me jodieron a mi esposa, qué queda ya>>.

Yo siempre pienso que mi hija está en el cielo y sabe que no fue que no quisiéramos tenerla, sabe que me la arrebataron y que no permitieron que viniera a este mundo. Por eso un día tomé la decisión de no continuar llevando más cargas injustas, el cuerpo me pesaba, el alma me dolía. Mi esposo y yo habíamos padecido esta historia pero para mí el sufrimiento era mayor, porque si bien las heridas del cuerpo sanan, el dolor de haber perdido un hijo de esa manera tan cruel no tiene consuelo. Ahora miro mi cuerpo y sé que

quedaron muchas marcas, sé que ya no soy la misma, sé que las marcas de las heridas son imborrables y ya no duelen, aunque el dolor que se siente por dentro cuando pienso en todo lo que pasó no cesa. En la guerra todos pierden, pero un día me levanté, miré el cielo de otra manera y me dije a mí misma: "No, ya no más, aquí estoy, estoy viva". Nuevas motivaciones brotaron en mi vida.

Me refugié en Dios, me confortaba y no me juzgaba, tan solo me escuchaba y creo que lo sigue haciendo. Sin embargo esos días no dormía pensando en venganza, quería meterme en algún grupo armado para aprender a defenderme, a usar las armas, a moverme bien por la selva. Inquieta por ese deseo contacté un grupo en San José con quienes estaba todo listo, cuando una tarde yendo para La Concordia[5], por el Trincho[6] , los asesinaron. Esto me sirvió para pensar mejor en lo que estaba haciendo y fue así que me reafirmé en Dios, sin reclamarle nada, pues todo lo que pasó fue en parte a causa de nuestras decisiones.

Manuel anda por ahí, entre copa y copa, más trastornado que nunca. Lleva tristemente entre sus cosas unas cuatro fotos de la niña, golpeada, morada, ya muerta. Ese vacío en su pecho fue tan definitivo que jamás podrá cerrarse. Decidí entonces separarme porque mi amor propio sí me permitió levantarme, las mujeres somos más fuertes que los hombres ante las adversidades y eso nos llena de tenacidad. Ahora tengo dos hijas, la mayor ya tiene 17 años pero hasta hace muy poco se enteró de lo que nos había sucedido, no había querido contarle, no sé si por miedo o vergüenza.

A San José llegó un proyecto de formación teatral, jamás había hecho teatro, no sabía que era eso, pero cuando me acerqué a una de las clases me gustó, me llenó de motivación y continué asistiendo sin faltar a una sola. Comenzamos trabajando la respiración, localizando el centro de cada uno, buscando el movimiento. Pensaba que el teatro se parece a la vida misma, la memoria que hasta entonces me hacía tanto daño, se convirtió en instrumento de creación y sentí que era la primera vez que me redescubría sin los acosos de la guerra.

5 Puerto Concordia, municipio ubicado al sur del departamento del Meta cuya cabecera se localiza en la margen izquierda del río Ariari.

6 Zona Selvática cerca al municipio de Puerto Rico, Meta. (Notas de la Autora.)

Antes solía mantener oculto lo que cuento ahora, lo escondía, lo sufría en silencio, lloraba continuamente en las noches sin que nadie pudiera darme ese consuelo que en vano buscaba en el guarapo, en la parranda. Creo que una fe inquebrantable hizo que el teatro apareciera en mi camino. Cuando me hablaron de él solo imaginaba risas, payasos. Nunca imaginé que llegase a ser tan importante, tan especial para personas como yo que hemos vivido y sufrido dolores tan profundos. El teatro me permitió romper con el miedo y sentir que aquel era mi espacio. Un día le dije al maestro: <<necesito hacer algo con lo que llevo por dentro porque si no me voy a morir, si este dolor no me ha matado lo hará el silencio. Solo quiero que no me tengan lástima y dar a conocer mi historia para que la gente sepa cómo sufren tantas personas. Quisiera enseñar algo, decirle a muchas mujeres que hay que vivir la vida con verraquera>>.

Aunque sabía que iba a ser muy duro le conté al maestro todo lo sucedido y empezamos a trabajar, entendiendo que el teatro era amigo íntimo de la memoria. Mi cuerpo, tantas veces reprochado por mí, impregnado de cicatrices y de historia, era la principal herramienta. Descubrí que vivía prisionera en él, prisionera de los músculos, de los huesos, de los nervios.

Paradójicamente estaba compartiendo el espacio con desmovilizados de la guerrilla y las Autodefensas que no sabían exactamente quién era yo. Iniciamos las prácticas teatrales, –yo sacaba todo el dolor de mi cuerpo, expurgaba dolores ocultos–– y trabajábamos en una historia en la que yo sería la protagonista. En el grupo había incluso personas conocidas, reconocí por ejemplo a la miliciana que aquella vez recibió el disparo, no nos dijimos nada al comienzo pero las dos sabíamos que necesitábamos de ese encuentro.

Continuamos con el montaje, cada día expurgaba y sacaba los dolores ocultos de mi cuerpo en tal vez la mejor de las terapias. Cuando hicimos la función de estreno en la plazoleta de la gobernación del Guaviare sucedieron tres cosas muy importantes. La primera fue que mi hija vio la obra y lloró de la tristeza que le produjo, preguntó a quién le había sucedido todo eso y así se enteró de que esa era mi historia. Cuando salí de escena me abrazó y lloró desconsoladamente. La segunda fue que desde entonces dejé mi sufrimiento, mi cólera y todo aquello que me carcomía;

me di cuenta de que el teatro me había liberado. Y la tercera fue muy especial. Al siguiente día tocaron la puerta de mi casa y era Cecilia, la miliciana que obligaron a sujetarme mientras aquellos infames me destruían. Venía acompañada de un muchacho del grupo teatral que también había sido guerrillero. Me preguntó: << ¿Usted estuvo en La Paz cierto? ¿Usted fue la que perdió una niña recién nacida?>> Yo le contesté que sí y ella rompió en llanto pidiéndome perdón. Me dijo: <<Yo fui la del disparo, la que la agarró de las manos, perdóneme, yo no quería eso, pero ahí no podía hacer nada>>. Era cierto, ella no podía hacer nada, estaba a merced de unas fieras. Cecilia logró escaparse con un novio que asesinaron antes de coronar la fuga, y ahora que el tiempo ha pasado y somos amigas, nos comprendemos y andamos pendientes una de la otra.

Después de esta experiencia puedo decir que soy una mujer libre, sin tristezas, llena de alegría y esperanza; mis hijas me acompañan y sé que me necesitan. Sigo haciendo teatro, asistiendo a talleres, capacitaciones, regalando sonrisas. Me he convertido en una líder en San José consciente de que compartir su historia y todo lo que la vida le ha enseñado ayuda a muchos hombres y mujeres. Ahora sé que lo que realmente produce la guerra es deshumanización, odio y destrucción. Aprendí con el teatro que todos los que estábamos allí guardábamos inmensos dolores, unos por terminar convirtiéndose en victimarios y otros por todo el daño recibido.

He tenido inclusive la oportunidad de seguir encontrándome con personas de grupos armados. Una vez llegó gritando un herido a la vereda donde hasta hace poco vivía: <<sálvenme, sálvenme, quiero volver a ver mi mamá>>. La guerra hace que esas cosas pasen; las mismas cosas que él gritaba las grité yo en su momento, solo que esa vez pude hacer algo por él y me sentí bien. Lo curé, le di comida y logró recuperarse. Esto es lo que me ha enseñado la vida. No guardo odios, tengo mucho amor para dar.

Ahora tenemos un grupo de teatro en donde ha surgido una calurosa complicidad para celebrar la memoria y la creación: desmovilizados de la guerrilla, de las autodefensas y víctimas. Son estas las paradojas y las maravillas de la vida que hemos tenido que enfrentar.

MEMORIA DE VIDA Y MUERTE

POR: LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA Y
OMAR DAVID TABORDA PERNETH
COLECTIVO UNICÓRDOBA

Perfil del profesor Alberto Alzate Patiño

La noche empezó a caer.

En las horas en que el crepúsculo imprime unas vetas de color naranja sobre el cielo, los autobuses que circulan por la cuarta avenida esta vez no pasaron a toda velocidad.

Los pasajeros estudiantes se volcaron sobre las ventanillas para tratar de observar algo que explicara la aglomeración de personas en mi casa. Algunos se bajaron del autobús y se metieron entre el tumulto.

—Mataron a un profesor de la U, —decían..

Conocía a algunos, porque les dictaba clases de metodología de la investigación. Trataba de hablarles, pero no me escuchaban.

Ese mismo día, temprano por la mañana, antes de que todo ocurriera, recibí la llamada de una periodista española pidiéndome que reservara un tiempo al final de la tarde para hacerme una entrevista acerca de mis trabajos de investigación en torno del tema Urrá.

Pensé en exponerle de forma precisa los resultados de los estudios sobre el impacto ecológico y humano que, junto con otros investigadores, anunciamos que traería la construcción de los embalses de la Central Hidroeléctrica de Urrá[1], tanto para la comunidad indígena Embera[2] como para los colonos que habitan la región sur del Alto Sinú. Así que tendría que seleccionar los textos de los informes que había escrito para la Fundación Interamericana del Banco Mundial y Corelca[3], las entidades que nos contrataron para realizar dichos estudios.

Aunque luego me dije que para hacer una entrevista aún más interesante, le enseñaría a la periodista el libro *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*[4], que escribí junto con mi esposa Bertha, el profesor Misael Díaz Urzola, Ángel Massiris, Roberto Yances, y los investigadores asociados Antonio Cardona y Oscar Díaz. Además, le hablaría también sobre el libro que publiqué en Montería en junio del 92, *Problemática Social de los Aborígenes de Córdoba, a Propósito de los 500 Años del Descubrimiento de América*[5].

En efecto, ya me imaginaba hablándole a la periodista sobre mis extensas y extenuantes caminatas por toda la zona selvática donde finalmente se construyó la represa de Urrá, así como también de mis observaciones etnográficas y mis charlas con los Emberas y colonos sobre sus problemas y sus maneras de vivir en las vegas del río Sinú y del alto San Jorge; le describiría las ciénagas y los afluentes de aquellos ríos que proveían de alimento a todas esas comunidades, le contaría de las familias que vivían en tambos construidos justo en la frontera boscosa, de los gigantescos árboles de roble, florisanto, ceiba y camajón; de los pájaros anidando en las alturas para salir después en bandada alborotando la quietud del bosque, de los niños que eran criados y educados alrededor de aquellas fuentes de agua desde mucho tiempo antes de la llegada de los conquistadores y saqueadores de tumbas al final del siglo XV y comienzos del XVI.

Me convencí de que daría una formidable entrevista y que mis textos alcanzarían una relevancia aún más importante entre los demás del área a nivel nacional e internacional.

Miré por una ventana del salón. Un conjunto de nubes bajas, cargadas de humedad avanzaba con lentitud. No había forma

en ellas, solo presagiaban lluvias intempestivas y sobresaltos de truenos como descargas en una guerra silenciosa que estalla sin aviso alguno y a la distancia.

—Se parecen a las que rondan el nudo del Paramillo[6]—, pensé. Entonces recordé el ambiente cargado, tenso, del campamento en Urrá donde llevábamos a cabo las encuestas para el censo de la población que iba a ser reubicada. Siempre llegaba con los nervios crispados por el temor de un asalto de la guerrilla del E.P.L[7] que se asentaba ahí.

—Alberto, no te preocupes, mira que si estás nervioso nos pones nerviosos a nosotros también. Lo mejor es que te vayas para tu casa y desde allá coordines todo—, me decía el antropólogo Antonio Cardona.

Fue en ese instante del recuerdo, cuando empecé a creer que no le había mencionado nada sobre la entrevista que me iban a hacer ni a mi esposa ni a mis hijos.



Autor: Omar David Taborda Perneth

que pasan veloces por la avenida cuarta, haciendo mucho ruido de bocinas, y con esos muchachos colgados de las ventanas vociferando los barrios a donde se dirigen, o acercándose peligrosamente a las aceras para dejar a los pasajeros estudiantes que vienen de la universidad.

Recuerdo que no tuve tiempo de decirle nada sobre la entrevista que me iban a hacer.

—Bueno, todavía puedo. Ya casi termina esta reunión. Voy rápido al edificio administrativo de la universidad, arreglo un par de cosas en la oficina del Comité de Investigaciones y alcanzo a llegar para el almuerzo, y ahí le cuento a Bertha y a los niños—, pensé.

Los laureles que sembré cuando apenas empezábamos a levantar la casa Bertha y yo amainan un poco el sol y el calor abrasador de julio.

Hablo un poco con mis hijos y mi esposa, después me levanto de la mecedora y me dispongo a tomar un baño. Al mirarme en el espejo observo que mi barba blanca está un tanto desaliñada. Empiezo a recortarla, a redondear sus márgenes. No recuerdo en qué momento se encaneció; porque cuando llegué a Córdoba, por el año 76, y me integré como profesor de sociología y metodología de la investigación en la universidad, aun mis cabellos guardaban el brillo azabache de los campesinos de la tierra cafetera donde nací y estudié. —Este sol de la sabana es muy verraco—, pienso a veces, y otras, lo pronuncio a voz en cuello cuando tengo clases a las dos de la tarde. O también cuando camino por todas aquellas veredas de San Pelayo, donde inicié mis trabajos etnográficos que me llevarían a escribir uno de mis textos más preciados: *Situación del campesino Músico*[8], que publiqué en 1980.

En ese momento me llama Bertha para decirme que mi amigo Alcides me está esperando del otro lado de la línea telefónica. Lo invité para que estuviera también en la entrevista.

> —Mira Alberto, no voy a poder acompañarte porque tengo a un sobrino con un brazo partido y debo llevarlo a la clínica—, fue lo primero que me dijo.
> —¡Eh! Usted si es guevón, se perdió de una oportunidad de oro de mostrar lo que estamos haciendo en el colegio—, le contesté.

Juntos elaboramos, con el acompañamiento del Centro de Estudios Ambientales de Córdoba[9], la propuesta pedagógica llamada *Semiescolarización tutoriada, una alternativa para el desarrollo ambiental local*, y Alcides consiguió unos lotes en las afueras de Planeta Rica para construir una escuela que más tarde se convertiría en el lugar de aplicación de los proyectos de investigación de un postgrado en la universidad que llamamos *Desarrollo Educativo Ambiental*[10]. Todo este trabajo mereció el reconocimiento del Ministerio del Medioambiente, la Organización de los Estados Americanos[11], y se convirtió en modelo para ser replicado en países europeos.

Este reconocimiento nos unió aún más en la amistad, y en especial en las discusiones, a veces acaloradas, que sosteníamos en las diferentes reuniones con el gobierno nacional. Es más, algunos días atrás habíamos estado en Bogotá y cuando salimos de aquella reunión en el Ministerio de Educación, le dije a Alcides que después de esa discusión tan altisonante bien valía la pena tomarnos unos tragos de aguardiente, así ninguno de los dos tuviera experiencia en eso de ingerir alcohol.

Ahora son las cinco de la tarde y el sol inicia su descenso. La brisa que viene del río mueve las ramas de los laureles. Estoy listo.

No me gusta abrir la puerta de la calle. Nunca atiendo los llamados insistentes del timbre. Sin embargo, esta vez lo voy a hacer porque ya es la hora destinada para recibir a la periodista e iniciar la entrevista.

Me sorprendo al observar que no es una mujer quien espera afuera.

> —¿Es usted el profesor Alberto Alzate Patiño?—, me pregunta el hombre con voz profunda.
> —Sí. ¿Qué se le ofrece? —, le respondo.

Y sin mediar más palabras aquel extraño hombre saca una pistola y descarga veloz el primer disparo que entra por mi barbilla y astilla detrás mi cráneo. Luego, al caer mi cuerpo en la sala, hace tres descargas más metiendo el arma por la ventana. Después emprende la fuga.

No entiendo por qué las puertas y ventanas de mi casa fueron selladas después de aquello. Todos los días vengo

y la observo desde la otra esquina. Está descuidada. No puedo hallar a Bertha y a los niños. El barrio ha cambiado. Los autobuses no son los mismos, ahora están pintados de amarillo y los muchachos no gritan desde las ventanillas. Todos los días rodeo los caminos, igual que rodeaba los caminos del bosque en el alto Sinú, sólo para lograr entrar y continuar mis escritos en el cuarto de estudio.

Pero lo único que sigue aquí son los laureles que sembré. El viento de la tarde los acaricia con suavidad y yo buscando a Bertha y a mis hijos...

---

1 Según el texto *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*: "La construcción de la represa de Urrá ha sido una bandera enarbolada por los patricios conservadores y liberales creadores del Departamento de Córdoba, a raíz de los estudios adelantados por la firma norteamericana R. J. Tripton desde el año 1952. Esta primera propuesta consistía en una pequeña represa de solo 5.000 hectáreas (Urrá I) cuya finalidad era regular los caudales del río Sinú y utilizar el embalse para riego en la agricultura. Posteriormente el proyecto fue radicalmente transformado en una gigantesca hidroeléctrica con dos centrales que generarían 1'200.000 KW e inundaría un área total de cerca de 60.000 hectáreas, en las que lógicamente los canales de riego, por los bordes de las serranías quedaban virtualmente descartados porque toda el agua debería utilizarse en la caída para generar energía eléctrica." (pág. 17)

2 Según el texto *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*: "Actualmente los Embera están considerados como el grupo étnico más disperso geográficamente en el territorio nacional. Embera, que en lengua nativa significa "hombre", es el nombre que el grupo se ha dado a sí mismo. Los conquistadores españoles y antropólogos los han llamado Chocoes, Catíos, Emberá-Catíos, etc. Los Embera se hallan dispersos desde Panamá, Darién, toda la costa pacífica hasta Esmeralda (Ecuador). En los departamentos de Antioquia y Córdoba también se localizan. Migraciones recientes los han llevado hasta Caquetá. (pág.149)

3 CORELCA: Corporación Eléctrica del Caribe, entidad encargada de llevar a cabo la financiación, diseño, y posterior construcción de la Central Hidroeléctrica de URRÁ. Así mismo, esta entidad, en convenio con la Universidad de Córdoba, financiaron la investigación sobre el impacto social y medioambiental que implicaría para las comunidades que habitan en el alto Sinú la construcción de esta represa hidroeléctrica.

4 Alzate Patiño Alberto y otros, *Impactos Sociales del Proyecto Hidroeléctrico de Urrá*. Fundación del Caribe, Centro de Investigación Social. Montería, Junio 1987.

5 Alzate Patiño Alberto, *Problemática Social de los Aborígenes de Córdoba, a Propósito de los 500 años del Descubrimiento de América.* Comité de Investigación Universidad de Córdoba, Montería, 1992.

6 El Nudo del Paramillo es geográficamente una de las cuencas hidrográficas más ricas de Colombia, no solo por el hecho de que ahí nacen los ríos Sinú y San Jorge, sino también por la riqueza mineral y la biodiversidad que habita en toda la zona boscosa. Este lugar por más de cinco décadas ha sido objeto de luchas territoriales por parte de los grupos al margen de la ley. Y las comunidades indígenas nativas han sufrido estas disputas.

7 Según el informe publicado por el Centro Nacional de Memoria Histórica*: ¡Basta ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2013: El E.P.L. (Ejército Popular de Liberación) se consolida en la región del alto Sinú después de la década del cincuenta tras establecer alianzas con las viejas guerrillas de la zona. Es "De hecho, la más campesina de las guerrillas. Tuvo como santuario el alto Sinú y el alto San Jorge, en Córdoba, y se ancló socialmente a los movimientos agrarios de nuevo tipo a través de las Juntas Patrióticas Populares, imaginadas por sus artífices como embriones de poder alterno." (pág.125-126). Luego de su desmovilización en la década del 90 se convirtió en el partido político Esperanza, Paz y Libertad.

8 Alzate Patiño Alberto, *Situación Social del Campesino M*úsico. Fundación del Caribe, Centro de Investigación Social. Montería, 1980.

9 El Centro de Estudios Ambientales de Córdoba, CEAC, fue una organización sin ánimo de lucro que nació como iniciativa de algunos estudiantes de la Licenciatura en Biología y Química de la Universidad de Córdoba en la década del 90 con el fin de articular al quehacer pedagógico la problemática social y medioambiental en esta región. Esta organización recibió asesoría en materia de investigación del profesor Alberto Alzate Patiño.

10 La especialización "Desarrollo Educativo Ambiental", fue aprobada por el Consejo Académico de la Universidad de Córdoba como propuesta de postgrado el día 29 de junio de 1995. Fue el primer curso de postgrado que fundó esta universidad, y alcanzó a graduar a tres cohortes hasta el año 1998 en el cual se dejó de ofertar.

11 El Proyecto Semiescolarización Tutoriada, "Una Alternativa para el Desarrollo Ambiental Local", fue el proyecto ambiental ganador del primer concurso de proyectos ambientales significativos del país (1998-1999). Concurso auspiciado por la Organización de los Estados Americanos, Ministerio de Educación Nacional y el Ministerio del Medioambiente.

AUTORES

GUSTAVO ADOLFO HINCAPIÉ
MARTA QUIÑÓNEZ
EDIT ROSÍO GONZÁLEZ SANDOVAL
LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA

Gustavo Adolfo Hincapié Vera

Carolina del Príncipe, Antioquia, 1980.

Documentalista, realizador audiovisual y escritor. En su trabajo, durante más de una década, ha recorrido diversas regiones del país documentando la memoria histórica del conflicto armado en los sectores rurales y haciendo visibles los esfuerzos comunitarios para generar nuevos espacios de debate y reflexión en distintos escenarios sociales. Co-director de varios documentales y del colectivo audiovisual Producciones El Retorno. www.elretorno.net

Marta Quiñónez

Apartadó, Antioquia. 1970.

Escritora, Psicóloga Social Comunitaria, Filóloga Hispanista, Magister en Comunicación y Educación Audiovisual. Actualmente reside en Medellín.

Edit Rosío González Sandoval

Sucre, Santander, 1978.

Historiadora de la Universidad Industrial de Santander y Magíster en Desarrollo Educativo y Social de la Universidad Pedagógica de Bogotá. Es además actriz e investigadora de fenómenos sociales en territorios en conflicto. Esta labor la ejerció por varios años en el Magdalena Medio, adscrita a instituciones como el Cinep y el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio.

Luis Fernando López Noriega

Montería, Córdoba, 1975.

Es profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Realizó estudios de análisis del discurso en la Universidad de Buenos Aires, Argentina en el año 2000. Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá en 2005.

Se inició en la escritura de ficción publicando cuentos en revistas nacionales e internacionales. Publicó en 2004 su primera novela, Dioses y Muertos, con el Fondo Nacional Universitario y en 2013 publicó su siguiente novela, Los Alunados, con la Editorial Zenú. También ha publicado diversos artículos que exponen los resultados sobres sus investigaciones sobre la novela colombiana, en revistas especializadas como Poligramas, de la Universidad del Valle, y Cuadernos de Literatura Hispanoamericana de la Universidad del Atlántico. Publicó un libro de investigación sobre la Novela en el Caribe colombiano después de García Márquez, titulado Calibán y Afrodita, La Novela en el Caribe Colombiano después de la Modernidad, Editorial Zenú, 2013.
Correo: educadorunicordoba@hotmail.com

ILUSTRADORES

LUIS FERNANDO LÓPEZ NORIEGA Y
OMAR DAVID TABORDA PERNETH
COLECTIVO UNICÓRDOBA

Omar David Taborda Perneth

Montería, Córdoba, 1992.

Actualmente es estudiante de Español y Literatura de la Universidad de Córdoba. Realizó estudios de Producción de Audio y Video en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), miembro del equipo de Memoria Histórica de la misma universidad, ha ganado diferentes concursos de cómics a nivel institucional, regional y departamental. En el ámbito académico, se encuentra trabajando en distintos proyectos relacionados con la didáctica de la literatura y la novela gráfica.

Facebook: Omar Taborda (samael comics)
Email: odsamael@gmail.com

Jovanny Galeano Muñoz

Medellín, Antioquia. 1968.

Bachiller en Artes Plásticas, Artista Plástico formado académicamente en el Conservatorio de Bellas Artes de la Ciudad de Medellín, con estudios complementarios en técnicas pictóricas, grabado, arte egipcio y otras múltiples formaciones académicas

y experienciales. Ha expuesto de manera individual y en colectivos en diferentes salones, museos y galerías de la ciudad de Medellín. Maestro de jóvenes e incansable creador que desde su taller aporta a la transformación de la cotidianidad, ha sido ilustrador de diversos libros y revistas, entre ellos Poligramas 29, Celeste vicio de mis días, Consumaciones, Cuando a mi puerta llegas, La saga de los clavellinos del 2008 de la Universidad del Valle, y Rostros del Pan de la poetisa Martha Quiñones 2014. Su máxima experiencia pictórica está íntimamente relacionada con el óleo y las técnicas mixtas.

Luminosidad, color, conjugación, metáfora y realismo mágico se conjugan en las obras realizadas para ilustrar el texto de Narrativas de Vida y Memoria, las cuales están compuestas de símbolos que invocan una cotidianidad colmada de color, de aromas y formas que hacen parte del paisaje colombiano urbano y rural; Galeano nos permite tener otra lectura del conflicto social por el que atraviesa el país: Paisajes llenos de recuerdos y susurros de aquellos que los ocuparon y les dieron sentido; huella que se recrea y transforma en lienzo, color y armonía estética, transformación plástica de la realidad social del país.

El texto **Narrativas de Vida y Memoria**. *Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país*, reúne los escritos ganadores en la categoría Reconocimiento a la Creación de Narrativas de Vida de la II Convocatoria Nacional de Propuestas Artísticas y Culturales de Memoria 2014 del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica

DPS Departamento para la Prosperidad Social

TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN